

R B A

# BOILEAU-NARCEJAC

## **Sudores fríos**



R B A

# BOILEAU-NARCEJAC

## Sudores fríos



Título original: *Sueurs froides (d'entre les morts)*  
© Éditions Denoël, 1958.

© de la traducción: Marta Pino, 2013.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2014.  
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.  
[www.rbalibros.com](http://www.rbalibros.com)

REF.: OEBO656  
ISBN: 978-84-9056-211-6

Composición digital: Víctor Igual, S. L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

# Índice

[Dedicatoria](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

PARA PIERRE VÉRY

## **PRIMERA PARTE**

# 1

—Exacto —dijo Gévigne—. Quiero que vigiles a mi mujer.

—¡Caramba! ¿Te engaña?

—No.

—¿Entonces?

—No es fácil de explicar. Está rara... Me preocupa.

—¿Sospechas algo en concreto?

Gévigne vaciló unos instantes. Miraba a Flavières y este percibió lo que le impedía continuar: Gévigne no tenía confianza. Seguía siendo igual que cuando lo conoció, quince años antes, en la Facultad de Derecho: cordial y expansivo, pero en el fondo tenso, tímido e infeliz. Aunque había exclamado poco antes, abriendo los brazos: «Mi querido Roger... ¡Cuánto me alegro de volver a verte!», Flavières había percibido de inmediato, por instinto, la leve torpeza del gesto, demasiado intencionado, demasiado rígido. Gévigne se alteraba y reía en exceso. No lograba borrar los quince años transcurridos, que habían dejado visibles huellas físicas tanto en uno como en otro. Gévigne estaba casi calvo. Tenía papada. Las cejas se le habían enrojecido y le habían salido unas manchas rubicundas cerca de la nariz. Flavières, por su parte, ya no era el mismo. No se le escapaba que había adelgazado, que se había encorvado desde aquellos tiempos, y le sudaban las manos de solo pensar que Gévigne iba a preguntarle por qué se había hecho abogado, cuando en realidad había estudiado derecho para entrar en la policía.

—No sospecho nada, en realidad —continuó Gévigne.

Ofreció a Flavières un estuche de lujo lleno de puros. Su corbata era también cara y su traje completo tenía un corte magistral. Le brillaban los anillos en los dedos mientras extraía una cerilla rosada de una caja que llevaba el nombre de un gran restaurante. Ahuecó las mejillas antes de exhalar despacio un poco de humo azul.

—Es un clima que no acabo de comprender —precisó.

Sí, había cambiado mucho. Había conocido el poder. En él se adivinaba un trasfondo de comisiones, sociedades, asociaciones, junto a una compleja red de relaciones e influencias. Sin embargo, sus ojos huidizos tendían a amedrentarse y a ocultarse por un segundo tras los párpados cerrados.

—¿Un clima? —preguntó Flavières con un dejo irónico.

—Creo que es la palabra adecuada —insistió Gévigne—. Mi mujer es absolutamente feliz. Nos casamos hace cuatro años... o casi; se cumplirán los cuatro dentro de dos meses... Llevamos

una vida acomodada. Mi fábrica de El Havre funciona a pleno rendimiento desde la movilización. Además, gracias a la fábrica no me han llamado a filas... Vamos, que somos unos privilegiados. Dadas las circunstancias, es justo reconocerlo.

—¿No tenéis hijos? —preguntó Flavières.

—No.

—Continúa.

—Te decía que Madeleine lo tiene todo para ser feliz. Sin embargo, hay algo que no va bien. Siempre ha tenido un carácter un poco extraño, con cambios de humor y períodos depresivos, pero desde hace unos meses su estado se ha agravado bruscamente.

—¿Lo has hablado con algún médico?

—Ya lo creo. Hasta lo he consultado con algunas eminencias. No tiene nada, como lo oyes, nada.

—Nada orgánico —conjeturó Flavières—. ¿Y desde el punto de vista psíquico?

—Nada... Nada... ¡No se trata de eso! —Chasqueó los dedos para quitarse un poco de ceniza que se le había caído sobre el chaleco—. ¡Ah! Te juro que es un caso. Al principio yo también creía que se trataba de una idea fija, un miedo irracional provocado por la guerra. Se sumía en bruscos silencios. Cuando le hablaba, casi no escuchaba. O bien miraba fijamente algo que tenía delante... Te aseguro que era tremendo. Daba la sensación de que veía... qué sé yo... cosas invisibles. Y cuando volvía a vivir con normalidad, conservaba una especie de mirada perdida, como si tuviera que hacer un esfuerzo para reconocer su casa... para reconocerse...

Dejó que se apagara el puro y contempló también el vacío, con el semblante frustrado que ya tenía en la juventud.

—Si no está enferma, es que lo finge —afirmó Flavières, impaciente.

Gévigne alzó la mano rolliza, como para detener al vuelo la objeción.

—Ya lo he pensado. La vigilé, discretamente. Un día la seguí... Se fue al Bois de Boulogne, se sentó frente al lago y permaneció allí, sin moverse, durante más de dos horas... Contemplaba el agua...

—Eso no es tan grave.

—Sí... Contemplaba el agua, no sé cómo explicarte, con atención, con gravedad. Como si fuera algo de extrema importancia... Por la noche me aseguró que no había salido. Como comprenderás, no quise decirle que había estado siguiéndola.

Flavières recuperaba y volvía a perder por momentos la antigua imagen de su compañero, y este juego le resultaba irritante.

—Vamos a ver —le dijo—. Seamos lógicos. O tu mujer te engaña o está enferma, o bien lo finge por alguna razón desconocida. No hay vuelta de hoja.

Gévigne alargó el brazo hacia el cenicero del despacho y, con un golpecito del meñique, echó en él un largo cilindro de ceniza blanca. Sonrió con tristeza.

—Razonas igual que yo en su momento. Pero estoy totalmente seguro de que Madeleine no me engaña... y el profesor Lavarenne me ha asegurado que no padece ninguna dolencia. Y, además, ¿qué motivos tiene para fingir...? ¿Qué consigue con eso...? Porque es evidente que no se fija por placer. Uno no pierde dos horas en el Bois así como así... y te menciono este detalle entre otros muchos.

—¿Has hablado con ella?



—Sí, claro... Le pregunté qué sentía cuando entraba en esos bruscos estados de ensoñación.

—¿Y qué te respondió?

—Que no me preocupara... que no eran ensoñaciones sino que le intranquilizaba la situación, como a todo el mundo.

—¿Pero no parecía un poco preocupada?

—Sí... Preocupada y sobre todo molesta, confusa.

—¿Te dio la impresión de que mentía?

—En absoluto. Al contrario, me dio la impresión de que estaba asustada. Hasta te voy a confesar algo que seguramente te hará sonreír: ¿te acuerdas de aquella película alemana que vimos en el Ursulines hacia el año 1923 o 1924? *Jacob Boehme*...

—Sí.

—¿Recuerdas la cara del personaje cuando lo sorprendían en mitad de una crisis mística que él intentaba negar, mientras se justificaba y ocultaba sus visiones? Pues bien, Madeleine... pone la misma cara que el actor alemán... esa mirada un poco perdida, un poco ebria, con los ojos vacilantes...

—¡Venga ya! ¿No pretenderás decirme que tu mujer sufre *crisis místicas*?

—Sabía que ibas a reaccionar así... ¡Exactamente igual que yo, amigo! Yo también me rebelaba. Yo también me resistía a aceptar la evidencia.

—¿Es practicante?

—Como todo el mundo... Va a misa los domingos... Pero sobre todo se trata de una costumbre social.

—¿No es como esas mujeres que prevén el futuro? ¿No es algo así?

—No. Simplemente, te repito, de pronto se activa en ella un mecanismo y te das cuenta de que está en otra parte.

—¿Y eso ocurre sin que ella lo controle?

—Sin ninguna duda. Como puedes imaginar, después de observarla tanto tiempo, ya me he acostumbrado. Cuando presiente que se acerca la crisis, procura moverse, hablar... Se levanta, a veces va a abrir la ventana, como si le faltase el aire, o bien enciende la radio, a todo volumen... Si en ese momento entro yo en el juego, si bromeo, si hablo sobre cualquier cosa, entonces su espíritu se asienta, se contiene. Disculpa que me extienda tanto, pero no resulta fácil explicar lo que le ocurre. Por el contrario, si me muestro preocupado, distraído, absorto, no falla. Enseguida ves que se paraliza, sus ojos siguen en el espacio un punto misterioso que se mueve... vaya, supongo que se mueve... y luego exhala un suspiro, se pasa el dorso de la mano por la frente y, durante cinco o diez minutos, raras veces más, parece sonámbula...

—¿Sus movimientos son bruscos?

—No. Además, a decir verdad, nunca he visto ningún sonámbulo. Pero no da la sensación de que duerma. Está distraída, como si ya no fuera dueña de sí misma. Es otra. Sí, lo sé, todo esto parece una tontería. Sin embargo, no puedo expresarlo mejor. Es otra.

Se apreciaba una angustia real en los ojos de Gévigne.

—Es otra —masculló Flavières—. Pero eso no significa nada.

—¿No crees que puede haber alguna influencia?... —Gévigne dejó el puro mordisqueado en el borde del cenicero, apretó las manos una contra la otra, y continuó—: Ahora que he empezado, tengo que llegar hasta el final... En la familia de Madeleine hubo una mujer extraña. Se llamaba

Pauline Lagerlac. De hecho, era la bisabuela de Madeleine. Como ves, le queda bastante cerca... Esta mujer, hacia los trece o catorce años, no sé muy bien cómo explicarte esto, cayó enferma; sufría convulsiones extrañas y la gente que la cuidaba oía ruidos incomprensibles en su habitación.

—¿Golpes en las paredes?

—Sí.

—¿Rozamientos con el parqué, como si alguien cambiase de sitio los muebles?

—Sí.

—Ya —dijo Flavières—. Son fenómenos que a menudo ocurren en el entorno de una joven de esa edad, aunque no creo que nadie haya encontrado todavía una explicación. En general, duran poco.

—No estoy muy al tanto de estas cuestiones —continuó Gévigne—. Lo que es seguro es que Pauline Lagerlac se trastornó un poco. Decidió entrar en la religión y luego renunció a tomar el velo. Al final se casó, pero, unos años más tarde, sin razón aparente, se quitó la vida.

—¿Qué edad tenía?

Gévigne sacó el pañuelo y se enjugó los labios.

—Veinticinco años —murmuró—. La edad de Madeleine.

—¡Caramba!

Los dos hombres guardaron silencio. Flavières reflexionaba.

—¿Tu mujer está al corriente de todo esto? —preguntó.

—No, precisamente... Conozco todos estos datos a través de mi suegra. Poco después de nuestra boda me habló de la tal Pauline Lagerlac... En aquel momento no presté gran atención a estos sucesos. ¡Si lo hubiera sabido! Ahora mi suegra ha muerto y ya nadie puede informarme.

—¿Tienes la sensación de que te hizo estas confidencias con alguna intención determinada?

—No. Vaya, no creo. Surgió de manera casual durante una conversación. Pero recuerdo muy bien que me prohibió que le contara esta historia a Madeleine. No estaba muy orgullosa de tener por abuela a una especie de loca. Prefería que su hija no lo supiera.

—¿Y Pauline Lagerlac se suicidó por algún motivo concreto?

—No. Parece que no. Era feliz; tenía un niño de pocos meses y todo el mundo creía que la maternidad acabaría devolviéndole el equilibrio. Y de pronto, bruscamente, un día...

—No veo la relación de todo esto con tu mujer —observó Flavières.

—¿La relación? —replicó Gévigne, abatido—. Enseguida lo comprenderás. A la muerte de sus padres, Madeleine heredó, como es natural, numerosos recuerdos, joyas, que eran de su bisabuela; y en particular un collar de ámbar... Pues bien, no deja de mirarlos, de tocarlos... con una especie de... ¿cómo decirlo? De nostalgia, si quieres. Por ejemplo, en casa tiene un retrato de Pauline Lagerlac pintado por ella misma, ¡porque ella también pintaba! Madeleine se pasa horas enteras contemplando este cuadro, como si le fascinara. Pero es más: hace poco la sorprendí con el cuadro apoyado en la mesa del salón, al lado de un espejo. Se había puesto el collar e intentaba peinarse igual que en el retrato. Y además ahora lleva siempre este peinado —concluyó Gévigne, visiblemente molesto—: un gran moño en la nuca.

—¿Se parece a Pauline?

—Quizá... vagamente.

—Vuelvo a plantearte la pregunta: ¿sospechas algo en concreto?

Gévigne suspiró, volvió a coger el puro y lo observó de forma distraída.

—No me atrevo siquiera a confesarte todo lo que se me pasa por la cabeza... Lo que es seguro es que Madeleine ya no es la misma. Es más, a veces pienso que la mujer que vive conmigo no es Madeleine.

Flavières se levantó y se echó a reír.

—¡Pero bueno! ¿Y quién crees que es? ¿Pauline Lagerlac? Tú desvarías, querido Paul... ¿Qué te apetece tomar? ¿Oporto, Cinzano, Cap Corse?

—Un Oporto.

Y mientras Flavières pasaba al comedor para preparar una bandeja con copas, Gévigne gritó:

—Oye, ni siquiera te lo he preguntado: ¿y tú no te has casado?

—No —respondió la voz atenuada de Flavières. Y tampoco he tenido ganas.

—Por casualidad me enteré de que habías dejado la policía —continuó Gévigne.

Se hizo un instante de silencio.

—¿Quieres que te eche una mano?

Gévigne se levantó del sillón y avanzó hacia la puerta abierta. Flavières descorchaba una botella. Gévigne apoyó el hombro en el marco de la puerta.

—Muchas gracias. Oye, perdona que te aburra con mis historias. Me alegro mucho de volver a verte. Debería haberte llamado para anunciarte mi visita, estoy tan ocupado con mis asuntos.

Flavières se incorporó y extrajo lentamente el tapón. El momento difícil ya había pasado.

—¿Me has dicho que te dedicabas a la construcción naval? —le preguntó mientras servía el vino.

—Sí. En este momento fabricamos cascos para lanchas. Un pedido muy grande. Parece que en el Ministerio se teme un ataque de cierta envergadura.

—¡A ver si es verdad! Tarde o temprano tendremos que salir de esta fase de *impasse* en la guerra. Dentro de nada estaremos ya en mayo. A tu salud, Paul.

—A la tuya, Roger.

Bebieron mirándose a los ojos. De pie, Gévigne era bajo y voluminoso. Estaba junto a la ventana y la luz dibujaba su rostro romano, de orejas carnosas y frente llena de nobleza. Sin embargo, Gévigne no era ningún lince. Había bastado un poco de sangre provenzal para esculpirle un engañoso perfil de procónsul. «Después de la guerra, este tipo iba a ser millonario...». Flavières se arrepintió de este pensamiento. «¿Acaso él no se aprovechaba también de la ausencia de los demás? Lo habían declarado no apto para el servicio, vale. Pero tampoco era una excusa». Volvió a dejar la copa en la bandeja.

—Presiento que este tema me va a dar quebraderos de cabeza. ¿Tu mujer no tiene a nadie en el frente?

—Unos primos lejanos a los que no vemos nunca. Como si no fueran de la familia.

—¿Y cómo la conociste?

—De una manera bastante novelesca. —Gévigne miraba su copa mientras buscaba las palabras. No había superado el temor al ridículo que antaño lo paralizaba y lo llevaba a suspender los exámenes orales. Sin embargo, se decidió y relató la historia—: La conocí en Roma, durante un viaje de negocios. Estábamos alojados en el mismo hotel.

—¿Qué hotel?

—El Continental.

—Y ella, ¿qué hacía en Roma?

—Estudiaba pintura. Al parecer pinta extraordinariamente. Yo, ya sabes que de pintura...

—¿Trabajaba para enseñar, para dar clase?

—¡Qué va! Por puro placer. Nunca ha tenido necesidad de ganarse la vida. Piensa que a los dieciocho años ya tenía coche. Su padre era un gran industrial.

Gévigne dio media vuelta y se dirigió al despacho. Flavières se fijó en su paso ligero y decidido. Antiguamente tenía unos andares entrecortados, una especie de tartamudeo emanaba de todo el cuerpo. La fortuna de su mujer lo había transformado.

—¿Y sigue pintando?

—No. Poco a poco ha renunciado... Por falta de tiempo. ¡Las parisinas están tan ocupadas!

—Pero... los trastornos que me comentas... tendrán alguna causa. ¿No hubo, al principio, ningún incidente preciso? ¿Una discusión, quizá? ¿Una mala noticia? Supongo que habrás indagado por tu parte.

—¡Ya lo creo que sí! He indagado... Pero no he descubierto nada. Vivo en El Havre una parte de la semana, hay que tenerlo en cuenta.

—Y esas distracciones, esas ausencias o como quieras llamarlas, ¿empezaron mientras estabas en El Havre?

—No. Me encontraba aquí. Acababa de volver. Era sábado. Madeleine parecía contenta, como de costumbre. Aquella noche tuve por primera vez la sensación de que estaba rara. Pero en aquel momento no le di ninguna importancia. Yo también me sentía bastante cansado.

—¿Y antes?

—¿Antes? A veces tenía accesos de malhumor; nada comparable, en todo caso.

—Y aquel sábado, ¿estás seguro de que no ocurrió nada anormal?

—Sí, estoy seguro. Por un motivo muy sencillo: estuvimos todo el día juntos. Llegué por la mañana, hacia las diez. Madeleine acababa de levantarse. Estuvimos charlando... No me pidas que te dé muchos detalles... Los he olvidado casi todos, como es normal... No tenía motivos para fijarme en ellos. Lo que sé es que comimos en casa.

—¿Dónde vives?

—¿Cómo? ¡Ah, es verdad! Nunca he dado señales de vida... Compré un edificio en la Avenue Kléber, muy cerca de la Place de l'Étoile... Toma mi tarjeta.

—Gracias.

—Después de comer, salimos... Recuerdo que yo tenía que reunirme con una persona en el Ministerio. Luego estuvimos paseando cerca de la Ópera. Y poco más. Una tarde como tantas otras.

—¿Y la crisis?

—Ocurrió al final de la cena.

—¿Me puedes precisar la fecha?

—¡Demonios! ¿La fecha? —Gévigne vio el calendario del abogado en la mesa y empezó a hojearlo—. Recuerdo que fue a finales de febrero. Por la cita que tenía... Veo que el 26 de febrero era sábado. Fue seguro el 26 de febrero.

Flavières se acomodó sobre el brazo del sillón, cerca de Gévigne.

—¿Por qué has tenido la idea de venir a verme?

Gévigne, de nuevo, apretó las manos una contra la otra. Había perdido todos sus tics menos

este. Se aferraba a sí mismo cuando estaba en apuros.

—Siempre has sido mi amigo —murmuró—. Y recuerdo que antes sentías mucha curiosidad por la psicología, el esoterismo... Y en cualquier caso no querrás que acuda a la policía. —Percibió la efímera crispación en los labios de Flavières, y añadió—: He venido precisamente porque dejaste la policía.

—Sí —dijo Flavières acariciando el cuero del sillón—, dejé la policía. —Levantó bruscamente la cabeza—. ¿Y sabes por qué?

—No, pero...

—Acabarás enterándote. Es imposible ocultar este tipo de cosas por mucho tiempo. —Habría querido sonreír, ser dueño de su secreto, pero el rencor le endurecía la voz—. Fue un duro golpe para mí. ¿Un poco de Oporto?

—No, gracias.

Flavières se sirvió y sostuvo la copa en la mano.

—Me ocurrió una cosa absurda... Era inspector... Ahora puedo decir con rotundidad que no me gustaba ese trabajo. ¡Ojalá no me hubiera obligado mi padre! Pero llegó a ser comisario principal y, para él, no existía otra carrera. Habría tenido que negarme. Nadie tiene derecho a obligar a un muchacho a... En resumen, un día tuve que detener a un tipo. No era muy peligroso, no... Pero se le ocurrió la feliz idea de refugiarse en un tejado... Me acompañaba un colega muy agradable llamado Leriche... —Apuró la copa y las lágrimas le escocieron los ojos; tosió y se encogió de hombros para burlarse de su torpeza—. Ya ves —bromeó—, cada vez que sale el tema pierdo los estribos... El tejado era en pendiente. Abajo se oían los coches. El tipo se agazapaba detrás de una chimenea, sin armas. Había que rodearlo... Yo no pude llegar hasta él.

—¡El vértigo! —dijo Gévigne—. ¡Sí, ya me acuerdo! Antiguamente ya te pasaba.

—Leriche bajó hasta donde yo estaba... Y cayó al vacío.

—¡Ah! —exclamó Gévigne.

Bajó los ojos y Flavières se quedó inclinado hacia él, sin saber qué pensaba. Continuó en voz baja:

—De todos modos, más vale que estés al corriente.

—Los nervios pueden jugarte malas pasadas —dijo Gévigne.

—Ya lo creo —aseguró Flavières con aspereza.

Por un momento permanecieron en silencio. Al fin Gévigne alzó los brazos con un gesto inexpresivo.

—Es una lástima, pero no fue culpa tuya.

Flavières abrió la pitillera.

—¿Te apetece un cigarro?

Siempre tenía la misma sensación de estupor incrédulo cuando relataba su historia. Nadie lo tomaba en serio. ¿Cómo transmitir el grito de Leriche, un grito que duraba y duraba... y que pasaba del agudo al grave con la espantosa velocidad de la caída? La mujer de Gévigne tal vez sufriera un tormento secreto, pero ¿qué tormento era comparable con este recuerdo? ¿Acaso también ella oía gritos en sueños? ¿Había dejado morir a alguien en su lugar?

—¿Puedo contar contigo? —preguntó Gévigne.

—¿Qué quieres que haga exactamente?

—Pues que la vigiles. Sobre todo quiero que me des tu opinión. Para mí ya es un gran alivio

poder hablar de ella con alguien. Aceptas, ¿verdad?

—¿Si eso te tranquiliza!

—¿Ay, mi querido Roger, no te imaginas hasta qué punto! ¿Estás libre esta noche?

—No.

—¿Qué lástima! Te habría invitado a cenar a casa. ¿Otro día?

—No. Es mejor que ella no me conozca; eso me facilitará el trabajo.

—Es cierto —reconoció Gévigne—. Pero tendrás que conocerla.

—¿Por qué no vais al teatro los dos? Así podré observarla sin ser indiscreto.

—Mañana por la tarde vamos a Marigny. Tengo un palco de proscenio.

—Allí estaré.

Gévigne tomó las manos de Flavières.

—Gracias... Ya ves que yo tenía razón. Eres un hombre de recursos. No se me habría ocurrido pensar en el teatro... —Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y dudó unos instantes—. No te enfades, amigo... Pero todavía hay un asunto pendiente, ya me entiendes... Eres ya muy amable por ocuparte de Madeleine.

—¿Bah! —dijo Flavières—. Tranquilo, hay tiempo.

—¿En serio?

Flavières le dio una palmadita en la espalda.

—Lo que me interesa es el caso, no el dinero. Tengo la impresión de que ella se parece a mí y de que... sí... tengo cierta probabilidad de averiguar lo que oculta.

—Pero te aseguro que no oculta nada.

—Ya veremos.

Gévigne recogió su sombrero de fieltro gris y sus guantes.

—¿Va todo bien en tu despacho?

—Ah, sí —respondió Flavières—. No me puedo quejar.

—Si te puedo ayudar en algo, ya sabes... Lo haría con mucho gusto. Estoy bien situado, sobre todo en este momento.

«Emboscado», pensó Flavières. La palabra le vino tan rápido a la mente que giró la cabeza para evitar la mirada de Gévigne.

—Por aquí —le indicó. No funciona el ascensor.

Salieron al angosto rellano. Gévigne se acercó a Flavières.

—Tú actúa a tu aire —le susurró—. Cuando tengas algo que comunicarme, llámame al despacho, o mejor aún, ven a verme. Nuestra sede está en el edificio contiguo a *Le Figaro*. Lo único que te pido es que Madeleine no se dé cuenta de nada... Si descubre que la vigilan... ¡Sabe Dios qué puede ocurrir!

—Confía en mí.

—Gracias.

Gévigne bajó. Se volvió dos veces para decirle adiós con la mano. Flavières volvió a entrar y se asomó a la ventana. Vio un inmenso coche negro que salía de la acera y avanzaba hacia el cruce. ¡Madeleine! Le gustaba ese nombre un tanto quejumbroso. ¿Cómo había podido casarse con un tipo gordo como aquel? ¡Seguro que lo engañaba! Y delante de él fingía. Gévigne merecía que lo engañaran. Por sus ademanes de ricachón, por sus puros y barcos, sus consejos de administración, ¡por todo! Flavières detestaba a la gente demasiado segura de sí misma. Y sin

embargo, habría dado cualquier cosa por poseer un poco de esa seguridad.

Volvió a cerrar la ventana con un gesto brusco. Después fue a la cocina, intentando convencerse de que tenía ganas de comer. Pero, ¿qué podía comer? Pasó revista a las latas de conserva que había ordenado en la alacena. Él también había acumulado provisiones, a pesar de que le parecía absurdo, porque la guerra iba a ser corta, con toda probabilidad. Tantos víveres juntos, de repente, le dieron náuseas. Cogió unas galletas, una botella de vino blanco empezada y estuvo a punto de sentarse, pero la cocina le pareció fea y volvió al despacho mientras mordisqueaba una galleta. Al pasar, encendió la radio. Conocía de antemano el comunicado: «Actividad de patrullas. Tiros de artillería a ambos lados del Rin». Pero la voz radiofónica resultaba al menos algo vivo. Flavières se sentó, bebió un poco de vino blanco. Había fracasado en la policía. Era inepto para el servicio militar. ¿Para qué servía? Abrió un cajón, sacó un portafolio verde y escribió en el cartón, arriba, en el ángulo derecho: *Dossier Gévigne*. Después metió unos folios en el *dossier* y permaneció inmóvil, con la mirada en blanco.

«Debo de tener cara de idiota», pensaba Flavières. Fingía jugar distraídamente con los pequeños gemelos de nácar e intentaba parecer importante y displicente, pero no se atrevía a acercarse los gemelos a los ojos para mirar a Madeleine. Había muchos uniformes a su alrededor. Las mujeres que acompañaban a los oficiales adoptaban un mismo semblante de satisfacción altiva, y Flavières las aborrecía, empezaba a detestar en conjunto al ejército, la guerra y a ese teatro demasiado lujoso, invadido por un rumor marcial y frívolo. Al girar la cabeza divisó a Gévigne con las manos cruzadas sobre la barandilla del palco. Madeleine estaba un poco retirada hacia atrás, con la cabeza inclinada en un gesto grácil; parecía morena, delgada, pero Flavières solo distinguía sus rasgos de manera confusa. Tenía la impresión de que era guapa, con un aire un tanto remilgado, tal vez a causa de su densa melena. ¿Cómo era posible que el gordo de Gévigne hubiera enamorado a una mujer tan elegante? ¿Cómo había soportado Madeleine sus proposiciones? Se abrió el telón y comenzó un espectáculo que a Flavières no le interesaba. Había cerrado los ojos; pensaba en la época en que Gévigne y él compartían habitación para reducir gastos. Ambos eran igual de tímidos, y las compañeras de clase se burlaban de ellos, mostrándose provocativas adrede. En cambio, había chicos que seducían a todas las chicas que querían. Sobre todo, uno. Los otros compañeros lo llamaban Marco. No era inteligente ni muy guapo. Un día Flavières intentó sonsacarle información. Marco sonrió.

«Háblales —le dijo— como si ya te hubieras acostado con ellas... ¡Es la única manera!».

Flavières nunca se había atrevido. No sabía ser insolente. Ni siquiera era capaz de tutear. En sus tiempos mozos, cuando trabajaba de inspector, los compañeros se burlaban de él, pues lo consideraban un tipo falso. Le temían un poco. ¿En qué momento se habría atrevido Gévigne? ¿Con qué mujer? Tal vez con Madeleine. Flavières la llamaba «Madeleine» como si fuera una aliada, como si Gévigne fuera su enemigo común. Intentaba imaginar el comedor del Continental. Se imaginaba cenando con Madeleine por primera vez, haciendo señas al *maître*, eligiendo los vinos. ¡No, imposible! El *maître* lo habría mirado de arriba abajo con desdén... Y luego... tener que atravesar el inmenso comedor... y, más tarde, la habitación... Madeleine desnudándose... ¡Vamos, que ya era su mujer! Flavières abrió los ojos, se intranquilizó y sintió ganas de tirar la toalla. Pero estaba inmovilizado en medio de una fila y habría tenido que mostrar un desparpajo poco común para molestar a tantos espectadores. Oyó risas a su alrededor: una tenue ovación que se extendió rápidamente, se apoderó de la sala, prosiguió durante un minuto y se extinguió. Claro está, los actores hablaban de amor. ¡Ser actor! Flavières se estremeció de horror. Tímidamente



buscó a Madeleine con el rabillo del ojo. En la penumbra dorada destacaba como un retrato. Las joyas relucían en toda su figura, en el cuello, en las orejas. Sus ojos también parecían luminosos. Escuchaba con el rostro inclinado, inmóvil como esas desconocidas que uno admira fugazmente en los museos: la Gioconda, la Belle Ferronnière... Llevaba en la nuca una mañosa trenza de reflejos de color caoba. La señora Gévigne...

Flavières estuvo a punto de sacar los gemelos, pero su vecino se movió con un gesto molesto; entonces agachó la cabeza, se guardó los gemelos en el bolsillo, lentamente. Se marcharía en el entreacto. Ahora estaba seguro de que la reconocería en cualquier lugar. Le atormentaba pensar que iba a tener que seguirla, a observar su vida. Gévigne le había pedido algo de dudoso gusto. Si Madeleine descubría que... Al fin el cabo, ¡estaba en su derecho de tener un amante! Pero ahora sabía hasta qué punto sufriría si averiguaba que era infiel. Estallaron de nuevo los aplausos; la sala murmuró confusamente su aprobación. Echó un vistazo. Madeleine mantenía la misma pose. Los brillantes de sus pendientes emitían el mismo destello constante. En el rabillo de sus ojos se atisbaba un tenue halo de viva luz, mientras su mano larga y lactescente reposaba sobre el oscuro terciopelo. El palco dibujaba a su alrededor un marco de oro pálido. Solo faltaba una firma en la esquina del cuadro, y Flavières creyó verla por un segundo en pequeñas letras rojas: R. F... Roger Flavières... ¡Qué estupidez! De todos modos, no podía dar crédito a las palabras de Gévigne. Dejarse llevar por su imaginación... Volvió a la realidad por un instante. Habría tenido que ser novelista, por el mundo de imágenes que surgían en él, de improviso, con el relieve y la intensidad dramática de la vida. El tejado, por ejemplo... Su pendiente, el reflejo luminoso, el rojo descolorido de las chimeneas, todos los humos inclinados en la misma dirección y el rugido de la calle resonando como el eco de un torrente al fondo de un desfiladero. Apretó las manos una contra la otra, tal como había hecho Gévigne. Si había elegido la profesión de abogado, era para conocer los secretos que dificultaban la vida. Ni siquiera Gévigne, pese a sus fábricas, amigos y fortuna, era capaz de vivir. Toda la gente que, como Marco, fingía eludir los obstáculos mentía. ¿Quién sabe si Marco no buscaba también ahora un confidente? En el escenario, un hombre besaba a una mujer. ¡Mentira! Gévigne también besaba a Madeleine y, sin embargo, Madeleine le resultaba ajena. La verdad es que todos estaban como él, como Flavières, tropezando con una pendiente tras la cual se abría el vacío. Reían, hacían el amor, pero tenían miedo. ¡Qué sería de ellos si no fuera por los sacerdotes, los médicos y los juristas!

Se cerró el telón y volvió a abrirse. El destello de los focos proyectaba una claridad dura que ensombrecía todos los rostros. El público se levantó para aplaudir con desahogo. Madeleine se abanicaba despacio con un programa, mientras su marido le susurraba algo al oído, y esta era una imagen conocida: la mujer del abanico... o tal vez la imagen de Pauline Lagerlac. Decididamente, más le valía marcharse. Flavières siguió a la multitud que desembocaba en los pasillos y se expandía hacia el vestíbulo. Durante unos breves instantes le cortó el paso un grupo de gente que permanecía parada delante del guardarropa. Cuando por fin logró zafarse, estuvo a punto de tropezar con Gévigne y su mujer. Rozó a Madeleine, la vio a escasos centímetros y no la reconoció hasta que ya había pasado. Quiso volver sobre sus pasos, pero los jóvenes oficiales que se precipitaban hacia el bar lo empujaron en la dirección opuesta. Bajó las escaleras y bruscamente desistió. ¡Otra vez sería! Necesitaba estar solo.

Le gustaban los ruidos de la guerra, la larga avenida desierta donde soplaba un viento muy suave que había atravesado jardines y olía a magnolia. Caminaba en silencio, como un fugitivo.

Recordaba sin dificultad el rostro de Madeleine: su cabello negro, discretamente teñido de alheña; se detuvo en sus ojos azules, tan claros que parecían inertes, incapaces de expresar ninguna pasión. Las mejillas, que se hundían bajo unos pómulos prominentes, albergaban un hueco sombrío y lánguido. La boca era menuda, apenas maquillada, una boca de chiquilla soñadora. Sí, Madeleine era un nombre apropiado para ella. En cambio, Gévigne... Aunque muy bien habría podido tener un apellido de alcurnia, frívolo y encantador. ¡Era infeliz, la pobre! Gévigne había adornado una novela ridícula sin sospechar que su mujer se moría de hastío junto a él. Era demasiado preciosa, demasiado delicada para resignarse a una existencia de lujo ostentoso. ¿Acaso no había perdido ya la afición a la pintura? No se trataba de vigilarla, sino de protegerla; tal vez incluso de prestarle ayuda.

«Desvarió —pensó Flavières—. Unas horas más y acabaré enamorándome. La señora Gévigne necesita un reconstituyente. ¡Eso es todo!»

Apretó el paso, descontento, ligeramente humillado. Cuando volvió a casa, decidió advertir a Gévigne que debía ocuparse de un asunto imprevisto en provincias. ¿Por qué iba a sacrificar su tranquilidad en aras de un hombre que, en el fondo, se preocupaba poco por él? Al fin y al cabo, Gévigne habría podido dar antes señales de vida. ¡A la porra con los Gévigne!

Se preparó una manzanilla. «¿Qué pensaría de mí Madeleine si me viera? Un viejo sumido en sus manías y su soledad». Durmió mal. Al despertar recordó que tenía que seguir a Madeleine y se avergonzó de su alegría, pero el sentimiento estaba ahí, humilde, persistente, como un perro perdido que ya no se atreve a cazar. Encendió la radio. ¡Continuaban los disparos de la artillería y la actividad de las patrullas! Bien, eso no le impedía ser feliz. Despachó algunos asuntos silbando y comió en un pequeño restaurante de clientela fija. Ni siquiera le molestaba pasearse con su atuendo civil, sentir sobre él las miradas suspicaces u hostiles. Después de todo, no era culpa suya que lo hubieran declarado inepto para el servicio. No esperó más y se encaminó hacia la Avenue Kléber. Hacía buen tiempo después de una semana desapacible. No había casi nadie en la avenida. Flavières se fijó enseguida en un coche negro grande, un Talbot, que estaba aparcado frente a un edificio señorial, y pasó por delante de él a pie. Era ahí. Madeleine vivía ahí. Se sacó el periódico del bolsillo y caminó despacio bajo las fachadas tibias. De vez en cuando ojeaba un artículo... «Un avión de reconocimiento derribado en Alsacia...» «Refuerzos para Narvik...» Daba igual, estaba de vacaciones, tenía una cita con Madeleine; esta hora le pertenecía por completo. Volvió sobre sus pasos, divisó un pequeño café que tenía tres mesas en la acera, entre dos evónimos.

—Un café.

Descubrió todo el edificio, las altas ventanas ornamentadas según la moda de 1900, un balcón donde se alineaban las macetas de flores. Más arriba, las buhardillas y el cielo de un azul un tanto rojizo. Volvió a bajar los ojos; el Talbot arrancaba hacia la Place de l'Étoile: Gévigne. Madeleine ya no tardaría en salir.

Se bebió de un trago el café caliente, se sonrió. No había motivos para que saliera Madeleine... ¡Sí! ¡Claro que iba a salir! Con ese sol, la fiesta silenciosa del follaje, las semillas esponjosas que vagaban por el espacio... Iba a salir porque él la esperaba.

Y de pronto apareció en la acera. Flavières dejó el periódico, cruzó la calle. Madeleine vestía un traje de chaqueta gris muy ceñido a la cintura, y sujetaba bajo el brazo un bolso negro. Miró a su alrededor mientras acababa de ponerse un guante. En el cuello flotaba un encaje espumoso.

Ocultaba la frente y los ojos bajo un velo corto que la cubría de forma muy sutil, y él pensó: *La mujer y el lobo*. Le hubiera gustado pintar esta esbelta silueta que el sol perfilaba con un trazo brillante, sobre un fondo muy pálido de casas rococó. Él también había manejado el pincel en el pasado. Sin gran éxito. Como también sabía tocar el piano, lo suficiente para envidiar a los virtuosos. Era de esas personas que detestan lo mediocre sin ser capaces de elevarse hasta el talento. Muchas cualidades pequeñas... ¡y muchas decepciones! ¡Bah, qué más daba! Como Madeleine estaba ahí...

Madeleine subió por la avenida hasta la Place du Trocadéro, para continuar por la explanada de blancura deslumbrante. Nunca París se había parecido tanto a un parque. La torre Eiffel, azul y rojiza, se alzaba sobre los céspedes como un tótem familiar. Los jardines se inclinaban hacia el Sena, rodeando tramos de escaleras que semejaban inmóviles cascadas bordeadas de flores. Un remolcador lanzó una llamada bronca que se acalló bajo los arcos. Uno se sentía suspendido entre la paz y la guerra, cargado de una emoción fácil y, sin embargo, desgarradora. ¿Era por eso por lo que Madeleine caminaba ahora con tal lasitud? Parecía que dudaba, se preguntaba cosas; se detuvo a la entrada del museo y prosiguió su camino como arrastrada por una corriente invisible. Cruzó y avanzó un momento entre los paseantes hacia el final de la Avenue Henri-Martin. Al fin se decidió y entró en el cementerio de Passy.

Caminaba despacio entre las tumbas, y Flavières habría jurado que continuaba su paseo. De pronto se apartó del sendero principal, con su solemne alineación de cruces, mármoles y bronces. Se puso a seguir los caminos más apartados y contemplaba de forma distraída, a derecha e izquierda, las lápidas de negruzcas inscripciones, las rejas corroídas por el óxido y, de vez en cuando, el esplendor de un ramo. Los gorriones brincaban delante de ella. Los ruidos de la ciudad parecían muy lejanos y daba la impresión de que aquel fuera un país extraño, al margen de la vida, como si de pronto uno hubiera cambiado de existencia. Ya no se veía a nadie. Pero cada cruz era una presencia; cada epitafio sugería un rostro. Madeleine caminaba despacio en medio de la multitud petrificada, y su sombra se proyectaba entre la de las tumbas, se quebraba en los escalones de las capillas donde velaban angelotes mutilados. A veces permanecía inmóvil el tiempo necesario para leer algún nombre medio borrado: *Familia Mercier... Alphonse Mercadier. Fue buen padre y buen esposo*. Había piedras que se hundían de forma oblicua en el suelo, como barcos naufragos. Los lagartos reptaban por ellas, boquiabiertos, con su cabeza de serpiente alzada en dirección al sol. Madeleine parecía disfrutar en estos rincones secretos a los que las familias ya no acudían nunca. Prosiguió su camino, que la llevó poco a poco hacia el centro del cementerio. Se agachó, recogió un tulipán rojo caído de alguna jardinera y, sin prisa, se acercó a una tumba ante la que se detuvo. Flavières, escondido detrás de una capilla, podía observarla cómodamente. El rostro de Madeleine no manifestaba ni exaltación ni descarrío. Tenía, por el contrario, una apariencia tranquila, apacible, feliz. ¿En qué estaría pensando? Tenía los brazos relajados. Aún sostenía el tulipán entre los dedos. Una vez más, parecía un retrato, una de esas mujeres que ha inmortalizado el genio de un artista. Estaba ensimismada, sumida en alguna contemplación interior. A Flavières le vino a la mente la palabra *éxtasis*. ¿Era este el tipo de crisis del que le había hablado Gévigne? ¿Madeleine padecía un *delirio místico*? Pero el delirio místico presentaba otros síntomas muy concretos e inequívocos. La cosa era más sencilla: Madeleine tal vez rezase por algún difunto, acaso un familiar desaparecido recientemente. Sin embargo, la tumba parecía antigua, abandonada...

Flavières miró la hora. Madeleine había permanecido doce minutos delante de la tumba. Ahora volvía al sendero central, examinando las sepulturas con el mismo interés un tanto displicente, como si, en materia de arquitectura funeraria, ya no tuviese nada que aprender. Flavières, al pasar, leyó la inscripción que Madeleine acababa de contemplar:

*Pauline Lagerlac*  
1840-1865

Esperaba encontrar este nombre en la lápida, pero aun así le turbó profundamente. Reanudó la vigilancia. Gévigne tenía razón: había algo incomprendible en el comportamiento de Madeleine. La recordó ante la tumba. No había juntado las manos ni inclinado la cabeza. Se había quedado inmóvil, como ocurre en un lugar colmado de recuerdos, como, por ejemplo, su casa natal. Desestimó esta idea absurda que le infundía un temor incierto y se acercó a Madeleine. No había soltado el tulipán. Ahora bajaba hacia el Sena, con los hombros un poco encorvados, el paso cansino.

Habían llegado a los muelles. Madeleine se entretuvo contemplando el agua acribillada de puntos de luz. Pasaron unos hombres con el sombrero en la mano, enjugándose el sudor de la frente; hacía calor. El agua estaba muy azul junto a las piedras. Unos vagabundos dormían en la orilla y los primeros vencejos se desgañitaban alrededor de los puentes. Con su estricto traje de chaqueta gris y los altos tacones, Madeleine parecía un poco ajena a la fiesta, como una viajera que espera el tren. De vez en cuando, hacía girar entre los dedos el tallo del tulipán.

Cruzó el Sena, se apoyó en el parapeto, la flor le rozaba la mejilla. ¿Había quedado con alguien? ¿O solo descansaba? Tal vez acunaba su hastío mientras seguía con los ojos el juego de la corriente alrededor de las barcas y las fascinantes ondulaciones de los reflejos. Se asomó un poco. Quería verse en el agua, a lo lejos, con todo el cielo a su alrededor y la larga línea curva del puente. Flavières se acercó. No sabía por qué. Madeleine ya no se movía. Había soltado el tulipán. La minúscula mancha roja se alejaba despacio, girando sobre sí misma, balanceada por el chapoteo. Rodeó la borda de una gabarra, avanzó hacia la corriente. De pronto Flavières se interesó también por el pequeño derrelicto. Ya solo era un punto escarlata que se alejaba para siempre. Cada vez más veloz, se perdió en el vasto río hasta desaparecer por completo. Se habría ido a pique. Madeleine, con las manos suspendidas hacia abajo como racimos surgidos de los puños de la chaqueta, escudriñaba todavía la superficie de aguas brillantes. Flavières tuvo la sensación de que sonreía. Después se enderezó. Volvió a cruzar a la orilla derecha por otro puente. Y regresó a casa, con la misma indolencia, la misma apatía ante el espectáculo de la calle. A las cuatro y media cruzó el umbral del edificio y Flavières se sintió desamparado, inútil y decaído. ¿Qué iba a hacer esa noche? Esta vigilancia le infundía malestar y hacía su soledad más insoportable. Entró en el café, llamó a Gévigne.

—Hola, ¿eres tú, Paul? Soy Roger. ¿Puedo pasar a verte un minuto? No, no ha ocurrido nada grave. Solo quiero hacerte unas preguntas. Vale, luego enseguida.

Gévigne había hablado de su despacho con un desapego de gran señor. En realidad, sus oficinas ocupaban toda una planta.

—Si es tan amable de esperar, señor... El señor director está en una reunión.

La secretaria hizo pasar a Flavières a un salón amueblado con bancos macizos. «¿Es que

intenta embaucarme?»), pensó. Pues no. Apareció Gévigne acompañando a los visitantes.

—Me alegro de verte —dijo Gévigne—. Discúlpame. Hoy vamos un poco de cabeza.

El despacho era amplio, claro, equipado a la americana: mesa y archivadores metálicos, sillones de tubo de acero, ceniceros con pies niquelados. En la pared, un inmenso mapa de Europa con un hilo rojo sostenido con chinchetas para marcar la línea del frente.

—¿Y bien? ¿La has visto?

Flavières se sentó y encendió un cigarrillo.

—Sí.

—¿Qué ha hecho?

—Ha ido al cementerio de Passy.

—¿Ah, sí? A la tumba de...

—Sí.

—Ya ves —dijo Gévigne—. ¡Te lo dije!

En la esquina del despacho, cerca del teléfono, había una fotografía de Madeleine. Flavières ya no podía apartar los ojos de ella.

—La tumba solo tiene una inscripción —continuó—. Pero supongo que los padres de tu mujer están ahí también.

—Pues no. Están enterrados en las Ardenas. Y el panteón de mi familia está en Saint-Ouen. En Passy solo está Pauline Lagerlac. ¡Es algo que me parece terrible! Y bien, ¿puedes explicarme a que venía esa visita, ese peregrinaje? Puedes estar seguro de que no es la primera vez que va allí.

—Desde luego, no pidió ninguna información a los vigilantes. Sabía dónde estaba la tumba.

—¡Pues claro! Ya te dije que está como abducida por la tal Pauline. —Gévigne caminaba por detrás de la mesa con las manos en los bolsillos. La papada le formaba un pliegue alrededor del cuello. Sonó el teléfono y Gévigne lo descolgó con un gesto brusco. Tapó con la mano el auricular y murmuró—: Se cree que es Pauline. ¡Imagínate lo tranquilo que puedo estar! —Una voz ahogada resonaba en el hueco de la mano. Se acercó el teléfono a la oreja y, cambiando de tono, dijo—: Muy buenas, al habla... ¡Ah, es usted, querido amigo!

Flavières miraba a Madeleine, con su rostro de estatuilla de ojos casi inanimados. Gévigne dictó sus órdenes con el ceño colérico y colgó el teléfono. Flavières se arrepintió de haber ido a verle. De pronto sintió que el misterio formaba parte de la esencia de Madeleine y que Gévigne iba a destruirlo. Volvió a atormentarle la misma idea descabellada: y si el alma de Pauline...

—Me tienen hartos —dijo Gévigne—. ¡Hay un desbarajuste en este momento, querido amigo! No te imaginas. Más vale que nadie se lo imagine. ¡Sería desalentador!

—¿Lagerlac es el apellido de soltera de tu mujer? —preguntó Flavières.

—No. Se apellida Givors... Madeleine Givors. Perdió a sus padres hace tres años. Su padre era propietario de una fábrica de papel al lado de Mézières. ¡Un gran negocio! Lo fundó el bisabuelo... Era oriundo de allí.

—Pero... supongo que Pauline Lagerlac vivía en París, ¿no?

—¡Un momento, espera! —Gévigne tamborileaba sobre el cartapacio con sus dedos rollizos—. Todo esto es tan confuso... Vamos a ver, mi suegra me enseñó un día la casa de la abuela Pauline, un viejo edificio de la Rue des Saints-Pères, si mal no recuerdo... Me parece que había una tienda en los bajos, una tienda de antigüedades, creo... ¿Qué piensas de Madeleine, ahora que la has visto?

Flavières se encogió de hombros.

—Por el momento, nada.

—Pero, ¿crees, como yo, que hay algo?

—Me parece que... sí... ¿Sabes si ha renunciado totalmente a la pintura?

—Sí, totalmente. Ha convertido en salón el taller que yo le había habilitado.

—¿Por qué renunció?

—Pues mira... Es bastante versátil. Y, además, uno cambia a lo largo de la vida.

Flavières se levantó y le dio la mano a Gévigne.

—No quiero hacerte perder más tiempo de trabajo, amigo. Ya veo que estás muy ocupado.

—Tranquilo —replicó Gévigne—. Todo esto no cuenta... Lo que me importa es Madeleine. Respóndeme con franqueza... En tu opinión, ¿está loca o qué?

—Desde luego, no está loca —respondió Flavières—. ¿Lee mucho? ¿Tiene manías?

—Pues no. Lee un poco, como todo el mundo, libros de éxito, revistas... No le conozco manías.

—Voy a seguir observándola —afirmó Flavières.

—No pareces muy entusiasmado.

—Tengo la sensación de que perdemos el tiempo.

No podía confesarle a Gévigne que había decidido seguir a Madeleine durante semanas y meses, que no recuperaría la paz hasta haber descubierto el misterio.

—Te lo ruego —suplicó Gévigne—. Ya ves cómo vivo: el despacho, los viajes, ni un minuto de libertad... Por favor, ocúpate de ella. Estaré mucho más tranquilo. —Acompañó a Flavières hasta el ascensor y añadió—: Llámame si averiguas algo más.

—Te lo prometo.

Flavières salió y se topó con el ajetreo de las seis. Compró un periódico vespertino. Habían derribado dos aviones en la frontera de Luxemburgo. El editorial aseguraba que los alemanes estaban a punto de perder la guerra. Se hallaban bloqueados, condenados a la inmovilidad y a la asfixia. El Alto Estado Mayor lo había previsto todo y ya solo esperaba, para acabar, una salida desesperada del enemigo.

Flavières bostezó, se guardó el periódico en el bolsillo. Esta guerra había dejado de apasionarle. Lo importante era Madeleine. Se sentó en la terraza de un café, pidió un refresco. Madeleine soñando ante la tumba de Pauline... La nostalgia de la tumba... No. ¡No era posible! ¿Pero alguien sabe lo que es posible?

Flavières llegó a su casa con un dolor de cabeza latiéndole en las sienes. Hojeó la enciclopedia en la letra L. Por supuesto, no encontró nada. Sabía de antemano que el apellido Lagerlac no podía aparecer en ningún diccionario, pero con toda probabilidad no habría podido dormir sin verificarlo antes. Con toda probabilidad... Suponía que haría muchas otras cosas absurdas, con toda probabilidad. Cuando pensaba en ella, perdía la sangre fría. *¡La mujer del tulipán!* Intentó dibujar su silueta asomada al río. Después quemó la hoja y se tomó dos pastillas.

Madeleine bordeó la Asamblea Nacional ante la que un centinela daba los cien pasos, armado con una bayoneta. Igual que el día anterior, salió justo después de que se marchara Gévigne. Pero esta vez caminó rápido y Flavières la siguió de cerca, temeroso de que sufriera un accidente, pues la mujer cruzaba las calles sin mirar si pasaban coches. ¿Adónde corría de esta manera? Había cambiado el traje gris por un conjunto marrón, muy corriente, y llevaba la cabeza cubierta con una boina. Las suelas planas le cambiaban los andares. Parecía aún más joven, un tanto varonil, con el bolso bajo el brazo. Tomó el boulevard Saint-Germain, buscando la sombra de las fachadas altas. ¿Iba al parque de Luxembourg? ¿O a la Salle de Géographie...? ¿A alguna sesión de ocultismo? De pronto, Flavières cayó en la cuenta. Para mayor seguridad, se acercó un poco más. Olía su perfume, un aroma complejo que recordaba sobre todo el ramo marchito, la tierra arcillosa... ¿Dónde había olido eso? Había sido la víspera, en los senderos desiertos del cementerio de Passy... Le gustaba ese olor; le recordaba la casa de su abuela, construida cerca de Saumur, junto a un despeñadero. Las gentes de los alrededores vivían en la cuesta rocosa. Subían a su casa por una escalera, como Robinson Crusoe. Los tubos de salida de humos horadaban la roca en varios puntos. Sobre cada tubo, un reguero negro manchaba la piedra blanca. Iba allí durante las vacaciones, ojeaba el interior de las viviendas extrañas donde relucían los muebles. ¿Casas? ¿Cantera? No se sabía bien. Una vez entró en uno de estos refugios, abandonado por su propietario. Una tenue luz diurna iluminaba el fondo de la vivienda. Las paredes eran granulosas y frías como los flancos de una fosa, y el silencio resultaba terrorífico. Por la noche se debía de oír el caminar de los topos bajo tierra, y quizá cayera de vez en cuando algún gusano del techo serpenteante. En la parte de atrás había una puerta deteriorada que daba a un sótano por donde se filtraba un aire mohoso. Al otro lado estaba acaso el mundo prohibido de las galerías, los pasillos, los pasadizos multiplicados hasta el infinito en el corazón de la roca. El miedo más intenso empezaba ahí, en el umbral donde proliferaban los hongos grises. Por todas partes olía a tierra... como el perfume de Madeleine. Y allí, en aquel bulevar soleado donde las hojas nuevas ondeaban como sombras de manos extendidas, Flavières volvió a sentir la atracción de las tinieblas y descubrió por qué, de pronto, Madeleine lo había emocionado. Evocaba en él otras imágenes, sobre todo una. A los doce años había leído, a la sombra de aquella muralla desde donde se descubría una inmensa ondulación confusa de praderas, viñedos y nubes, un libro de Kipling inolvidable: *La luz que se apaga...* En la primera página había un grabado que representaba a una niña y un niño. Estaban inclinados sobre un revólver. Y recordaba una frase

absurda que siempre tenía el don de conmovérle hasta las lágrimas: «Eran los Barralong que hacían la ruta hacia el África austral...». La chiquilla vestida de negro, estaba seguro, ahora se parecía a Madeleine; la niña en la que pensaba por las noches, antes de dormir, y cuyos pasos oía a veces en sueños. Sí, todo aquello era ridículo, al menos para un hombre como Gévigne. Pero todo eso era cierto también de otro modo, en otro plano, a semejanza de un sueño perdido, recuperado y cargado de una misteriosa evidencia. Madeleine caminaba delante de él, una figura delgada y oscura, atormentada por sus sombras y con olor a crisantemo. Cuando ella dobló en la Rue des Saints-Pères, Flavières experimentó una suerte de satisfacción amarga. Eso tampoco significaba nada, y sin embargo...

La casa de la que había hablado Gévigne estaba allí. Era sin duda esa, puesto que Madeleine entraba en ella y en el bajo había un anticuario. Solo que Gévigne se había equivocado en un punto: esta casa era un hotel. El Family Hôtel. No tendría más de una veintena de habitaciones. Uno de esos pequeños establecimientos acogedores, frecuentados por provincianos maniáticos, profesores y magistrados. En la puerta colgaba un letrero: «completo». Flavières empujó la puerta y una señora anciana que hacía punto en la recepción, bajo un flexo, levantó los ojos por encima de las gafas.

—No —murmuró Flavières—, no vengo en busca de una habitación... Solo quiero saber cómo se llama la mujer que acaba de entrar delante de mí.

—¿Quién es usted?

Flavières exhibió bajo la lámpara su antiguo carné de inspector, que había conservado como todas las demás cosas, las viejas pipas, las plumas en desuso, las facturas antiguas... Llevaba la cartera llena de cartas amarillentas, recibos de correos, talones de cargo, y se felicitaba de haber tenido razón por una vez. La anciana lo miraba constantemente de soslayo.

—Madeleine Gévigne —le dijo.

—¿No es la primera vez que la ve?

—¡Oh, no! —respondió la anciana. Viene con frecuencia.

—¿Recibe a alguien... en su habitación?

—Es una mujer decente.

Bajó de nuevo la mirada para fijarse en su labor, mientras sonreía con un gesto astuto.

—Responda —insistió Flavières—. ¿Recibe a alguien? Podría recibir a una amiga, por ejemplo.

—No. No ha recibido nunca a nadie.

—Entonces, ¿qué hace?

—No lo sé... No vigilo a mis huéspedes.

—¿Qué habitación ocupa?

—La habitación 19, en el tercero.

—¿Es una habitación bonita?

—Es una habitación correcta. Las tenemos mejores, pero esa le basta. Yo le ofrecí la 12... Pero insistió en ocupar la 19. Quería a toda costa la habitación del tercero que da al patio.

—¿Por qué?

—No me lo ha dicho. Seguramente por el sol.

—Si entiendo bien, la tiene alquilada.

—Sí, por meses. Mejor dicho, la ha alquilado por un mes.



—¿Cuándo la alquiló?

La anciana dejó de mover las agujas y consultó un calendario.

—Pues sí —respondió—, hace ya más de tres semanas. A principios de abril...

—¿Suele quedarse mucho tiempo ahí arriba?

—Depende. A veces, una hora; a veces, menos.

—¿No trae nunca equipaje?

—No, nunca.

—¿No viene todos los días?

—No. Solo cada dos o tres días.

—¿No le ha parecido nunca que tiene un aspecto... extraño? La anciana se subió las gafas a la frente y se frotó despacio los párpados arrugados.

—Todo el mundo es extraño —respondió—. Si usted se hubiera pasado la vida en la recepción de un hotel, no haría esa pregunta.

—¿Ha hecho llamadas telefónicas alguna vez?

—No.

—Y este hotel, ¿existe desde hace mucho?

Los ojos ajados se reabrieron para observar a Flavières con una expresión rencorosa.

—Desde hace unos cincuenta años.

—Y antes... ¿qué había aquí?

—Una casa como las demás, supongo.

—¿Ha oído usted hablar de una tal Pauline Lagerlac?

—No. Pero si esa mujer se alojó aquí, puedo buscar... en los libros...

—No serviría de nada.

Volvieron a mirarse.

—Muchas gracias —dijo Flavières.

—De nada —respondió la mujer.

Las agujas volvieron a entrecruzar sus reflejos. Flavières permaneció con el codo apoyado en la mesa, mientras manoseaba de forma mecánica el mechero que llevaba en el bolsillo. «He perdido facultades —pensó—. Ya no sé hacer un interrogatorio...» Tenía ganas de subir, de echar un vistazo por la cerradura de la habitación, pero sabía que no vería nada. Se despidió y salió del hotel.

¿Por qué la habitación del tercero que daba al patio? ¿Esa habitación era sin duda la de Pauline! Pero Madeleine ignoraba ese detalle. Del mismo modo que desconocía el dato del suicidio... ¿Cómo era posible? ¿Qué misteriosa atracción la llevaba a ese hotel? Flavières sopesaba distintas explicaciones —sugestión, clarividencia, trastorno de la personalidad—, pero ninguna lo convencía. Madeleine siempre había sido normal, equilibrada. Además, la habían examinado escrupulosamente los especialistas... No. Tenía que tratarse de otra cosa.

Volvió sobre sus pasos y estuvo a punto de echarse a correr. Madeleine había salido del hotel y se dirigía ya hacia el muelle. Apenas había estado media hora en la habitación. Siempre apresurada, bordeó la estación de Orsay e hizo señas a un taxi. Flavières tuvo el tiempo justo para coger también un coche.

—¡Siga a aquel Renault!

Habría tenido que coger su Simca. Madeleine casi se le escapa... Si volvía... Pero el tráfico

era denso en el puente de la Concorde y los Campos Elíseos estaban tan obstruidos como en los tiempos más febriles de la preguerra. El taxi de Madeleine subía hacia l'Étoile. «¡Vuelve a casa, sin más!». Había uniformes por todas partes, limusinas con banderas, como en un 14 de julio. Esto acabaría provocándole una pequeña fiebre. Flavières no detestaba esta sensación de vida chispeante y vagamente amenazada. El Renault giró en el Arco de Triunfo y se dirigió hacia la puerta Maillot. La Avenue de Neuilly se abría, muy recta, bajo un halo de luminosidad solar. Los coches eran menos numerosos y circulaban sin prisa, con las ventanillas abiertas y la capota plegada.

—Parece que van a racionar la gasolina, también para los taxis —comentó el taxista.

Flavières pensó que, gracias a Gévigne, tendría todos los bonos que quisiera. Se arrepintió de pensar así, pero tanto daban diez litros de más o de menos en mitad del descontrol del racionamiento.

—Pare ahí —le ordenó.

Madeleine bajaba del taxi en el extremo del puente de Neuilly. Flavières llevaba preparados los billetes y las monedas, para no perder el tiempo. Le sorprendió que Madeleine se alejara despreocupada, con el mismo paso del día anterior. Bordeaba el Sena, sin objetivo aparente, por el mero placer de caminar. No había ningún vínculo perceptible entre el hotel de la Rue des Saints-Pères y el Quai de Courbevoie. Entonces, ¿a qué venía este paseo? ¿Los muelles eran tan hermosos en París! ¿Huía de la multitud? ¿Necesitaba seguir el ritmo de las aguas lentas para reflexionar o imaginar? Flavières recordaba los islotes del Loira, las lenguas de arena abrasivas para los pies, las mimbreras donde se posaban las ranas, a pequeños saltos, sus gemidos de placer. Presentía que Madeleine era parecida a él; tuvo el deseo de apretar el paso y abordarla. No tendrían necesidad de hablar. Caminarían juntos mientras veían pasar las gabarras. Volvía a divagar. Se detuvo adrede para dejar que se alejara. Incluso sopesó la posibilidad de volver. Pero en esta vigilancia había algo estimulante, algo turbio que le obsesionaba. Continuó...

Bancos de arena, cúmulos de piedra, bancos de arena... De vez en cuando, un muelle de carga rústico, una grúa, vagonetas en una vía estrecha oxidada. Al frente, en medio de la atmósfera plomiza, la isla de la Grande-Jatte. ¿Qué vendría a hacer en este extrarradio sin gracia? ¿Hasta dónde lo iba a llevar? Estaban solos, uno detrás del otro. Ella caminaba sin volver la vista atrás, mirando siempre hacia el río. Y, a medida que pasaba el tiempo, un miedo incierto se apoderó de Flavières. No, esto ya no era un paseo. ¿Una fuga, quizá? ¿O una crisis de amnesia? En el pasado había conocido casos de amnésicos que aparecían junto a las carreteras, atónitos y agotados, y hablaban con voz sonámbula. Se acercó. En ese momento, Madeleine cruzó la calzada y se sentó en la terraza de un bar de marineros: tres mesas de hierro bajo un toldo descolorido. Flavières, oculto tras los toneles, no perdía de vista ninguno de sus gestos. Madeleine sacó del bolso una hoja de papel, una pluma, y con el reverso de la mano secó la mesa. No aparecía el dueño del bar. Ella escribía con esmero, el rostro un poco contraído. «Está enamorada de alguna persona, pensó Flavières, y esa persona está en el frente». Pero esta hipótesis no era mejor que las otras. ¿Por qué habría venido hasta aquí, si le era tan fácil escribir en su casa, donde nadie la vigilara? Redactaba rápido, a vuelapluma, sin vacilar; seguramente había meditado la carta por el camino. O bien durante la media hora que estuvo en el hotel. Todo aquello era un poco absurdo. ¿Se trataba de una carta de ruptura? ¿Esas idas y venidas no tenían otra explicación? Pero, en tal caso, Madeleine no habría ido a visitar la tumba. ¡La tumba de Pauline Lagerlac!

Nadie se acercaba para atender a Madeleine. El dueño debía de encontrarse en el frente, como todos los demás. Madeleine dobló la carta y la escondió con cuidado. Miró a su alrededor, dio unas palmadas. No se movía nada en el bar. Así que se levantó con la carta en la mano. ¿Iba a volver sobre sus pasos? Madeleine vacilaba, y Flavières habría dado cualquier cosa por leer el nombre del destinatario. Todavía indecisa, volvió a bajar en dirección a la orilla, muy cerca de los toneles. Flavières percibió una vez más su perfume. Se alzó de repente una brisa suave que le ondulaba la falda. Su rostro, de perfil, parecía inmóvil, inexpresivo, tal vez incluso hastiado. Agachó la cabeza, giró el sobre entre los dedos y, de pronto, lo rompió en dos, luego en cuatro, en multitud de pedacitos que lanzó al viento, a pequeñas ráfagas. Volaban y rodaban sobre las piedras, corrían sobre la superficie del agua antes de posarse y perderse entre remolinos. Madeleine contemplaba los minúsculos naufragos. Se frotaba los dedos como si quisiera sacudirse un polvo intangible, purificarlos de un contacto indeseable. Con la punta del tacón apartó algunos fragmentos de papel ocultos entre las briznas de hierba, los empujó a la orilla del muelle. Desaparecieron. Avanzó otro paso con gesto apacible, y un chorro de agua salpicó el muelle, lanzando gotas que casi alcanzaron las manos de Flavières.

—¡Madeleine!

De pie tras los toneles, Flavières miraba sin comprender. Solo quedaba un trocito de sobre, completamente blanco, que se deslizaba entre la grava, como un ratón, con paradas y huidas repentinas.

—¡Madeleine!

Flavières se quitó la chaqueta, el chaleco, se abalanzó hacia la orilla. El agua empujaba de nuevo tres grandes olas hacia la corriente. Se zambulló. El frío le aplastó el pecho. Sin embargo, no dejaba de gritar, en el fondo de su ser, como una suerte de delirio: «Madeleine, Madeleine...». Al extender los brazos palpaba lo viscoso, lo negro. De una patada ascendió, emergió a la superficie con un gran chapoteo y se elevó hasta la cintura. A varios metros de allí apareció ella, flotando de espaldas entre las olas, como una ahogada ya, blanda y pesada. Flavières se sumergió entre dos aguas para agarrarla por la cintura, pero solo encontró pequeñas corrientes que se enredaban entre sus dedos como hierbas; dio palos de ciego, luchando con las piernas y las caderas contra la fuerza del río. Con los pulmones irritados, resopló, giró sobre sí mismo y, con los ojos llenos de lágrimas y de agua, divisó una masa oscura que se hundía lentamente. De golpe se sumergió en sentido oblicuo, agarró una tela, recorrió su cuerpo con los dedos, muy rápido, tanteando... deprisa... El cuello, ¿dónde estaba el cuello...? Le rodeó la cabeza con el brazo, mientras lanzaba la otra mano hacia la superficie para ascender más rápido. El cuerpo pesaba mucho, había que arrancarlo como de un agujero, extraerlo del agua con todas sus raíces. Flavières vio la orilla que se alejaba rápidamente, no muy lejos, pero le flaqueaban las fuerzas. Respiraba mal, por falta de entrenamiento. Engulló un enorme trago de agua y surcó la corriente en diagonal hacia una escalera donde había una barca amarrada. Tropezó con la espalda en la cadena, se aferró a ella, se dejó llevar a lo largo de la orilla. Con los pies palpaba los escalones sumergidos. Soltó la cadena, se agarró a la piedra, subió un escalón, luego otro, pegando el cuerpo de Madeleine contra el suyo. Un chorro de agua salía de ellos, aligerándolos poco a poco. Dejó a Madeleine en un escalón, la agarró de otra forma y, con un gran impulso lumbar, la levantó y la llevó hasta arriba. Allí cayó postrado, se dejó deslizar de costado, exánime. El viento le helaba la cara. Madeleine fue la primera en moverse. Entonces él se sentó y la miró. Se hallaba en

un estado lamentable, con el cabello pegado a las mejillas, la piel amoratada. Con los ojos abiertos miraba el cielo en un gesto pensativo e intentaba reconocer algo.

—No está muerta —le dijo Flavières.

Los ojos se giraron hacia él. Su mirada venía de muy lejos.

—No lo sé —murmuró ella—. Morir no duele.

—¡Idiota! —exclamó Flavières—. ¡Vamos! ¡Séquese!

La agarró bajo los brazos, la levantó, y luego, como ella se desmoronaba contra él, la lanzó sobre sus hombros. No pesaba mucho y el bar no estaba lejos. Sin embargo, le temblaban las pantorrillas de cansancio cuando llegó a la puerta.

—¡Hola! ¿Hay alguien?

Dejó a Madeleine en el suelo delante del mostrador. Ella se tambaleaba y empezó a tiritar.

—¡Hola!

—¡Ya va, ya va! —respondió una voz.

Y salió una mujer de la trascocina con un niño en brazos.

—Ha ocurrido un accidente —explicó Flavières—. ¿No tendrá alguna ropa vieja que nos pueda prestar, lo que sea? Estamos totalmente empapados.

Reía con nerviosismo, para tranquilizar a la mujer.

El chiquillo se echó a llorar y su madre lo meció rítmicamente.

—Está echando los dientes —comentó.

—Cualquier cosa para que nos cambiemos servirá —insistió Flavières—. Después llamaré a un taxi... Voy a buscar mi chaqueta... Dejé mi cartera dentro. Prepárele a la señora una copa de coñac... algo fuerte.

Intentaba crear un poco de calor y cordialidad, para que Madeleine recuperara su confianza y para que la mujer se interesase por su desventura. Se sentía lleno de alegría, energía, voluntad.

—Síntese —dijo Flavières a Madeleine.

Atravesó el muelle desierto, corrió hasta la pila de barricas, recogió la chaqueta y el chaleco. Un baño en esta época no era grave, pero había faltado poco para lo peor... Lo que más le conmovía no era el esfuerzo y el miedo, sino la visión de Madeleine cruzando tranquila la orilla del río. Y, a continuación, en lugar de forcejear, se había dejado llevar con una monstruosa resignación. Hasta le daba igual la muerte. Se juró que a partir de entonces no la perdería de vista ni un segundo, la protegería de sí misma, pues ahora estaba seguro de que no era del todo normal. Regresó corriendo para calentarse. La mujer, con el niño en el regazo, servía una bebida alcohólica en dos copas.

—¿Dónde está?

—Ahí al lado... Está cambiándose.

—¿El teléfono? Voy a llamar a un taxi.

—Allí. —Con la barbilla le señaló el teléfono, al fondo del bar—. Solo he encontrado un mono, ¿le parece bien? —Repitió la pregunta cuando Flavières colgó.

—Muy bien —respondió Flavières.

En ese momento salió Madeleine de la cocina y Flavières sufrió un nuevo *shock*. Vestida con una pobre bata estampada, sin medias, calzada con unas alpargatas, era otra Madeleine, nada intimidatoria.

—Corra a secarse —le dijo Madeleine—. Sinceramente, lo siento mucho... Otra vez tendré

más cuidado...

—Espero que no haya una segunda vez —masculló Flavières.

Preveía una reacción de agradecimiento, cierto patetismo, y en cambio ella se lo tomaba a broma. Furioso, se puso el mono, que le quedaba grande. Además, iba a parecer grotesco. En la sala del café, las dos mujeres charlaban, como si de pronto fueran cómplices, mientras él, su gozo en un pozo, intentaba encontrar el final de las mangas y descubría con consternación que el mono estaba manchado de aceite de máquina. Proyectó su cólera contra Gévigne. ¡Esto lo iba a pagar caro! Y que se ocupase otro de su mujer, si le venía en gana. Flavières oyó de pronto la bocina del taxi. Tenso y ruborizado, empujó la puerta.

—¿Está lista?

Madeleine tenía el bebé en brazos.

—No hable tan fuerte —le susurró ella—. Lo va a despertar.

Se lo entregó con delicadeza a su madre y esta amabilidad exasperó a Flavières, que estuvo a punto de perder la compostura; tras recoger la ropa mojada, dejó un billete bajo el vaso lleno de coñac y salió. Madeleine siguió sus pasos corriendo.

—¿Dónde la dejo? —preguntó Flavières con frialdad.

Madeleine subió al coche.

—Pues en su casa —propuso—. Supongo que estará deseando vestirse adecuadamente. A mí no me importa.

—Al menos dígame dónde vive.

—En la avenue Kléber. Soy la señora de Gévigne. Mi marido se dedica a la construcción naval.

—Pues yo soy abogado. Me apellido es Flavières.

Subió la ventanilla.

—Rue de Maubeuge, esquina con la Rue Lamartine.

—Estará furioso conmigo —prosiguió Madeleine—. No sé muy bien qué ha pasado.

—Yo sí que lo sé —dijo Flavières—. Ha querido quitarse la vida. —Se detuvo un instante, aguardando una respuesta, una protesta, y continuó—: Puede confiar en mí. Estoy abierto a comprender... Un disgusto, quizá... Una decepción.

—No —respondió ella en voz baja—, no es lo que usted cree. —De nuevo volvía a ser la desconocida del teatro, *La mujer del abanico*, la otra Madeleine, la que se inclinaba la víspera sobre una tumba olvidada—. Quise tirarme al agua, pero le juro que no sé por qué.

—Pero... ¿y la carta?

Madeleine se ruborizó.

—La carta era para mi marido. Pero lo que intentaba hacerle comprender era tan extraordinario que preferí... —Giró la cabeza hacia Flavières y apoyó la mano en su brazo—. Señor, ¿cree usted que es posible resucitar? Quiero decir... morir y luego... renacer en otra persona... ¡Ya ve! No se atreve a responderme... Me toma por una loca.

—Vamos a ver...

—Pero no estoy loca, no... Aunque me parece que mi pasado se prolonga muy lejos... Más allá de mis recuerdos infantiles, hay otra cosa, como otra vida de la que tomara conciencia... No sé por qué le cuento todo esto.

—Continúe —balbuceó Flavières—. ¡Continúe!

—Vuelvo a ver cosas que nunca he visto... caras, otras caras... que ya solo existen en mi memoria. Y a veces tengo la sensación de que soy una anciana, una mujer mayor. —Tenía una voz profunda de contralto y Flavières la escuchaba sin moverse—. A lo mejor estoy enferma. Sin embargo, si estuviera enferma, mis recuerdos no serían tan nítidos. Serían desordenados, incoherentes.

—Pero hace un rato, en el río, ¿ha cedido a un impulso repentino o respondía a una decisión reflexiva?

—Se trataba de una decisión... pero es algo un poco confuso en mi mente. Sé que me siento cada vez más extraña, que mi verdadera vida está más allá de mí... Y entonces... ¿qué sentido tiene continuar? Para usted, para todo el mundo, la muerte es lo opuesto a la vida... En cambio, para mí...

—No hable así —dijo Flavières—. Se lo ruego. Piense en su marido.

—¡Pobre Paul! ¡Si lo supiera!

—No debe saberlo por nada del mundo. Todo esto será un secreto entre nosotros.

Flavières no pudo evitar dar a su frase una inflexión tierna y, de repente, sonrió con una desconcertante vivacidad.

—Un secreto profesional —replicó Madeleine—. Me tranquiliza... He tenido suerte de que usted pasara por ahí.

—Pues sí. Tenía que reunirme con un empresario en su almacén, que está un poco más allá y, si no hubiera hecho tan buen tiempo, habría cogido el coche.

—Y yo estaría muerta —murmuró Madeleine.

El taxi se detuvo.

—Ya hemos llegado —dijo Flavières—. Disculpe el desorden de mi piso. Soy soltero y, además, estoy muy ocupado.

No había nadie en el vestíbulo del edificio. Tampoco en la escalera. A Flavières le habría molestado que algún inquilino lo hubiera visto con aquel atuendo. Oyó sonar el teléfono mientras abría la puerta y dejaba entrar a Madeleine.

—Será algún cliente. Siéntese. Tardaré un minuto.

Corrió a su despacho.

—¿Diga?

Era Gévigne.

—Ya te he llamado dos veces —dijo Gévigne—. De pronto he recordado algo sobre el suicidio de Pauline... Se tiró al agua... No sé si esta precisión puede serte de utilidad, pero preferí decírtelo en todo caso... Y tú, ¿qué tal?

—Ya te contaré —dijo Flavières—. En este momento estoy con una persona en mi despacho.

Flavières revisó su agenda con recelo. «6 de mayo». Tres citas: dos casos de sucesión y un divorcio. Estaba harto de esta profesión absurda. Y no había manera de echar el cierre y de pegar en él un letrero: «Cerrado por movilización», o «por defunción»... o por cualquier otra cosa. El teléfono iba a seguir sonando durante todo el día. Su cliente de Orléans iba a pedirle cita una vez más. Se sentiría obligado a ser amable, a tomar notas. Al final de la tarde llamaría Gévigne, o subiría a verlo. Gévigne era exigente. Había que contárselo todo en detalle. Flavières se sentó en su despacho, abrió el *dossier Gévigne*. «27 de abril, paseo en el Bois. 28 de abril, entrada en el Paramount por la tarde. 29 de abril, Rambouillet y valle de Chevreuse. 30 de abril, Marignan. Té en la terraza de las Galeries Lafayette. Malestar provocado por el vacío. Obligado a bajar de nuevo. Ella se rio mucho. 1 de mayo, paseo en Versalles. Conduce bien. Cuando lleva el Simca es bastante caprichosa. 2 de mayo, bosque de Fontainebleau. 3 de mayo, no la vi. 4 de mayo, pequeña salida al jardín de Luxembourg. 5 de mayo, largo paseo en Beauce. Vi de lejos la catedral de Chartres...».

En fecha del 6 de mayo, debía haber escrito: «Estoy enamorado de ella».

«¿Ya no puedo prescindir de ella?». Pues era evidente que se trataba de amor. Un amor melancólico, que ardía en silencio como una hoguera en una mina abandonada. Parecía como si Madeleine no sospechara nada. Él era un amigo, sin más, un compañero agradable con el cual podía charlar libremente. Por supuesto, no se planteaba presentarle a Paul. Flavières se esforzaba por representar el papel de abogado rico que trabaja para ocupar su tiempo de ocio, pero que está encantado de contribuir a que una mujer joven supere su hastío. El accidente de Courbevoie había sido olvidado. Tan solo había conferido a Flavières cierto derecho sobre Madeleine. A través de él, Madeleine le recordaba que él la había salvado; le concedía la amable atención, la deferencia que habría podido dedicarle a un tío, a un padrino o a un tutor. Una palabra de amor habría sido una grosería inconcebible. ¡Y además estaba Gévigne! Por ello ponía Flavières todo su empeño en remitirle un informe completo y minucioso cada noche. Gévigne lo escuchaba en silencio, con el ceño fruncido. Luego le hablaba de la extraña enfermedad de Madeleine.

Flavières volvió a cerrar el *dossier*, estiró las piernas y juntó los dedos. ¡*La enfermedad de Madeleine!* Se planteaba este problema veinte veces al día. Veinte veces al día analizaba en su cabeza, una a una, las actitudes y palabras de Madeleine, las hacía desfilas como fichas policiales, las examinaba, las comparaba con una atención compulsiva. Madeleine no estaba enferma, y, sin embargo, tampoco era del todo normal. Amaba la vida, el movimiento, la multitud; era alegre, a

veces incluso petulante; tenía mucho ingenio... Aparentemente, se trataba de la mujer más jovial. Ese era su lado luminoso, solar. Pero había otro lado, el lado nocturno, misterioso. Era fría, egoísta, calculadora... *Fría* en un sentido profundo, indiferente, incapaz de querer y de apasionarse. Gévigne tenía razón: cuando alguien dejaba de distraerla, de mantenerla al borde de la vida, se sumía en una especie de letargo que no era ni ensoñación ni tristeza, sino un sutil cambio de estado, como si una parte de ella se expandiese hacia fuera y se evaporase en el espacio. En varias ocasiones, Flavières la vio así cerca de él: vio que se le escapaba en silencio, sumiéndose en un sueño, como una médium que cede a alguna súplica invisible y poderosa.

—¿Le pasa algo? —le había preguntado él. Madeleine había vuelto en sí lentamente; su rostro se había animado; había empezado a poner a prueba sus músculos, sus nervios, su sonrisa vacilante, y había parpadeando varias veces antes de girar la cabeza.

—No. Estoy muy bien.

Con la mirada tranquilizaba a Flavières. Tal vez algún día llegaría a hacerle otras confidencias. Entretanto, Flavières evitaba prestarle el coche. Ella conducía con mucha destreza, pero también con una especie de fatalismo. Esa no era, además, la palabra exacta. Flavières se esforzaba inútilmente en precisar su sensación. Madeleine no se defendía; aceptaba. Flavières recordaba la época en que se trataba la hipotensión. Pues sí, era eso. Le costaba hasta el más mínimo movimiento.

Si hubiera visto en el suelo un billete de mil francos, no habría podido agacharse a recogerlo. De la misma manera, en Madeleine había también un muelle roto... Flavières sabía que en presencia de un obstáculo ella no intentaría reaccionar, frenar, dar un volantazo. En Courbevoie no había luchado por sobrevivir. Otro detalle curioso: nunca proponía un lugar para dar un paseo.

«¿Le apetece ir a Versalles o a Fontainebleau? ¿Prefiere quedarse en París?».

«Me da igual...». O bien: «Vale».

Siempre la misma respuesta. Sin embargo, cinco minutos después se reía; era evidente que se divertía mucho; sus mejillas recuperaban el color; se agarraba del brazo de Flavières; él sentía la proximidad de su cuerpo lleno de vida. A veces no podía evitar susurrarle al oído:

«¡Es usted encantadora!».

«¿En serio?», replicaba ella, mientras alzaba la mirada.

Y Flavières sentía siempre una rápida contracción cardíaca cuando contemplaba el iris azul, tan claro que se cegaba un poco con la luz del día. Madeleine se cansaba enseguida. Siempre tenía hambre. A las cuatro tenía que merendar: bollo, té, mermeladas. A Flavières no le gustaba mucho acompañarla a las pastelerías o a los salones de té; por ello la llevaba al campo siempre que podía. Cuando comía bizcochos borrachos o pastelillos rellenos de crema, Flavières se sentía culpable hasta la médula por la guerra, por las vendedoras cuyos maridos o amantes se encontraban en algún lugar del frente, entre el mar del Norte y los Vosgos. Pero comprendía que Madeleine necesitara ese alimento, precisamente para mantener a raya el vacío, la nada, la noche en la que siempre estaba a punto de sumirse.

—Usted me recuerda a Virgilio —le confesó en una ocasión.

—¿Por qué lo dice?

—¿Recuerda cuando Eneas desciende a los reinos de Plutón? Derrama sangre a su alrededor, y las sombras de los muertos acuden a oler esa sangre; se alimentan de sus efluvios; recobran durante un tiempo algo de densidad y hablan, hablan; ¡añoran terriblemente la luz de los vivos!



—Sí, pero qué tiene que ver...

Flavières había empujado hacia ella un plato lleno de cruasanes.

—Coma... Tómeselo todo... Parece como si usted también careciera de sustancia, de realidad. ¡Coma, pequeña Eurídice!

Madeleine había sonreído levemente con la comisura de los labios.

—¡Me turba usted con tanta mitología! —Y, al cabo de un momento largo, mientras dejaba la taza en el plato, añadió—: ¡Eurídice! Qué bonito... Es verdad que usted me ha liberado de los infiernos.

En lugar de volver al Sena, el muelle fangoso, había pensado en las viviendas excavadas en la roca, cerca del Loira, los sótanos donde solo se oía el ruido de una gota de agua, siempre la misma, y había puesto la mano sobre la de Madeleine.

Desde aquel día la llamaba Eurídice, de broma. No se habría atrevido a llamarla Madeleine. Por Gévigne. Y además Madeleine era la mujer casada, la mujer del otro. Eurídice, por el contrario, le pertenecía por completo; la había tenido en sus brazos, empapada de agua, con los ojos cerrados y la sombra de la muerte en la oquedad de las mejillas. Era ridículo, es cierto. Flavières vivía en un tormento continuo, en un tumulto de sensaciones dolorosas. Es posible, pero jamás había sentido, en el fondo de su ser, una paz tan absoluta, una plenitud tan dichosa que disolvía su pasado reciente, con todos sus miedos y remordimientos. ¡Hacía tanto tiempo que ansiaba conocer a esta joven deslumbrante! Desde los trece años. Desde los tiempos en que se interesaba por el corazón de la tierra, ese país negro de los fantasmas y las hadas...

Sonó el teléfono. Descolgó con un movimiento rápido. Sabía quién era.

—¿Diga? ¿Es usted? ¿Libre? Con toda probabilidad... Sí, tengo mucho trabajo, pero nada muy urgente... ¿Eso le gustaría? ¿Seguro? De acuerdo, entendido. Siempre que esté aquí de vuelta a las cinco... Bueno, la verdad... Decida usted misma... Es usted muy amable, pero me pone en un aprieto. Un museo, tal vez... No es muy original, pero vaya... ¿Un paseo sentimental por el Louvre? No, no se lo han llevado todo. Todavía quedan bastantes cosas... Razón de más para darse prisa. Muy bien, gracias. Hasta luego.

Colgó suavemente el auricular, como si un último eco de la voz amada vagase todavía por los hilos. ¿Qué le depararía el día? Nada mejor que los anteriores, seguro. Era una situación sin salida. Madeleine no se curaría jamás. ¿De qué servía engañarse? Tal vez pensaba un poco menos en el suicidio desde que él se ocupara de ella, pero en el fondo seguía obsesionada. ¿Qué iba a decirle a Gévigne? ¿Debía transmitirle todo lo que pensaba? Flavières se sentía encerrado en un círculo. De tanto pensar en las mismas ideas acababa sintiéndose anquilosado, estéril, incapaz de llevar a cabo el menor esfuerzo intelectual.

Cogió su sombrero y salió. Los clientes volverían más tarde, o acaso ya no regresaran nunca. ¡Qué más daba! ¡Total, iban a bombardear París! Si la guerra se prolongaba, se vería obligado a alistarse. Al fin y al cabo, el futuro era terriblemente incierto. Lo único que tenía sentido era el amor, la vida actual, el sol en las hojas. Buscó por instinto los bulevares, el ruido, el contacto del rebaño. Le sentaría bien olvidar un poco a Madeleine; mientras paseaba por los alrededores de la Ópera, comprendió que la joven ejercía sobre él una curiosa influencia; le absorbía literalmente todas las fuerzas; desempeñaba, ante ella, no el papel de un donante de sangre sino el de donante del alma, en cierto modo. Y la prueba era que, cuando estaba solo, sentía la necesidad de sumergirse de nuevo en el río humano para recuperar las energías perdidas. Entonces no pensaba

en nada; únicamente, de vez en cuando, imaginaba que a lo mejor tenía probabilidades de sobrevivir. A veces se sumía en la ensoñación. Gévigne moría. Madeleine quedaba libre. Se complacía en imaginar lo imposible, en contarse fragmentos de relatos descabellados. Alcanzaba enseguida una maravillosa libertad, como un fumador de opio. La muchedumbre lo envolvía despacio. Él se dejaba llevar. Descansaba de ser hombre.

Se detuvo ante el escaparate de Lancel. No tenía ganas de comprar. Le gustaba contemplar las joyas, el brillo del oro sobre el terciopelo oscuro. Y de pronto recordó que a Madeleine se le había roto el mechero. Veía mecheros sobre un plato de vidrio; distinguía también unas pitilleras de un material precioso. Pensó que no se ofendería; entró, eligió un minúsculo mechero de oro pálido, una pitillera de piel de Rusia. Por una vez el gasto le pareció agradable. En una tarjeta escribió: «Para Eurídice rediviva», e introdujo la tarjeta en la pitillera. Le daría el regalo en el Louvre o bien un poco más tarde, cuando se tomasen un tentempié antes de despedirse. La mañana se embelleció con esta compra. Flavières sonreía cuando notaba bajo los dedos el papel atado con una cinta azul. ¡Querida, queridísima Madeleine!

A las dos la esperó en la Place de l'Étoile. Ella siempre llegaba puntual a la cita.

—¡Vaya! —le dijo al verla—. Hoy viene de negro.

—Me gusta mucho el negro —le confesó Madeleine—. Si me dejara llevar por mis gustos, vestiría siempre de negro.

—¿Por qué? El negro es lúgubre.

—No, qué va, da importancia a todo lo que uno piensa. Uno se siente obligado a tomarse en serio.

—¿Y si fuese vestida de azul o de verde?

—No lo sé. Tendría la sensación de ser un arroyo o un álamo. Cuando era pequeña, creía que los colores tenían un poder mágico... Por eso quise pintar.

Flavières la cogió del brazo, con ese gesto lleno de abandono que lo llenaba de ternura.

—Yo también intenté pintar —le confesó—. Pero dibujé mal.

—¿Y qué más da? Lo que importa es el color.

—Me gustaría ver sus lienzos.

—¿Ah, sí? No valen gran cosa. No se parecen a nada. Son sueños... ¿Usted sueña en color?

—No. Lo veo todo gris... como en el cine.

—Entonces no puede comprender. ¡Está ciego! —Se rió y le apretó el brazo, para mostrarle que lo decía en broma. Luego añadió—: Es mucho más bonito que lo que llaman la realidad. Imagine, si puede, colores que se pueden tocar, que se comen, que se beben, que nos penetran totalmente. Uno se convierte en algo semejante a esos insectos que se confunden con el follaje que los soporta, a esos peces que parecen corales. Cada noche sueño con el país imaginario.

—¿Usted también? —murmuró Flavières.

Agarrados del brazo, rodeaban la Place de la Concorde sin mirar a nadie. Flavières apenas se fijaba en el rumbo que seguían. Estaba totalmente absorto en la dulzura de estas confidencias, y al mismo tiempo una parte de su mente permanecía al acecho, no perdía de vista el problema.

—Cuando era niño —prosiguió—, me obsesionaba ese país desconocido. Hasta podría mostrarle en el mapa dónde está.

—No es lo mismo.

—¡Ya lo creo que sí! El mío está lleno de tinieblas; el suyo es luminoso, pero sé que se tocan.

—¿Y usted ya no cree en todo eso?

Flavières vaciló. ¡Pero ella lo miraba con tal confianza! Daba la impresión de que Madeleine concedía una enorme importancia a su respuesta.

—Sí, todavía creo. Sobre todo desde que la conozco a usted.

Continuaron paseando en silencio por un instante. El ritmo acompasado de sus pasos prolongaba en ellos pensamientos comunes. Atravesaron el inmenso patio, subieron una pequeña escalera estrecha y oscura. Enseguida avanzaron hacia el frescor de la catedral, entre los dioses egipcios.

—Pues yo ya no creo en todo eso —prosiguió Madeleine—. Sé que existe... Es tan real como el nuestro. Pero no conviene decirlo.

Las estatuas de grandes ojos inexpresivos, con los pies colocados uno delante del otro, los miraban pasar. De vez en cuando había sarcófagos de color celofán, bloques de piedra rodeados de signos indescifrables y, en las profundidades solemnes de las salas vacías, cabezas gesticulantes, hocicos resquebrajados por el tiempo, animales agazapados, toda una fauna monstruosa e inmóvil.

—Ya he pasado por aquí del brazo de un hombre —murmuró Madeleine—. Hace mucho, mucho tiempo... Se parecía a usted, pero tenía patillas.

—Será una ilusión. La ilusión del *déjà vu*. Es muy frecuente.

—¡Qué va! Podría aportarle detalles de una precisión espantosa. Mire, yo suelo ir a un pueblo cuyo nombre desconozco. Ni siquiera sé si está en Francia, y sin embargo me paseo por allí, sueño con ese lugar, como si hubiera vivido siempre allí... Lo atraviesa un río. A la derecha, en la orilla, veo un arco de triunfo galorromano. Si seguimos río arriba por una avenida flanqueada por grandes plátanos, a la izquierda encontramos un anfiteatro. algunas bóvedas, escaleras en ruinas. Al fondo del anfiteatro veo tres álamos y un rebaño de ovejas.

—Pero... ¡yo conozco esa ciudad! —exclamó Flavières—. Es Saintes. Y el río es el Charente.

—Puede ser.

—Pero han despejado el terreno en los alrededores del anfiteatro... Hay más álamos.

—En mis tiempos había bastantes... ¿Y la fuente todavía existe? Las chicas iban allí a tirar alfileres con el deseo de casarse en el mismo año.

—¡La fuente de Sainte-Estelle!

—Y la iglesia, detrás del anfiteatro... una iglesia alta con un campanario muy antiguo... Siempre me han gustado las iglesias antiguas.

—¡La iglesia de Saint-Eutrope!

—Exacto.

Paseaban despacio junto a las ruinas enigmáticas, rodeadas por un persistente olor a cera. A veces se cruzaban con algún visitante atento, erudito, absorto. Solo pensaban en sí mismos mientras veían desfilar a los leones, a las esfinges y a los toros alados.

—¿Cómo la llama usted a esa ciudad? —preguntó Madeleine.

—Saintes... Está cerca de Royan.

—Creo que yo viví ahí... hace tiempo.

—¿Hace tiempo? ¿Cuándo era pequeña?

—No —respondió tranquilamente Madeleine—, en mi otra existencia.

Flavières no replicó. Las palabras de Madeleine despertaban en él reminiscencias.

—¿Dónde nació usted? —le preguntó.

—En las Ardenas, muy cerca de la frontera. La guerra nunca ha dejado de estar presente a nuestro alrededor. ¿Y usted?

—Yo me crié en casa de mi abuela, muy cerca de Saumur.

—Yo soy hija única —comentó Madeleine—. Mi madre enfermaba muy a menudo. Mi padre se pasaba todo el tiempo en la fábrica. No tuve una infancia muy feliz.

Entraron en una sala cuyas paredes estaban decoradas con lienzos de marcos brillantes, como multiplicados por juegos de espejos. Los ojos de los retratos los miraban fijamente, los seguían durante mucho tiempo. A veces eran señores de rostro demacrado; otras, oficiales de lujosas vestimentas, con la mano en la espada y un caballo encabritado detrás.

—Cuando usted era pequeña —susurró Flavières—, ¿tenía ya sueños... presentimientos?

—No. Solo era una niña solitaria, taciturna.

—Y entonces... ¿cómo surgió todo eso?

—De repente, no hace mucho... Sentí que no estaba en mi casa... que vivía en casa de un extraño... ¿Sabe? La impresión que se tiene cuando uno se despierta y no reconoce la habitación.

—Sí... Si estuviera seguro de que no iba a molestarla —añadió Flavières—, le haría una pregunta.

—No tengo secretos —respondió Madeleine, pensativa.

—¿Puedo?

—Por favor.

—¿Todavía piensa en... en desaparecer?

Madeleine se detuvo y alzó los ojos hacia Flavières, los ojos que siempre parecían suplicantes.

—No me ha entendido —murmuró.

—Respóndame.

Se había formado un pequeño grupo de visitantes delante del cuadro. Flavières entrevió una cruz, un cuerpo pálido, la cabeza inclinada sobre el hombro, un hilillo de sangre en el pecho izquierdo. Algo más lejos, un rostro de mujer se elevaba hacia el cielo. Madeleine ya solo era una sombra en su brazo.

—No... no insista.

—Sí. Insisto... Tanto por su bien como por el mío.

—Roger... Se lo ruego...

Y aunque Madeleine apenas si había elevado la voz, Flavières se conmovió. Estrechó a Madeleine entre sus brazos.

—¿No comprende que yo la quiero? ¿Que no deseo perderla?

Caminaban como dos autómatas entre madonas y piedades, entre lívidos calvarios. Ella le apretó la mano durante un largo instante.

—Usted me da miedo —dijo Flavières—. Pero la necesito... A lo mejor es que necesito tener miedo... para despreciar la vida que llevo. ¡Ojalá supiera con certeza que usted no me engaña!

—Vámonos.

Atravesaron salas vacías, buscando una salida. Madeleine no le había soltado el brazo. Se aferraba cada vez más fuerte. Bajaron las escaleras, llegaron un poco jadeantes a un jardín en el que un chorro de agua dibujaba un arco iris. Flavières se detuvo.

—Me pregunto si no estaremos un poco locos. ¿Recuerda mis palabras de hace un rato?

—Sí —respondió Madeleine.

—Le he confesado que la quiero. ¿Me ha oído?

—Sí.

—Si le repitiera que la quiero, ¿no se enfadaría?

—No.

—¡Es extraordinario! ¿Quiere que paseemos un poco más? Nos quedan tantas cosas por decirnos...

—No... Estoy cansada. Quiero volver a casa.

Estaba pálida y parecía asustada.

—Voy a llamar a un taxi —propuso Flavières—. Pero antes, ¿aceptará este pequeño regalo?

—¿Qué es?

—¡Ábralo! ¡Ábralo!

Madeleine deshizo el nudo, desplegó el papel, colocó sobre la mano extendida la pitillera y el mechero e hizo un gesto negativo con la cabeza. Luego abrió la pitillera y leyó las tres palabras de la tarjeta.

—Mi querido amigo —comentó.

—¡Vamos! —La llevó hacia la Rue de Rivoli y continuó—: No me dé las gracias. Sé que quería tener un mechero. ¿Nos vemos mañana?

Ella inclinó la cabeza.

—Bueno. Iremos al campo... No, no. No diga nada. Déjeme el recuerdo de esta tarde... Mire, ahí hay un taxi. Eurídice, querida, no sabe qué alegría me ha dado.

Le cogió la mano, besó los dedos enguantados.

—No vuelva a mirar atrás —le dijo mientras cerraba la puerta.

Estaba agotado y tranquilo, como antaño, después de correr durante todo el día a orillas del Loira.

Durante toda la mañana Flavières esperó en vano la llamada de Madeleine. A las dos acudió a su cita habitual, la Place de l'Étoile. Ella no apareció. Llamó a Gévigne. Se había marchado a El Havre y no volvería hasta el día siguiente, hacia las diez.

Flavières pasó un día abominable. No durmió. Mucho antes de que amaneciera ya estaba en pie, dando vueltas por su despacho, asaltado por imágenes que lo destruían lentamente. No, no le había ocurrido nada a Madeleine. ¡Era imposible! Sin embargo... Apretaba los puños, luchaba contra el pánico. ¡No debería haberle hecho aquella confesión a Madeleine! Los dos habían engañado a Gévigne. ¿Quién sabía adónde podían llevarla los remordimientos, nerviosa e inestable como era? Flavières se detestaba. Al fin y al cabo, no tenía nada que reprochar a Gévigne. Gévigne había confiado en él. Gévigne le había pedido que protegiera a Madeleine. Había que poner fin a una historia tan absurda... ¡Y cuanto antes! Pero, cuando Flavières intentaba imaginar la vida sin Madeleine, algo lo atenazaba por dentro; abría la boca; necesitaba apoyarse en la esquina de una mesa, en el respaldo del sillón. Le daban ganas de insultar a Dios, al destino, a la fatalidad, al poder oculto —poco importaba su nombre— que había dispuesto las circunstancias de una manera tan feroz. ¡Iba a ser siempre un exiliado! Ni siquiera la guerra había querido contar con él. Se sentó en el sillón que había ocupado Gévigne la primera tarde. ¿Tal vez exageraba su infelicidad? Una pasión, una verdadera pasión no surge en dos semanas. Con la barbilla apoyada en las manos, lúcidamente, reflexionaba. ¿Qué sabía del amor? Nunca había amado a nadie. ¡Ah! ¡Es verdad! Había anhelado todas las apariencias de la felicidad, como un pobre ante un escaparate. Pero siempre había habido, entre las cosas y él, algún obstáculo frío y duro. Y cuando por fin lo nombraron inspector, había tenido la sensación de comprometerse con la defensa de ese mundo radiante, feliz, prohibido. Era su escaparate. ¡Tenía que dejarlo ya! Madeleine, no... No tenía derecho... No podía pasarse al bando de los traidores. Más le valía asumirlo. ¡Debía renunciar! ¡Cobarde! ¡Qué lástima de hombre! Así, al primer obstáculo, se amilanaba. Ahora que Madeleine estaba quizá a punto de amarle...

—¡Ya basta! —dijo en voz alta—. ¡Ya basta! ¡Que me dejen en paz!

Se preparó un café muy fuerte para estimularse, vagó unos instantes de la cocina al despacho, del despacho al vestíbulo. Ese dolor desconocido que se instalaba en su cuerpo y en su pensamiento y le impedía respirar a fondo, reflexionar pausadamente como de costumbre, era el amor. Se sentía proclive a cometer todos los errores, todas las tonterías, y casi se enorgullecía de divagar a pesar del agobio. ¿Cómo había podido recibir en su despacho a tanta gente durante tanto

tiempo, estudiar tantos expedientes, oír tantas confesiones y no entender nada, aferrarse obstinadamente a la verdad? Se encogía de hombros cuando un cliente exclamaba, con lágrimas en los ojos: «¡Es que la quiero!»». Le daban ganas de responderle: «¡Venga ya! Me hace reír con su amor. ¡El amor, un sueño infantil! Algo muy bonito, muy puro, pero inaccesible. ¡No me interesan los devaneos sexuales!»». ¡Sería imbécil!

A las ocho todavía seguía en pijama y zapatillas, despeinado, con los ojos muy brillantes. No había decidido nada. No podía llamar a Madeleine. Ella se lo había prohibido expresamente, para evitar la intromisión del personal de servicio. Además, tal vez ella no quisiera volver a verlo. A lo mejor también tenía miedo...

Con la cabeza en otra parte, se afeitó y se vistió. Luego resolvió, sin que su voluntad hubiera participado en el debate, que debía visitar a Gévigne con la máxima urgencia. De pronto necesitaba sincerarse y a la vez, con una secreta picardía, pensaba que el dilema era falaz y que podía tranquilizar a Gévigne mientras mantenía una relación con Madeleine. Un rayo de felicidad traspasó la bruma en la que se debatía. Comprendió que el sol se filtraba a través de los postigos que había olvidado abrir. Apagó la luz y dejó que entrara la claridad del día en su despacho. Recuperó la confianza, sin mayor motivo, únicamente porque hacía bueno y porque todavía no se había desencadenado la guerra. Salió, dejó la llave debajo del felpudo para la asistenta, saludó amablemente a la portera. Ahora todo le parecía fácil. Hasta se habría reído de sus preocupaciones. Decididamente, no había cambiado. Siempre sería el juguete de ese péndulo misterioso que oscilaba en su interior, sin cesar, entre el miedo y la esperanza, entre la dicha y la melancolía, entre la duda y la audacia. Sin el menor respiro. Sin un solo día de descanso, de equilibrio moral. Sin embargo, junto a Madeleine... Expulsó a Madeleine de su pensamiento para no sumirse de nuevo en la confusión. París se presentaba como un espejismo. La luz jamás había sido tan tierna, tan palpable y sensual. Habría querido tocar los árboles, tocar el cielo, abrazar contra su corazón la ciudad que se desperezaba y aseaba bajo el sol. Recorrió el camino a pie, despacio. A las diez entró en el despacho de Gévigne. Precisamente Gévigne acababa de llegar.

—Ponte cómodo, amigo... Estoy contigo enseguida. Tengo que decirle una cosa al subdirector.

Gévigne parecía cansado. En pocos años acabaría con bolsas debajo de los ojos y las mejillas flácidas, surcadas de arrugas. Los cincuenta no lo perdonarían. Flavières se regodeaba furtivamente mientras se acercaba a una silla del despacho. Gévigne volvió enseguida y le dio una palmada en el hombro al pasar.

—Te envidio, ¿sabes? —le dijo en broma—. A mí también me gustaría pasarme las tardes escoltando a una mujer hermosa, sobre todo si es la mía... Llevo una vida que me destruye. —Se sentó con pesadez, giró el sillón hacia el lado de Flavières, y preguntó—: ¿Qué hay de nuevo?

—Pues nada. Anteyayer fuimos al Louvre. Ayer no la vi. Esperaba una llamada. Te confieso que este silencio...

—Nada grave —dijo Gévigne—. Madeleine ha estado un poco indispuesta. Hace un rato, cuando volví, la encontré en la cama. Mañana se levantará. ¡Ya estoy acostumbrado, vaya!

—¿Te comentó algo del paseo?

—Dos palabras. Me enseñó unas baratijas que se había comprado... un mechero, creo... Vamos, me pareció que estaba bastante bien.

—Qué bien. Me alegro. —Flavières cruzó las piernas, estiró perezosamente un brazo por encima del respaldo de la silla. Disfrutaba, hasta extremos malsanos, la sensación de la seguridad

recobrada. Continuó exponiendo sus dudas—: Me pregunto si será útil continuar esta vigilancia.

—¿Cómo? ¿Estás pensando en...? ¡Ni hablar! Ya has visto lo que es capaz de hacer.

—Sí, sí —dijo Flavières torpemente—. Pero... mira... Me molesta acompañar a tu mujer... Ya me entiendes... Parezco... lo que no soy. Vamos, que la situación no es sincera, por decírtelo sin rodeos.

Gévigne había cogido un abrecartas con el que se entretenía doblando la hoja. Negó con la cabeza mediante movimientos rápidos y cortos.

—Y a mí —masculló—, ¿crees que me gusta esta situación? Te agradezco los escrúpulos. Pero no tenemos ninguna alternativa. Si pudiera dedicarle más tiempo a Madeleine, intentaría arreglármelas solo. Lamentablemente, soy cada vez más esclavo de mi trabajo. —Soltó el abrecartas, cruzó los brazos y, con el cuello embutido en los hombros, miró fijamente a Flavières y le suplicó—: Dame quince días más, amigo, tres semanas a lo sumo. Con el apoyo del Ministerio, voy a desarrollar mis astilleros y entonces tendré que establecerme en El Havre. Si todo sale bien, tal como espero, a lo mejor consigo trasladar allí a Madeleine. Hasta entonces, ¡vigíla! No te pido nada más... Entiendo perfectamente lo que sientes. Soy consciente de que te he endilgado una tarea peliaguda. Pero necesito tener la mente despejada durante quince días.

Flavières se mostró dubitativo.

—Si crees de verdad que es cuestión de dos semanas.

—Te doy mi palabra.

—De acuerdo. Al menos, es bueno que conozcas mi posición. No me hacen gracia estos paseos. Soy un hombre frágil; tengo una imaginación sensible... Ya ves, no te oculto nada...

Gévigne tenía el rostro rígido, tal vez por los consejos de administración. Sin embargo, sonrió.

—Gracias —dijo—. Eres un tipo de los que ya no hay. Pero lo más importante es la seguridad de Madeleine.

—¿Tienes motivos para sospechar algo?

—No.

—¿Has pensado que si tu mujer volviera, de improviso, a cometer un acto como el del otro día, es posible que yo no pudiera intervenir a tiempo?

—Sí... Lo he pensado todo. —Bajó los ojos y juntó las manos violentamente—. No ocurrirá nada. Pero si tuviera que ocurrir algo, al menos tú estarías ahí para contarme lo que has visto. Lo que no soporto es la incertidumbre... Mil veces preferiría que Madeleine estuviera verdaderamente enferma. Preferiría saber que está en un quirófano, en manos de un cirujano. En casos así, uno sabe al menos a qué atenerse. Puede evaluar las probabilidades a favor, las probabilidades en contra. ¡Pero esta confusión! Parece que no lo acabas de comprender.

—¡Sí que lo comprendo!

—¿Qué ocurre, entonces?

—La vigilaré... ¡No tengas miedo! Por cierto, ¿sabes si ha residido alguna vez en Saintes?

—¿En Saintes? —preguntó Gévigne, atónito—. No. Creo que no. ¿Qué te hace pensar...?

—Me habló de Saintes exactamente igual que si hubiera vivido allí.

—¿En serio?

—¿Ha tenido ocasión de ver fotografías de esa ciudad?

—Desde luego que no. Te lo repito, ¡nunca hemos viajado al oeste! No disponemos siquiera



de una guía de la región.

—¿Y Pauline Lagerlac? ¿Vivió en Saintes?

—A eso, amigo, no puedo contestarte. ¿Qué sé yo?

—Lagerlac... es un apellido de Saintes... Cognac, Chermignac, Gemozac, podría citarte veinte que suenan de la misma manera.

—Sí... puede ser... Pero no veo la relación.

—¡Salta a la vista! Tu mujer ha sido capaz de describirme lugares que no ha visto jamás, pero que Pauline Lagerlac probablemente conociera bien... ¡Espera! Es más... Me describió el anfiteatro, en concreto, no como es ahora sino como era hace cien años.

Gévigne frunció el ceño e intentaba comprender.

—¿Tú qué crees? —preguntó.

—Nada —respondió Flavières—, por ahora nada... ¡Sería tan extraordinario! Pauline y Madeleine...

—¡Venga ya! —le interrumpió Gévigne—. Vivimos en el siglo XX. No vas a decirme que Pauline y Madeleine... Admito que Madeleine esté atormentada por el recuerdo de su abuela... Pero debe de haber una explicación. Precisamente por eso te pedí que me ayudaras. Si hubiera previsto que ibas...

—Te he ofrecido dejar el caso. —Flavières percibió la brusca tensión que surgía entre ambos. Aguardó un instante. Luego se levantó y le dijo—: No quiero hacerte perder más tiempo...

Gévigne negó con la cabeza.

—Lo importante es salvar a Madeleine. Me importa un carajo que esté enferma, loca, iluminada, poseída... ¡Lo que quiero es que viva!

—¿Hoy va a salir?

—No.

—Entonces, ¿cuándo?

—Mañana, lo más probable... Hoy seguiré tu consejo. Pasaré el día con ella.

Flavières no rechistó, pero recibió estas palabras con una inyección de odio. «Cuánto lo detesto —pensó—. ¡Qué mal me cae!».

—Mañana —repitió—. No sé si mañana estaré libre.

Gévigne se levantó, rodeó la mesa y acabó deslizando su brazo bajo el de Flavières.

—Discúlpame —dijo con un suspiro—. Me pongo brusco cuando estoy nervioso... No es culpa mía. Acabarás haciéndome perder la cabeza. Escúchame. Es una experiencia que quiero ensayar hoy. Creo que debo empezar a hablarle de El Havre, y no tengo ni idea de cómo se lo tomará... Así que nada de reticencias: mañana debes estar libre para vigilarla. Es muy importante. Y mañana, al final de la tarde, me llamas o te pasas por aquí para contarme todo lo que hayas observado... Confío plenamente en tu juicio. ¿Entendido?

¿Dónde habría aprendido Gévigne a hablar con esa voz grave, emocionada, envolvente?

—Sí —respondió Flavières.

Se reprochó ese «sí» demasiado rápido, que lo sometía al poder de Gévigne, pero el menor signo de benevolencia por parte del otro le anulaba toda capacidad de resistencia.

—Gracias... Nunca olvidaré lo que haces por mí.

—Me voy —murmuró avergonzado Flavières—. No te molestes. Conozco el camino.

Y las horas, para él, empezaron a pasar con una monotonía vacua y mortal. Ya no podía pensar

en Madeleine sin imaginar a Gévigne junto a ella, y experimentaba, siempre en el mismo lugar, el mismo dolor punzante del desgarramiento. ¿Qué clase de hombre era? Traicionaba a Madeleine. Traicionaba a Gévigne. Se moría de celos, de rabia, de envidia y desesperación. Y sin embargo, se sentía puro y sincero. Siempre había actuado de buena fe.

Callejeó todo el día hasta la noche, a veces sintiéndose un chivato, otras veces sumiéndose en un abatimiento tan grande que necesitaba sentarse en los bancos o terrazas que encontraba a su paso. ¿Qué iba a ocurrir cuando Madeleine se fuera de París? ¿Debía impedir que se marchara? ¿Y cómo?

Acabó en un cine del centro, donde vio distraídamente las noticias. Todo seguía igual: tropas, revistas, acantonamientos, maniobras. La gente, a su alrededor, comía caramelos plácidamente. Semejantes espectáculos ya no interesaban a nadie. ¡Era bien sabido que los alemanes estaban derrotados! Flavières se sumió en una somnolencia agotadora, como de viajero perdido en una sala de espera. Se marchó antes del final, porque le daba miedo dormirse del todo. Le dolía la nuca y le ardían los ojos. Volvió a casa despacio en medio de una noche llena de estrellas. De vez en cuando, se cruzaba con algún hombre provisto de casco y silbato en el cuello, que fumaba discretamente bajo una puerta cochera. Pero una alerta parecía muy improbable. Habría sido necesario que los alemanes dispusieran de una aviación poderosa. ¡Distaba mucho de ser así!

Se tendió en la cama, encendió un cigarrillo y el sueño llegó tan bruscamente que no tuvo fuerzas ni para desnudarse. Se sumió en un letargo que le impedía moverse, que lo petrificaba poco a poco, como las estatuas del Louvre... Madeleine...

Se despertó con la mente clara y reconoció al instante el ruido. ¡Las sirenas! Sonaban todas a la vez, sobre los tejados, y la ciudad oscura semejaba un paquebote que evacuaban a toda prisa. Se oyeron portazos en la casa. Pasos presurosos. Flavières encendió la lámpara de la mesilla de noche: eran las tres. Se giró de costado, volvió a dormirse. Cuando descubrió, a las ocho, mientras buscaba las noticias entre bostezos, que acababa de desencadenarse la ofensiva alemana, volvió a sentir un curioso alivio. ¡Por fin la guerra! Ahora podría relegar sus propios tormentos a un segundo plano, participar de la angustia de los demás, unirse a ellos en una preocupación intensa y legítima. Se iban a producir acontecimientos que, de un modo u otro, zanjarían el debate que no se atrevía a cerrar solo. La guerra acudía en su ayuda. Solo tenía que dejarse llevar por ella. Una corriente vital lo animó. Tenía hambre. Ya no sentía ningún cansancio. Madeleine llamó. Lo esperaba a las dos.

Durante toda la mañana trabajó, recibió clientes, respondió llamadas. Sentía, en la voz de sus interlocutores, una excitación semejante a la suya. Pero las noticias eran escasas. La prensa y la radio informaban de algunos éxitos iniciales, sin aportar mayores precisiones. Por lo demás, era totalmente normal. Comió cerca del Palais, con un colega, conversaron durante mucho rato. Alguna gente desconocida se paraba a hablar, discutía, desplegabá mapas de Francia. Flavières disfrutaba con tal desenvoltura, absorbía el tumulto por todos los poros. Tuvo el tiempo justo para meterse en el Simca y dirigirse hacia l'Étoile. Estaba embriagado de palabras, de ruidos, de sol.

Madeleine lo estaba esperando. ¿Por qué había elegido precisamente el conjunto marrón que llevaba el día en que...? Flavières estrechó la mano enguantada de Madeleine.

—Me ha hecho morir de inquietud —le dijo.

—He estado un poco indispueta. Discúlpeme... ¿Puedo conducir?

—¡Con mucho gusto! Desde esta mañana soy un manojo de nervios. Han atacado. ¿Lo sabe?

—Sí.

Ella se dirigió a la Avenue Victor-Hugo y, de inmediato, Flavières comprendió que Madeleine todavía no se había repuesto del todo. Le rechinaban las marchas, frenaba bruscamente, aceleraba en exceso. Una palidez enfermiza le nublaba los rasgos.

—Tengo ganas de conducir —le explicó—. A lo mejor es la última vez que salimos.

—¿Por qué?

—No se sabe cómo pueden evolucionar los acontecimientos. ¿Es seguro quedarse en París?

Gévigne había hablado con ella. Seguramente habían discutido. Flavières guardó silencio para no distraerla, aunque no había mucho tráfico en la avenida. Salieron de París por la puerta de la Muette, se adentraron en el Bois de Boulogne.

—¿Por qué tiene que marcharse? —prosiguió Flavières—. No hay riesgo de que nos bombardeen y los alemanes esta vez solo llegarán hasta el Marne. —Como ella no respondía, él insistió—: ¿Soy yo, acaso, el motivo por el que quiere marcharse? No quiero perturbar su vida, Madeleine... Permítame que la llame Madeleine ahora... Solo quisiera estar seguro de que nunca va a escribir otra carta como aquella que rompí... ¿Me comprende?

Ella apretaba los labios, muy atenta, en apariencia, al adelantamiento de un camión militar. El hipódromo de Longchamp semejaba un inmenso pasto y, de forma instintiva, la vista buscaba en él algún rebaño. Había un atasco en el puente de Suresnes; tuvieron que avanzar muy despacio.

—No hablemos más de todo eso —murmuró Madeleine—. ¿No podríamos olvidar un poco la guerra, la vida?

—Pero usted está triste, Madeleine, es evidente.

—¿Yo? —Dibujó una sonrisa lánguida y valiente que afligió a Flavières—. Estoy como siempre. Se lo aseguro. Nunca he disfrutado tanto de la existencia como hoy. ¿No le parece estupendo salir a la aventura, tomar la primera carretera que aparezca, sin pensar en nada? Quisiera no pensar nunca en nada. ¿Por qué no somos animales?

—¡Pero bueno! ¡Usted delira!

—En absoluto... Los animales no tienen de qué quejarse. Pacen, duermen, son inocentes. No tienen pasado ni futuro.

—¡He aquí toda una filosofía!

—No sé si es una filosofía, pero yo les envidio.

Durante más de una hora apenas intercambiaron palabras. Se habían reencontrado con el Sena en Bougival y durante un rato continuaron avanzando en paralelo a su cauce; algo más adelante, Flavières reconoció el palacio de Saint-Germain. En el bosque desierto, Madeleine circuló muy rápido, reduciendo apenas a la entrada de Poissy, y continuó recto con la mirada fija. Un poco después de la salida de Meulan, una carreta de madera, conducida por una mujer, ocupaba el centro de la carretera, y Madeleine metió el Simca por un atajo. Rodearon un aserradero, construido a pie de obra, pero aparentemente abandonado, y el perfume azucarado de las largas planchas desnudas los persiguió durante un largo rato. De pronto se encontraron en el centro de una bifurcación; Madeleine escogió el camino de la derecha, probablemente por el doble seto florido que lo bordeaba.

Un caballo, que tenía una mancha blanca en la frente, los miró por encima de una barrera. Sin motivo aparente, Madeleine aceleró y el pobre coche daba tumbos en los baches. Flavières miró furtivamente el reloj de pulsera. Un poco más tarde pararían, darían un paseo juntos; sería el

momento oportuno para plantearle preguntas, porque era evidente que ella ocultaba algo. Tal vez cometiera, antes de su matrimonio, un acto que le provocaba remordimientos, pensó Flavières. No está enferma ni es una embustera. Está obsesionada. Y nunca se ha atrevido a confiar en su marido. Cuanto más se aferraba a esta hipótesis, más verosímil le parecía. La actitud de la mujer era la de alguien culpable. Pero, ¿culpable de qué? Tenía que tratarse de algo muy grave...

—¿Conoce esta iglesia? —preguntó Madeleine—. ¿Dónde estamos?

—¿Cómo? ¡Perdón! ¿Esta iglesia? La verdad es que no... Le confieso que tampoco tengo la menor idea... ¿Le apetece que paremos? Ya son las tres y media.

Pararon en una plaza desierta. Al otro lado de los árboles, más abajo, aparecían algunos tejados grises.

—Curioso —comentó Madeleine—. Hay una parte románica. El resto es moderno. No es muy bonita.

—El campanario es muy alto —señaló Flavières.

Empujó la puerta. Le llamó la atención un letrero que estaba justo encima de la pila de agua bendita.

«Como el señor cura Gratien debe atender varias parroquias, la misa se celebra el domingo a las 11 horas».

—Por eso parece abandonada —susurró Madeleine.

Avanzaron despacio, entre sillas de paja.

Oían el cacareo de las gallinas no muy lejos de allí.

Los cuadros del vía crucis estaban desconchados. Una avispa zumbaba alrededor del altar. Madeleine se persignó y se arrodilló en un reclinatorio polvoriento. Flavières, de pie junto a ella, ya no se atrevía a moverse. ¿De qué pecado suplicaba perdón? ¿Habría sido condenada si se hubiera ahogado? Él ya no aguantó más.

—Madeleine —murmuró—, ¿es usted de veras creyente?

Ella giró un poco la cabeza. Su palidez era tan visible que él creyó que estaba enferma.

—¿Qué le pasa? ¡Madeleine, respóndame!

—No es nada —dijo ella, jadeante. Sí, soy creyente... Me siento obligada a creer que nada acaba aquí. ¡Eso es lo terrible! —Se tapó la cara con las manos durante un buen rato y al fin dijo—: ¡Vamos!

Se levantó e hizo la señal de la cruz frente al altar. Flavières la cogió del brazo.

—Es mejor que salgamos; no me gusta verla en este estado.

—Sí... El aire me sentará bien.

Pasaron por delante de un confesionario deteriorado. Flavières lamentó no poder dejar ahí a Madeleine. Lo que necesitaba era un sacerdote. Los sacerdotes olvidan. En cambio él, si ella confesaba, ¿sería capaz de olvidar? Oyó que Madeleine buscaba a tientas, en la penumbra, el picaporte. Se abrió una puerta que daba a una escalera de caracol.

—Se ha confundido, Madeleine... Esta es la escalera del campanario.

—Me apetece verlo —le dijo.

—Ya no nos queda tiempo para entretenernos.

—¡Solo un momento!

Ya subía. Él no podía vacilar. Con desagrado, subió los primeros escalones, agarrándose a una cuerda grasienta que servía de barandilla.

—¡Madeleine! ¡No corra tanto!

Su voz retumbaba, repetida en ecos breves por los estrechos muros. Madeleine no respondió, pero el ruido de sus suelas repiqueteaba en los escalones. Flavières atravesó un corto rellano, divisó por una abertura el techo del Simca y, al otro lado de una hilera de álamos, el campo donde trabajaban unas mujeres, con un pañuelo atado a la cabeza. Una breve náusea le contrajo la garganta. Se alejó de la aspillera y prosiguió lentamente el ascenso.

—¡Madeleine! ¡Espéreme!

Respiraba rápido. Le latían las sienes. Le flaqueaban las piernas. Un segundo rellano. Se tapó los ojos con la mano para no ver el vacío, pero lo sentía a su izquierda, en el hueco del que pendían las cuerdas de las campanas. Unas cornejas remontaron el vuelo, graznando alrededor de las piedras cálidas. Nunca sería capaz de volver a bajar.

—¡Madeleine!

Se le enronqueció la voz. ¿Iba a gritar como un niño en la oscuridad? Los escalones eran cada vez más altos, hendidos en el centro. La luz se filtraba por una tercera oquedad, justo encima de su cabeza. El vértigo le acechaba en ese nuevo rellano. No podría evitar lanzar una ojeada y, esta vez, dominaría la cima de los árboles; el Simca ya no sería más que una mancha. El aire soplaría por todas partes a su alrededor, lo elevaría como una ola. Avanzó un paso más, dos pasos. Tropezó con una puerta. La escalera continuaba del otro lado.

—¡Madeleine! ¡Abra!

Forcejeó el picaporte, golpeó la madera con la palma de la mano. ¿Por qué había cerrado la puerta?

—¡No! —gritó—. ¡No! Madeleine... No lo haga... ¡Escúcheme!

Las campanas resonaban en lo alto de la escalera. Conferían a su voz una sonoridad metálica, repetían «ME» con una gravedad inhumana. Alarmado, echó un vistazo por la oquedad del muro. La puerta la dividía en dos. ¿Podía intentar rodear la puerta por el exterior? Sí. Había una cornisa estrecha que rodeaba el campanario. Jadeaba, fascinado por esa cornisa desde donde la vista se fundía con el azul del paisaje. Otro tal vez sería capaz... Él no... era imposible... Se caería... se estrellaría. ¡Ah! Madeleine... Aullaba en su jaula de piedra. El grito de Madeleine le respondió. Una sombra se desplomó ante la ventana. Con los puños en la boca, contó, como hacía de niño entre el relámpago y el trueno. Abajo retumbó un golpe sordo, breve; con los ojos llenos de sudor, repetía con voz moribunda: «Madeleine... Madeleine... ¡No!» Tuvo que sentarse. Creyó que iba a perder el conocimiento. Arrastrando los pies de escalón en escalón, empezó a bajar. No podía contener los gemidos de miedo y desesperación. En el primer rellano se acercó a la ventana, de rodillas, asomó la cabeza. Abajo, a la izquierda del campanario, se extendía un antiguo cementerio y, en la verticalidad del muro, al final de una perspectiva horriblemente uniforme, yacía un bulto de ropa marrón. Se secó los ojos, porque quería mirar a toda costa. Había sangre sobre las piedras, un bolso negro reventado. El mechero de oro brillaba entre los restos. Flavières lloraba. Ni siquiera se le pasó por la cabeza la idea de bajar hasta ella para prestarle auxilio. Estaba muerta. Y él moría con ella.

Flavières observaba el cuerpo a lo lejos. Después de rodear la iglesia y atravesar el cementerio, ya no se atrevía a moverse. Recordaba la voz de Madeleine murmurando: «No duele», y se aferró a esta idea con desesperación: no había tenido tiempo de sufrir. Habían dicho eso también en el caso de Leriche. Había caído como ella, de bruces. ¿No había tenido tiempo de sufrir? ¿Era posible saberlo? Cuando Leriche se estrelló en la acera, proyectando sangre por todas partes... Flavières desfallecía. Había visto los restos de su compañero en el hospital. Había tenido en sus manos el informe del médico. Y el campanario estaba mucho más alto que la casa desde la que se había caído Leriche. Imaginaba el impacto espantoso, el estallido, la especie de explosión donde se volatilizaba la conciencia, como un espejo frágil y puro que se rompe en añicos. Ya no quedaba nada de Madeleine salvo esa cosa inmóvil que parecía arrojada al pie del muro como un espantajo. Se acercó temeroso, obligándose a mirar y a sufrir, pues era responsable de todo. Entre las lágrimas veía confusamente el cadáver, las ortigas segadas, la hermosa melena de reflejos color caoba medio suelta, manchada de sangre, con la nuca al aire; una mano, ya pálida como la cera, con la alianza reluciente y... entre los restos del bolso reventado, el mechero. Lo recogió. Si hubiera tenido valor, habría cogido el anillo y se lo habría puesto en el dedo.

¡Pobre Eurídice! ¡Jamás saldría de la nada en la que había querido desaparecer!

Se alejó despacio, a reculones, como si la hubiera asesinado. De pronto, tenía miedo de esa forma horrible a cuyo alrededor se proyectaba la sombra de las cornejas. Huyó entre las tumbas, con los dedos apretados alrededor del mechero de oro. Había conocido a Madeleine en un cementerio. La abandonaba en un cementerio. Pues bien. Se había acabado. Nadie sabría jamás por qué se había quitado la vida. Y nadie sabría que él estaba allí. Que no había tenido el valor de rodear la puerta de la escalera. Llegó a la plaza, se escondió en el coche. Su reflejo en el parabrisas le resultaba espantoso. Odiaba su propia vida. El infierno acababa de empezar. Condujo durante mucho tiempo, se perdió, reconoció con estupefacción la estación de Pontoise, pasó por delante de una gendarmería. ¿Debía entrar, dar la alarma, entregarse para que lo encarcelasen? Pero la ley no le imputaba nada. Lo tomarían por loco. ¿Y entonces? ¿Qué iba a hacer? ¿Pegarse un tiro en la cabeza? Imposible. Jamás tendría valor para ello. Debía reconocer ahora que era un cobarde, que el vértigo no valía como excusa. Su voluntad era la que estaba enferma. ¡Ah! ¡Cuánta razón tenía Madeleine! ¡Ser animal! ¡Rumiar apaciblemente hasta el matadero y el hachazo final!

Entró en París por la puerta de Asnières. Eran las seis. De todos modos, Gévigne debía recibir

su informe. Flavières se detuvo en un café del Boulevard Malesherbes. Se encerró en el baño, se lavó la cara con el pañuelo, volvió a peinarse. Luego llamó por teléfono. Una voz desconocida le informó de que Gévigne no estaba y de que probablemente no volvería a pasar por la oficina. Pidió un aguardiente fino que se tomó en la barra. La tristeza le infundía una especie de embriaguez; tenía la sensación de que se desplazaba por un acuario y las figuras humanas flotaban a su alrededor como peces. Se tomó un segundo coñac. De vez en cuando se repetía: ¡Madeleine ha muerto! Y en el fondo no le sorprendía. Siempre había sabido que la perdería así. Se requerían tantas fuerzas, tanta vitalidad para acostumbrarla a la vida...

—Camarero, ¡lo mismo!

La había salvado una vez. ¿Se podía hacer más? No, no merecía ningún reproche. Aunque hubiera podido rodear la puerta, habría llegado tarde. Madeleine estaba demasiado empeñada en morir. Gévigne se había equivocado de hombre. Y punto, eso era todo. Debería haber buscado a alguien seductor, muy artista, una persona radiante. En cambio, había elegido a un tipo mezquino, siempre preocupado por sí mismo, prisionero de su pasado... ¡Una lástima! Flavières pagó y se marchó. Dios, ¡qué cansado estaba! Condujo despacio hacia l'Étoile. A veces palpaba pensativamente el volante que ella había tenido en sus manos. Envidiaba a los videntes que, con el simple contacto de un pañuelo, de un sobre, eran capaces de leer el pensamiento más oculto. ¡Cuánto le hubiera gustado conocer las últimas angustias de Madeleine! O, mejor aún, el secreto de su indiferencia. Se había marchado de la vida sin vacilación; se había desplomado de bruces, con los brazos separados, como para abarcar mejor el suelo, para hundirse en él con todo su ser. No huía. Volvía de algo.

Flavières tenía la sensación de que Madeleine se había escapado repentinamente de él como por una puerta secreta. Había hecho mal en beber. El aire que le zumbaba en los oídos dispersaba las ideas de su mente, las hacía volar como haría con los fragmentos de una carta rota. Giró en la Avenue Kléber y aparcó el Simca detrás del coche negro grande de Gévigne. Gévigne ya no le intimidaba. Era la última vez que iba a tener contacto con él. Subió la escalera, solemne en exceso, con alfombra roja y escalones de piedra blanca. La placa de Gévigne brillaba en la puerta de doble hoja. Flavières llamó al timbre, se quitó el sombrero antes de que abrieran. Adoptó una apariencia humilde.

—El señor Gévigne... Es de parte del señor Flavières.

¡El piso de Madeleine! Al contemplar los muebles, las colgaduras, los recuerdos, habría querido despedirse; sobre todo, los cuadros del salón le perturbaban por su extraña vida. Casi todos representaban animales, unicornios, cisnes, aves paradisíacas, y recordaban, por su factura, a Henri Rousseau. Flavières se acercó para leer la firma: *Mad. Gév.* ¿Eran los habitantes del país imaginario? ¿Dónde había visto ese estanque negro, esos nenúfares que semejaban copas llenas de veneno? ¿Qué bosque era ese, que montaba guardia, con su armadura de troncos y lianas, en torno a la danza de los colibríes? Encima de la chimenea estaba el retrato de una joven que adornaba su cuello, un poco frágil, con un collar amarillo de perlas alargadas: el retrato de Pauline Lagerlac. El peinado era el de Madeleine. Pero el rostro, elegantemente atormentado, expresaba una especie de ausencia a la vez desgarradora y extenuada, como si el alma se hubiera herido con algún obstáculo solo por ella conocido. Desconcertado, Flavières contemplaba el cuadro cuando se abrió una puerta detrás de él.

—¡Tú, por fin! —exclamó Gévigne.

Flavières encaró la situación y, por instinto, encontró el tono preciso para preguntar:

—¿Ella está aquí?

—¿Cómo? Tú sabrás qué ha sido de ella.

Flavières se sentó con lasitud en un sillón. No tenía que fingir para parecer abatido.

—No estábamos juntos —murmuró—. La esperé hasta las cuatro en l'Étoile... Después me pasé por el hotel, la rue des Saints-Pères, el cementerio de Passy... He venido enseguida. Si no está aquí, entonces...

Alzó la vista para mirar a Gévigne, que estaba lívido, con los ojos desorbitados, la boca entreabierta, como un hombre al que estrangulan.

—Pero no... —balbuceó—. No, Roger... no puedes...

Flavières apartó los brazos.

—Te repito que he buscado por todas partes.

—Es imposible —gritó Gévigne—. ¿No te das cuenta de que...? —Pisoteaba la alfombra con las manos cruzadas; al final, se dejó caer en el extremo de un diván y dijo—: Hay que encontrarla. ¡Inmediatamente! ¡Enseguida! No podría soportar...

Golpeó con los puños el brazo del diván y en ese gesto mostraba rabia, dolor y tanta violencia que Flavières, por contagio, se irritó también.

—Cuando una mujer quiere escapar —le espetó colérico—, es muy difícil impedirselo.

—¡Escapar, escapar! ¡Como si Madeleine fuera una mujer capaz de escapar! ¡Ya quisiera yo! Pero a esta hora estará quizá...

Se levantó, dio un empujón a una mesita baja, caminó hasta la pared en la que se apoyó, con los hombros encorvados, la cabeza inclinada, como un luchador en guardia.

—¿Qué se hace en estos casos? —preguntó—. Seguro que tú lo sabes. ¿Se llama a la policía? Por Dios, dime algo.

—Se nos reirán en la cara —masculló Flavières—. Si tu mujer hubiera desaparecido hace dos o tres días, entonces sí.

—Pero a ti, Roger, te conocen... Si les dices que Madeleine ya quiso suicidarse una vez... y que tú la salvaste... y que hoy tal vez haya vuelto a las andadas, te creerán...

—Para empezar, no se ha perdido nada —dijo Flavières, exasperado—. Seguro que vuelve a la hora de cenar.

—¿Y si no vuelve?

—Pues bien, no me corresponde a mí ocuparme de ningún trámite.

—En resumen, te lavas las manos.

—No, qué va, pero normalmente... En fin, intenta comprender... Son los maridos quienes van personalmente a la comisaría.

—Bueno... Pues voy.

—Es una tontería. De todos modos, nadie moverá un dedo. Tomarán nota de su descripción, prometerán que harán todo lo necesario y esperarán nuevos acontecimientos. Es lo que suele ocurrir.

Gévigne se metió las manos en los bolsillos lentamente.

—Si hay que esperar —lamentó—, me voy a volver loco.

Caminó unos pasos, se detuvo delante de un ramo de rosas, sobre la chimenea, lo contempló con un gesto mohíno.



—Tengo que irme —dijo Flavières.

Gévigne no se movía. Miraba las flores. Le temblaba un músculo en la mejilla.

—Yo que tú —continuó Flavières de inmediato— de momento no me atormentaría demasiado. Solo son las siete. Ha podido entretenerse en una tienda o encontrarse con alguien.

—Y a ti te da igual —dijo Gévigne—. ¡Es evidente!

—¿Pero qué se te pasa por la cabeza? Supongamos que se trata de una fuga... No habrá ido muy lejos.

Caminó hacia el centro del salón para explicarle a Gévigne, pacientemente, todos los medios de que disponía la policía para encontrar a una persona que huye. Se animaba a pesar del agotamiento. De pronto, le parecía que Madeleine, en efecto, no podía escaparse y, al mismo tiempo, tenía ganas de tumbarse en la alfombra y dejarse morir de desesperación. Gévigne, que seguía inmóvil, parecía sumido en ensoñaciones delante del ramo.

—En cuanto vuelva —concluyó Flavières—, llámame.

Se dirigió hacia la puerta. Ya no era dueño de su rostro, de sus ojos. Sentía que la verdad iba a salir de él, que iba a gritar: «¡Ha muerto!», antes de desmoronarse.

—Quédate —murmuró Gévigne.

—Amigo, me gustaría... Pero si supieras todo el trabajo que tengo. ¡Me esperan unos diez expedientes en mi mesa!

—¡Quédate! —suplicó Gévigne—. No quiero estar solo cuando la traigan.

—Vamos a ver, Paul... Lo que dices no tiene pies ni cabeza.

La inmovilidad de Gévigne era espantosa.

—Tienes que estar aquí... Tienes que explicarles... Tienes que decirles que hemos luchado, los dos.

—Oh, sí, ya lo creo... Pero nadie va a traerla, créeme. —A Flavières se le quebraba la voz. Se llevó con presteza el pañuelo a la boca, tosió, se sonó para ganar tiempo—. Venga, Paul... Todo va a salir bien... Dame un telefonazo.

Cuando ya tenía la mano en el picaporte, se detuvo. Gévigne, con el mentón en el pecho, parecía petrificado. Flavières salió, cerró despacio. Atravesó el vestíbulo de puntillas. Se sentía enfermo de repugnancia y a la vez aliviado porque ya había pasado lo más duro. Se había acabado la relación con Gévigne. ¡Y en cuanto al dolor de Gévigne! ¿Acaso él no sufría más? Tuvo que confesarse, al cerrar la puerta del coche, que desde el principio se había considerado el verdadero marido. Gévigne solo era un usurpador. Nadie se sacrifica por un usurpador. No iba a contar a la policía, a sus antiguos colegas, que dejó que una mujer se suicidara porque no tuvo el valor... No iba a renunciar por segunda vez al honor por un hombre que... ¡No! Silencio. Paz. El cliente de Orléans ¿no era una ocasión propicia para salir de París? Flavières no supo nunca cómo había conducido el Simca hasta el garaje. Ahora caminaba sin rumbo por una calle donde caía la noche, una noche de provincias, muy azul, muy triste, una noche de guerra. En un cruce había una aglomeración, una densa multitud alrededor de un coche que llevaba dos colchones atados en la baca. El mundo se volvía incoherente. La ciudad se sumía despacio en la noche, todas las luces apagadas, sin un murmullo. Se veían plazas casi desiertas cuyo silencio desgarraba el corazón. Todo hacía alusión a la muerte. Flavières entró en un pequeño restaurante de la Rue Saint-Honoré, eligió una mesa al fondo.

—¿Menú o carta? —preguntó el camarero.

—Menú.

Había que comer. Había que continuar con vida como antes. Flavières metió la mano en el bolsillo para tocar el mechero. La imagen de Madeleine se dibujó ante él, entre sus ojos y el mantel blanco. «No me quería —pensó—. No quería a nadie».

Se tomó la sopa de forma mecánica; estaba desapegado de todo como un asceta. Iba a vivir como un pobre, a hundirse en el duelo, a ponerse duras pruebas para castigarse. Le habría gustado comprarse un látigo y flagelarse cada noche; ahora tenía el derecho de odiarse. Tenía que odiarse mucho tiempo para merecer su estima.

—Han conseguido penetrar por la zona de Lieja —dijo el camarero—. Parece que empiezan a llegar los belgas, como en 1914.

—Son habladurías —respondió Flavières.

Lieja estaba muy lejos, arriba del todo en el mapa. No le interesaba en absoluto. Esa guerra solo era un episodio de la guerra que lo desgarraba.

—Han visto, cerca de la Concorde, un coche viejo acribillado como un colador —le informó el camarero.

—El segundo —dijo Flavières.

¡No podían dejarle en paz! ¡Belgas! ¿Y por qué no holandeses? ¡Cretino! Se comió la carne deprisa. Estaba dura, pero no protestó, había decidido no quejarse más, encerrarse en su tristeza para torturarse a sus anchas. Sin embargo, con el postre se tomó dos coñacs y su pensamiento se apartó poco a poco de la niebla en la que flotaba desde hacía horas. Con los codos apoyados en la mesa, encendió el cigarrillo con el mechero de oro y tuvo la sensación de que el humo que aspiraba era un poco la sustancia de Madeleine. La retuvo en su interior. La degustó. Comprendía claramente que Madeleine no había cometido nada malo antes de su matrimonio. Esta hipótesis era absurda. Gévigne no se había casado con ella sin informarse previamente. Por otra parte, el remordimiento de Madeleine había sido muy tardío, puesto que, durante varios años, se había mostrado normal. Todo había comenzado a principios de febrero. Eso no tenía vuelta de hoja... Flavières presionó el botón del mechero. Contempló la tenue llama un momento, antes de soplarla. Notaba el metal caliente en la mano. No, los motivos de Madeleine no eran motivos vulgares. Se había quedado en lo ordinario, apegado al porqué, al cómo. Pero iba a acercarse el hierro candente hasta el alma. Así se purificaría. Y algún día sería digno de desentrañar el misterio de Lagerlac. Tendría una iluminación. Se imaginó como un monje, en una celda, arrodillado sobre la tierra batida, pero lo que había en la pared no era un crucifijo, sino la foto de Madeleine. La del despacho de Gévigne. Se frotó los párpados y la frente. Pidió la cuenta. ¡Qué barbaridad! ¡Cómo abusaban en este sitio! Prohibido recriminar. Eso formaba parte del castigo. Salió. Había caído la noche, que envolvía los altos edificios en su manto de estrellas. A veces pasaba algún coche, con las luces de posición encendidas bajo una larga visera metálica. Flavières no se decidía a volver a casa. Temía la llamada que le informaría del descubrimiento del cadáver. Tampoco estaba molesto por imponerse un cansancio nuevo, por extenuar el cuerpo, el verdadero, el único responsable de tanta desdicha. Caminaba sin rumbo, al azar, en una especie de vértigo. Debía proseguir el velatorio hasta el alba. Era una cuestión de dignidad. O incluso de algo más. Allá donde estuviera, Madeleine necesitaría un pensamiento amigo. ¡La pequeña Eurídice! Las lágrimas le inundaron los párpados. Habría querido imaginar la nada para intentar fundirse con ella al menos durante la primera noche. Pero no lograba evocar una necrópolis semejante a

aquella ciudad privada de luz. Las sombras se deslizaban ante él, se perdían a lo largo de las calles; y el río, que impulsaba su caudal junto a las orillas, ya no tenía nombre. Era agradable vagar por las tinieblas. La tierra de los vivos estaba lejos. Aquí ya solo había muertos, seres solitarios atormentados por el ayer. Iban y venían, cada cual pensando en alguna felicidad antigua. Unos se paraban, se asomaban al agua; otros se apresuraban sin razón. Todos se preparaban acaso para algún juicio final. ¿Qué había dicho el camarero un rato antes? «Han conseguido penetrar por la zona de Lieja». Flavières se sentó en un banco, extendió el brazo sobre la carpeta. Al día siguiente se marcharía. Le daba vueltas la cabeza; cerró los ojos, tuvo tiempo de soñar: «¡Cabrón, te duermes!»). Dormía, con la mandíbula descolgada, como un vagabundo apoyado en el tabique de una comisaría. El frío lo despertó mucho después. Un calambre le retorció la pierna y gimió como si hiciera el amor; luego se alejó cojeando. Tiritaba. En su boca reseca rumiaba un inmenso hastío. La luz del día perfiló las colinas de piedra, sus pendientes, sus crestas y las ruinas extrañas de sus chimeneas. Flavières se refugió en un café que acababa de abrir. La radio anunciaba que la situación era confusa y que la infantería intentaba taponar algunas brechas. Se comió dos cruasanes mojados en el café y volvió a casa en metro.

Acababa de cerrar la puerta cuando sonó el teléfono.

—Hola... ¿Eres tú, Roger?

—Sí.

—Yo tenía razón, ¿sabes? Se ha suicidado.

Era mejor callar, esperar lo que le iba a decir. Era molesto oír la respiración entrecortada pegada a la oreja.

—Me avisaron ayer por la noche —continuó Gévigne—. La encontró una anciana al pie del campanario de la iglesia de Saint-Nicolas...

—Saint-Nicolas —repitió Flavières—. ¿Dónde es eso?

—Al norte de Mantes... Un pueblecito muy pequeño, entre Sailly y Drocourt. ¡Parece mentira!

—¿Y qué hacía allí?

—Espera... Aún no sabes lo peor. Se tiró desde el campanario y se estrelló en el cementerio. Trasladaron el cuerpo al hospital de Mantes.

—¿Cuánto lo siento! —murmuró Flavières—. ¿Vas hacia allí?

—Acabo de volver. Como te puedes imaginar, salí para allá en cuanto me dieron la noticia. Intenté llamarte, pero no estabas. Acabo de volver. Tengo que ocuparme de algunos trámites urgentes, así que salgo enseguida. La policía ha abierto una investigación.

—Claro, no puede ser de otro modo. Pero el suicidio es evidente.

—No explica cómo pudo llegar allí desde tan lejos, por qué eligió ese campanario. No quisiera tener que contarles que Madeleine...

—No van a ir tan lejos en la investigación.

—Bueno, pero de todos modos me gustaría que estuvieras presente.

—¡Imposible! Tengo un caso importante en Orléans y no puedo posponerlo indefinidamente. Pero iré a verte en cuanto vuelva.

—¿Vas a ausentarte mucho tiempo?

—No. Solo unos días. Además, ya no me necesitas.

—Volveré a llamarte. También me gustaría que asistieras al funeral.

Gévigne seguía respirando como alguien que ha corrido mucho tiempo.

—¡Ay, Paul! —dijo Flavières con sinceridad—. ¡Ay, Paul, cuánto lo siento! —Bajó la voz para preguntar—: ¿La encontraron muy...?

—¡Sí, claro! Pero la cara, no... Su pobre carita... ¡Si la hubieras visto!

—¡Ánimo! A mí también me apena.

Y colgó. Luego, con una mano en la pared, se fue a la cama repitiendo: «A mí también... A mí también...». Y de golpe se quedó dormido.

Al día siguiente cogió el primer tren con destino a Orléans. Ya no tenía valor para subirse al coche. Las noticias del frente no eran alentadoras. Los periódicos exhibían grandes titulares —«Se ha contenido la ofensiva alemana»; «Violentos combates en las inmediaciones de Lieja»—, pero la información era imprecisa, reticente, y la gente mostraba un optimismo corroído por la inquietud. Flavières se adormeció en el rincón del compartimento. En apariencia estaba intacto, pero por dentro se sentía desfigurado, arrasado y ennegrecido por un incendio. Ya solo era una ruina, cuatro paredes en pie alrededor de una montaña de escombros. Esta imagen alimentaba su desdicha, la hacía insoportable. Empezaba a respetar su sufrimiento. En Orléans alquiló una habitación en un hotel enfrente de la estación. Cuando bajó a comprar cigarrillos vio el primer coche de refugiados, un gran Buick cargado de paquetes cubiertos de polvo. Unas mujeres dormían en el interior del vehículo. Flavières visitó a su cliente, pero la conversación versó principalmente sobre la guerra. En el Palais de Justice se rumoreaba que el ejército de Corap había cedido terreno. Acusaban a los belgas de perder la cabeza. Recordaban también el cañón del Marne, que había retumbado en el horizonte durante tres días. Flavières se sentía a gusto en Orléans. Al atardecer paseaba por los muelles, contemplando las golondrinas que rozaban el agua violeta. En todas las casas estaba la radio encendida. En las terrazas de los cafés, todo el mundo parecía aquejado de un mal secreto, mientras el verano abrazaba el cielo en lo alto del Loira y prolongaba los crepúsculos en una hermosura conmovedora. ¿Qué ocurría en París? ¿Habrían enterrado a Madeleine? ¿Gévigne se habría marchado ya a Le Havre? Flavières se planteaba a veces la pregunta, con precaución, como un convaleciente que se levanta la venda para observar una llaga. Sí, seguía sufriendo. Las horribles convulsiones del principio habían dado paso a un embotamiento aprensivo, entreverado de punzadas, de espasmos. Por suerte, la guerra le distraía. Ahora se sabía que los tanques alemanes se encaminaban hacia Arras y que el destino de la región estaba en juego. Todos los días había coches que atravesaban la ciudad, en dirección al puente, la carretera del sur. Los vecinos los veían pasar, en silencio, con el corazón vacío. Estaban cada vez más sucios, más destartados. La gente se agazapaba para sonsacar información a los fugitivos. Flavières descubría por todas partes la imagen de su propio desastre. Ya no tenía fuerzas para volver a París.

La noticia de prensa le llamó la atención por casualidad. Estaba leyendo el periódico, distraídamente, mientras se tomaba un café. El titular apareció en la cuarta página. La policía investigaba la muerte de Madeleine. Habían interrogado a Gévigne. Le resultó tan incongruente y desconcertante descubrirlo tras las noticias de la portada, con las fotos de los pueblos bombardeados, que volvió a leer el artículo. No cabía duda. La policía descartaba la hipótesis del suicidio. Para eso servía la policía, mientras los refugiados atestaban las carreteras. Él sabía que Gévigne era inocente. Iría a decírselo cuando mejorase la situación. Por el momento, los trenes circulaban de forma muy irregular, con largos retrasos. Pasaron los días y los periódicos dedicaban todas sus columnas a la batalla incoherente que devastaba las llanuras del norte. Ya no

se sabía dónde estaban los alemanes, los franceses, los ingleses, los belgas. Flavières pensaba cada vez menos en Gévigne. Sin embargo, se propuso esclarecer la verdad de los hechos a la primera oportunidad. Esta decisión le infundía confianza en sí mismo y le permitía participar más en las emociones de todos. En la catedral asistió a varias misas en honor de Juana de Arco. Rezó por Francia, por Madeleine. Ya no diferenciaba entre la catástrofe nacional y la suya. Francia era Madeleine aplastada y ensangrentada al pie de un muro.

Y de pronto, una mañana, los habitantes de Orléans empezaron a cargar colchones en los coches. El cliente de Flavières desapareció. «Ahora que nada le retiene aquí, haría bien en marcharse al sur», le aconsejaba la gente. En un arrebato de valentía, intentó llamar a Gévigne. No respondía nadie. Habían bombardeado la estación de Saint-Pierre-des-Corps. Con la muerte en el alma, se subió a un autocar que se dirigía a Toulouse. Ignoraba que acabaría ausentándose durante cuatro años.

## **SEGUNDA PARTE**

# 1

—Respire hondo... Tosa... Respire otra vez... Bien. Tengo que examinarle de nuevo el corazón... Contenga la respiración... Hum... No está para tirar cohetes... Vístase.

El médico observó a Flavières mientras se ponía la camisa y se daba la vuelta torpemente para abrocharse el pantalón.

—¿Está casado?

—No. Soltero... Acabo de volver de África.

—¿Ha estado prisionero?

—No. Me fui en 1940. Me declararon no apto para el servicio a causa de una pleuresía grave contraída en 1938.

—¿Se plantea vivir en París?

—No lo sé. Tengo un bufete en Dakar, pero me gustaría recuperar mi antiguo despacho.

—¿Es abogado?

—Sí. Pero mi piso está ocupado. Y encontrar otro en estos tiempos...

El médico se acariciaba una oreja mientras observaba a Flavières, que no lograba anudarse correctamente la corbata y se ponía nervioso.

—Usted bebe, ¿verdad?

—¿Se nota mucho? —Flavières se encogió de hombros.

—Es asunto suyo —le dijo el médico.

—Sí, de vez en cuando bebo —confesó Flavières—. La vida no es muy agradable.

El médico hizo un gesto vago con la mano. Se sentó delante de la mesa y destapó la pluma.

—Su estado general no es óptimo —señaló—. Necesita reposo. Yo, de usted, me iría a vivir al sur. A Niza, por ejemplo. A Cannes... Y en cuanto a sus obsesiones, tendría que visitar un especialista. Le daré una nota para mi colega, el doctor Ballard.

—En su opinión —murmuró Flavières—, ¿le parece muy grave?

—Consúltelo con Ballard.

La pluma rechinó sobre el papel. Flavières sacó unos billetes de la cartera.

—Vaya a la compra —dijo el médico mientras escribía—. Con este certificado, le darán una ración adicional de carne y materias grasas. Pero sobre todo necesita calor, descanso. Evite las preocupaciones. No mantenga correspondencia y prescinda de la lectura. Son trescientos francos. Gracias.

Ya acompañaba a Flavières a la puerta cuando entró en la consulta otro paciente. Flavières

bajó las escaleras descontento. ¡Un especialista! Un psiquiatra que le sonsacara todos sus secretos, que le hiciera confesar todo lo que sabía sobre la muerte de Madeleine. ¡Ni hablar! Prefería vivir con sus pesadillas, perderse cada noche en sueños por las galerías inexplicables de un mundo poblado de gente indeseable, buscar a alguien en la oscuridad... El calor de Dakar y la luz excesiva eran precisamente lo que le había deprimido. Ahora estaba a salvo.

Se levantó el cuello del abrigo y se dirigió hacia la Place des Ternes. Ya no reconocía la ciudad de París, todavía sumida en las brumas del invierno, esos inmensos espacios vacíos, las avenidas por las que solo pasaban *jeeps*. Le incomodaba sentirse demasiado bien vestido, y caminaba rápido, como todo el mundo. Pasear todavía era un lujo. El Arco de Triunfo surgía de la niebla grisácea como un pórtico indeciso. Todo estaba teñido del color del pasado, el color de la memoria. ¿Qué fiesta de Difuntos había venido a celebrar? ¿No habría sido mejor quedarse allá? ¿Qué esperaba de este peregrinaje? Había conocido a otras mujeres; las viejas heridas ya habían cicatrizado. Madeleine ya no era ni siquiera un fantasma...

Entró en el Dupont y se sentó cerca de la ventana. Había unos cuantos oficiales perdidos en la inmensa rotonda. Ni un solo ruido, salvo el silbido de la cafetera. Un camarero huraño lo miraba de arriba abajo, mientras examinaba el tejido del abrigo, los zapatos de ante con suela de crepé.

—Un coñac —murmuró Flavières—. ¡Pero que sea de verdad!

Sabía hablar con el tono apropiado en los cafés y restaurantes. Transmitía autoridad, tal vez por la intensa pasión que le tensaba el rostro. Se bebió el coñac de un trago.

—No está mal —dijo—. Otro.

Arrojó el dinero en la mesa. Era una costumbre que había adquirido en Dakar. Lanzaba los billetes arrugados con displicencia, como si hubiera regresado de los confines de la tierra, como si todos los hombres hubieran contraído con él una deuda que jamás podrían pagar. Con los brazos cruzados, contemplaba el licor que despertaba los fantasmas. No, Madeleine no había muerto. Desde el momento en que llegó a la estación, no había dejado de atormentarle. Hay caras que caen en el olvido; se desgastan; el tiempo las erosiona como les ocurre a las figuras de piedra talladas en las portadas de las catedrales, cuyas facciones poco a poco se desdibujan y pierden la palpitación de la vida. En cambio, ella continuaba intacta en el fondo de su retina. El sol de las tardes de antaño brillaba a su alrededor como una aureola. La imagen final, la escena cruenta del cementerio, se había borrado. Ya solo era una idea inoportuna, fácil de disipar. Pero las otras, todas las demás, seguían milagrosamente frescas, nuevas, atractivas. Flavières, con la mano cerrada alrededor del vaso, no se movía. Sentía el calor del mes de mayo; veía el giro de los coches alrededor del Arco de Triunfo. Y aparecía ella con el bolso bajo el brazo y los ojos ocultos bajo el velo... Se asomaba desde el puente, lanzaba la flor roja... Rompía una carta en mil pedazos que se llevaba el viento... Flavières bebió y se apoyó, cansado, en la mesa. Se sentía viejo. ¿Qué le deparaba el futuro? ¿Soledad? ¿Una enfermedad? Mientras los supervivientes se afanaban en recoger los escombros de sus hogares, renovar las amistades, labrarse un futuro, él ya solo podía hurgar en las cenizas. Entonces, ¿por qué iba a renunciar a aquello que...?

—Camarero, ¡póngame lo mismo!

Sería el último. No le gustaba el alcohol. Solo pretendía encender, en el fondo de su alma, las brasas de donde surgía un poco de esperanza. Al salir, el aire frío le hizo toser. Pero la ciudad ya no le resultaba hostil. Al otro lado de su aliento condensado, semejaba un reflejo en el agua, la ciudad hundida de Ys, donde las sombras solo se alimentaban de los pensamientos de los vivos.



Cuando llegó a l'Étoile, fingió esperar a alguien junto al bordillo de la acera. La llovizna de febrero envolvía como en una nube pálida las avenidas relucientes. Ella ya no iba a aparecer. Tal vez Gévigne se hubiera marchado de París también... Flavières continuó por la Avenue Kléber y buscó la casa. Las contraventanas del segundo piso estaban cerradas. Probablemente habrían requisado el Talbot para algún alto mando del ejército. ¿Y qué habría sido de los cuadros? La joven soñadora, encima de la chimenea... las aves del paraíso... Se acercó a la entrada. La portera estaba barriendo.

—¿El señor Gévigne, por favor?

—¿El señor Gévigne? —Miró atónita a Flavières—. El pobre señor... hace tiempo que murió.

—¡Paul ha muerto! —murmuró Flavières.

—¿Qué sentido tenía continuar? Eso es lo que iba a descubrir a cada paso. ¡La muerte! ¡La muerte!

—Pase —le dijo la portera, que sacudió la escoba y abrió la portería.

—Yo me marché en 1940 —explicó Flavières.

—Claro, ya comprendo.

Junto a la ventana había un hombre con gafas de montura metálica que examinaba atentamente un zapato en el que había metido la mano. Levantó la cabeza.

—Por favor, continúe —le dijo Flavières—, no quisiera molestarle.

—No tenemos ni cartón para remendar los zapatos —gruñó el viejo.

—¿Era usted amigo del señor Gévigne? —preguntó la portera.

—Amigo de la infancia. Me llamó para comunicarme la muerte de su mujer. Pero yo tenía que marcharme de París ese mismo día.

—¡Pobre hombre! No se atrevía a volver él solo allá... Y no tenía a nadie que lo acompañara.

Así que fui yo con él, le ayudé a vestir a la pobre señora, porque, como se puede imaginar...

«¿Y qué ropa le pusieron?», deseaba preguntar Flavières. ¿El traje gris?».

—Siéntese —dijo la portera—. Supongo que tendrá un minuto.

—Por casualidad me enteré de que lo interrogaron.

—Sí, supongo que sí... Poco faltó para que lo detuvieran.

—¿Para que lo detuvieran? ¿A Paul? Pero... yo creía que su mujer se había suicidado.

—Sí, claro que se mató. Pero ya sabe cómo es la policía. El pobre señor se había creado enemigos... Y cuando se empieza a hurgar en la vida de la gente... Vinieron aquí no sé cuántas veces. ¡Y qué de preguntas hacían! Sobre él, sobre su mujer... Que si se llevaban bien, que si el señor Gévigne estaba allí el día de la tragedia, que si esto y lo otro... ¡Ay, Dios! ¿Te acuerdas, Charles?

El viejo cortaba una suela con un cuchillo de cocina en la tapa de una caja.

—Sí, fue un jaleo tremendo... Como ahora —masculló.

—¿Y cómo murió el señor Gévigne? —preguntó Flavières.

—Se mató en la carretera, cerca de Le Mans. Una mañana lo vimos bajar muy nervioso. «Estoy harto», nos dijo. Con nosotros no se enfadaba. «¡Me largo! Si quieren enjaularme, tendrán que venir a buscarme». Así que metió las maletas en el coche y se marchó... Poco después supimos... que habían ametrallado el coche. El pobre señor murió cuando lo trasladaban al hospital. ¡No se merecía eso, desde luego!

«Si yo hubiera estado aquí —pensó Flavières—, no habría tenido que irse y el avión habría

ametrallado a algún desconocido, pero no a él. Y ahora podría hablar con él, explicarle...». Se retorció las manos. No debería haber vuelto.

—No hubo nada que hacer —continuó la portera—. Y sin embargo, se llevaban muy bien los dos.

—¿Y ella no estaba un poco... enferma? —preguntó tímidamente Flavières.

—Qué va... Parecía triste, sobre todo con esa ropa oscura que llevaba, pero ese era su carácter... En cambio, se ponía muy contenta cuando podía salir con él.

—No era muy a menudo —añadió el viejo.

—Con la situación que tenía el pobre señor, no le quedaba tiempo libre —replicó la mujer—. Siempre viajando de aquí a Le Havre. ¡Hay que ponerse en su lugar!

—¿Dónde la enterraron? —preguntó Flavières.

—En el cementerio de Saint-Ouen. Pero la fatalidad la persiguió hasta allí. Cuando los americanos bombardearon La Chapelle, destruyeron toda la parte del cementerio que queda al lado del ferrocarril. Encontraron piedras y huesos por todas partes. Incluso hubo una ceremonia, me parece.

Flavières temblaba dentro del abrigo, cuyo cuello levantado le tapaba casi la cara.

—¿Y qué fue de su tumba? —susurró.

—Ya no quedan tumbas por allí. Han rellenado con tierra los agujeros, los cráteres, como los llaman. Más adelante reconstruirán los panteones.

—No me dan lástima los muertos —rezongó el viejo.

Flavières luchaba contra las horribles imágenes que se agolpaban en su mente. Sentía, en el fondo de su ser, el flujo amargo de las lágrimas que no llegaba a brotar. Se había acabado. Había pasado página. Madeleine yacía aniquilada por la conflagración. Como en la antigüedad, había ardido en una pira funeraria y luego sus cenizas se esparcieron con el viento de las explosiones. El rostro que acababa de aparecer en su imaginación ya no era nada, absolutamente nada. Tendría que devolverlo a la noche y, una vez liberado, intentar vivir...

—¿Y qué ha sido del piso? —preguntó.

—Por el momento está cerrado. Parece ser que hay un primo lejano, del lado de ella, que heredó el edificio. Todo esto es muy triste.

—Sí —murmuró Flavières.

Se levantó y se abrochó el abrigo.

—Debe de ser un golpe muy fuerte —reconoció la portera—, descubrir de repente la muerte de unos amigos.

El viejo clavaba puntas en la suela sujeta entre las rodillas, y el martillo hacía un ruido espantoso. Flavières salió casi corriendo a la calle. La llovizna le pegó en el rostro una máscara adhesiva. Sintió que le subía la fiebre por las venas, una vez más. Cruzó la avenida, entró en el café donde se había sentado un día mientras esperaba a Madeleine.

—Deme algo fuerte —dijo al llegar.

—Sí —respondió el dueño—. Parece que lo necesita. —Echó un vistazo alrededor y le preguntó en voz baja—: ¿Le apetece un whisky?

Flavières apoyó los codos en la barra. Una ola de calor se propagaba ahora a través de su pecho. La angustia se disipaba, se derretía como un cubito de hielo, transformándose en una apacible melancolía. El médico tenía razón: necesitaba cuidados, sol, paz de espíritu. ¡Sobre todo

paz de espíritu! Dejar de pensar en Madeleine. Cuando llegó a París tenía la intención de llevarle flores a la tumba. Pero ya no había tumba. Estaba bien así. Se había roto el último vínculo. El peregrinaje concluía en ese bar, frente a ese vaso medio lleno de un licor resplandeciente. Todo cuanto había amado: la mujer del retrato, la dulce desconocida a la que había apartado de las sombras en las que quería perderse, conducía a ese vaso de whisky. Un sueño concebido en un momento de embriaguez. No, no era así, porque conservaba el mechero. Se llevó un cigarrillo a la boca, sacó el mechero de oro y durante unos instantes lo sopesó en la palma de la mano. ¿Debería tirarlo, perderlo subrepticamente como un animal al que se abandona? Más adelante. Por el momento... Acababa de tomar una decisión, o, mejor dicho, alguien había decidido por él, como siempre. Dejó el vaso vacío en la barra y pagó pomposamente. Le gustaba ver las caras iluminadas de alegría servil.

—¿Podría pedir un taxi?

—¡Hum! No será fácil —le dijo el hombre—. ¿Va muy lejos?

—Cerca de Mantes.

—Podemos intentarlo.

Hizo varias llamadas, sin dejar de sonreír a Flavières, y colgó.

—Le llevará Gustave. A lo mejor es un poco caro. Ya sabe lo que cuesta la gasolina en el mercado negro...

El taxi, un viejo C4 maltrecho, llegó enseguida. Flavières pagó una ronda antes de marcharse. No tenía el menor amor propio cuando quería llevar a cabo un proyecto. Explicó detenidamente a Gustave:

—Vamos al norte de Mantes, entre Sailly y Drocourt... Cerca hay un pueblecito con un campanario... Yo le indicaré el camino. Después volveremos por el camino más corto. No me quedará allí mucho tiempo.

Y se marcharon. Las carreteras invernales relataban una historia aciaga, una historia de combates, destrucciones, fusilamientos y bombardeos. Aterido en el coche, Flavières contemplaba a través del vaho de los cristales los campos negros, y buscaba en vano el recuerdo de los árboles en flor, los taludes de margaritas blancas. Esta vez Madeleine se alejaba, empezaba a morir de verdad. ¡Vamos, un esfuerzo más! Sabía muy bien que nunca había estado verdaderamente enamorado. Nunca se había visto con tanta claridad como en ese momento. Precisamente empezó a beber para acallar a ese testigo escéptico, socarrón, que se burlaba de todo, que lo acusaba de engañarse con historias falsas desde siempre, de recitarse una interminable elegía para satisfacer su propensión a la tristeza, la impotencia y la soledad. Pero cada vez necesitaba más alcohol para desterrar esa voz racional de su mente. Cuando el entumecimiento se apoderaba de sus miembros y le aturdió la cabeza, resurgía Madeleine, dulce y misericordiosa. Ella le hablaba de la vida que podría haber sido y Flavières irradiaba felicidad. El otro Flavières renacía por la mañana, amargado, con la boca llena de insultos.

—Ya estamos en Sailly —gritó Gustave.

Flavières limpió el cristal con la yema de los dedos.

—Gire a la derecha —le indicó—. Faltan dos o tres kilómetros.

El taxi circulaba por un camino plagado de baches. Los árboles, ennegrecidos por la lluvia, goteaban en la cuneta llena de hojas muertas. De vez en cuando dejaban atrás una casa, coronada por un hilillo de humo azul.

—Veo un campanario grande —anunció Gustave.

—Allí es. Espéreme delante de la iglesia.

El coche giró, igual que antaño. Flavières salió y contempló la cornisa que bordeaba la torre. No estaba conmovido, pero sentía un frío extraño. Se alejó, en busca de las casas cuyos tejados había divisado cuando luchaba contra el vértigo en la escalera. Seguían allí abajo, enclavadas bajo unos castaños de ramas desnudas. Eran una decena de casitas grises rodeadas por gallinas que caminaban en silencio. Había una tienda baja con un escaparate y un letrero casi borrado. Flavières empujó la puerta. Olía a velas y queroseno. Unas postales amarilleaban en una estantería.

—¿Qué desea? —preguntó una anciana que surgió de la trastienda.

—¿No tendrá huevos por casualidad? —preguntó Flavières—. ¿Y un poco de carne? Estoy enfermo y no hay manera de conseguir alimentos en París.

No había empleado el tono lo bastante astuto y su presencia no era suficientemente humilde. Sabía de antemano que la mujer respondería con una negativa. Examinó las postales con apariencia distraída.

—No importa —murmuró—. Preguntaré en otro lugar. De todos modos me llevo esta vista de la iglesia... Es Saint-Nicolas, ¿verdad? Este nombre me suena... Creo recordar que en 1940, en mayo de 1940, leí en la prensa que alguien se había suicidado aquí.

—Sí —respondió la mujer—. Una joven se cayó del campanario.

—Exacto... Ahora lo recuerdo. Era la mujer de un industrial parisino, ¿verdad?

—Sí. La señora Gévigne. Recuerdo bien su nombre. Fui yo quien descubrió el cuerpo. Han pasado muchas cosas desde entonces, pero nunca he olvidado a esa pobre mujer.

—¿No tendrá un poco de aguardiente? —preguntó Flavières—. No consigo entrar en calor.

Ella lo miró con unos ojos que habían visto el flujo y reflujo de la guerra y ya no expresaban nada.

—Puede ser que sí —respondió.

Flavières se guardó la postal en el bolsillo y dejó unas monedas en el mostrador, mientras la señora iba a buscar una botella y un vaso. El orujo era infame y le abrasaba la garganta.

—Qué extraña idea —comentó—, tirarse de un campanario.

La mujer escondió despacio las manos bajo la pañoleta. Acaso no le parecía que la idea fuera tan descabellada.

—Pues se aseguró de no fallar —replicó—. El campanario está a más de veinte metros. Y cayó de cabeza.

«Comprendo», estuvo a punto de decir Flavières. Respiraba un poco más rápido, pero no tenía la sensación de sufrir. Solo notaba que Madeleine se alejaba de él, que se destruía de una manera definitiva. Cada palabra que pronunciaba la anciana era como una palada de tierra sobre una tumba todavía entreabierta.

—Yo estaba sola en el pueblo —continuó—. No había ni un hombre. A todos los habían llamado a filas. Y las mujeres estaban en el campo. A las seis fui a la iglesia a rezar por mi hijo, que estaba en un comando guerrillero de los Corps Francs... —Guardó silencio unos instantes. Parecía aún más consumida con su ropa de luto—. Salí por la sacristía. Hay una puerta que da a la parte de atrás de la iglesia. Es el camino más corto para volver a mi casa, a través del cementerio. Y en aquel momento la vi. Fue complicado avisar a la gendarmería.

Contemplaba las gallinas que picoteaban alrededor de la puerta. Sin duda recordaba el miedo, la fatiga de aquella tarde, los gendarmes que por fin llegaron, el ir y venir de gente en el cementerio, las lámparas eléctricas con las que examinaban el suelo, y, posteriormente, el marido, con un pañuelo delante de la boca.

—Supongo que fue una experiencia espantosa —comentó Flavières.

—Sí. Y además los gendarmes estuvieron aquí durante más de una semana. Creían que habían empujado a la pobre mujer.

—¿Que la habían empujado? ¿Por qué?

—Porque aquel día por la tarde, cerca de Saily, la gente había visto a un hombre y a una mujer en un coche que se dirigía hacia aquí.

Flavières encendió un cigarrillo. Eso es lo que había pasado. Los testigos lo habían confundido con el marido. Y estas sospechas habían conducido a Gévigne a la muerte.

¿De qué serviría desmentir esa hipótesis ahora, explicarle a la anciana que el hombre no era Gévigne, que todo aquello era un error monstruoso? Esa historia ya no le interesaba a nadie. Apuró el vaso y buscó algo que comprar, pero ya solo había escobas, gavillas y bobinas de cordel.

—Gracias por el orujo —murmuró.

—De nada —respondió la señora.

Salió y tiró el cigarrillo, que le provocaba tos. Al volver a la iglesia, vaciló. ¿Debía pararse una vez más delante del altar, arrodillarse en la silla donde ella había rezado? ¡Pero si su plegaria había sido en vano! ¡Si Madeleine se había disuelto en el espacio! Pensó en el dogma cristiano de la resurrección de los cuerpos. ¿Cómo era posible que, el día del juicio final, el cuerpo de Madeleine renaciera de aquellos átomos dispersos, reducidos a la simplicidad de los elementos? «Adiós, Madeleine», susurró al contemplar la cruz a cuyo alrededor graznaban las cornejas.

—¿Volvemos, señor? —preguntó el taxista.

—Sí, vamos.

Y cuando el taxi se puso en marcha, al ver el campanario que se alejaba por el espejo retrovisor, Flavières tuvo la certeza de que el pasado también desaparecía para siempre al doblar la curva. Cerró los ojos y dormitó hasta París.

Por la tarde ya no pudo resistir más y acudió a la consulta del doctor Ballard para contarle su historia, como a un confesor, ocultando únicamente el apellido de Gévigne y las consecuencias judiciales de la tragedia. Ya no podía más. Casi se le caían las lágrimas al hablar.

—En el fondo —dijo el psiquiatra—, todavía la está buscando. Y se niega a aceptar que ha muerto.

—No es exactamente así —replicó Flavières—. Ha muerto, eso es evidente. Estoy seguro. Pero no puedo dejar de pensar... Sí, sé que es una locura... No puedo dejar de pensar en su abuela, Pauline Lagerlac... No sé si entiende lo que quiero decir. De alguna manera constituían una sola persona.

—Dicho de otro modo, esa joven, Madeleine, ya había muerto anteriormente. ¿Es eso? ¿Eso es lo que usted cree?

—No es una creencia, doctor. Ya le he contado lo que oí y presencié.

—En resumen, usted considera que Madeleine podría revivir, dado que ya superó la muerte una vez.

—Si describe las cosas así...

—Claro, para usted no son tan nítidas. Inconscientemente, se esfuerza en difuminarlas...  
Tumbese en el diván, por favor.

El doctor verificó meticulosamente sus reflejos. Puso mala cara.

—¿Y usted dice que ya bebía antes?

—No. Empecé a beber en Dakar, poco a poco.

—¿Y ha consumido drogas?

—No, nunca.

—Me pregunto si realmente quiere curarse.

—Claro que sí —balbuceó Flavières.

—Entonces tiene que dejar de beber... olvidar a esa mujer... convencerse de que está muerta... y de que solo se muere una vez, para siempre. ¿Lo comprende? Para siempre... ¿Realmente desea curarse con todas sus fuerzas?

—Sí.

—Entonces coja el toro por los cuernos, sin vacilar. Voy a hacerle una nota para uno de mis amigos que dirige una clínica cerca de Niza.

—¿Pero van a internarme?

—No, qué va. No está tan enfermo. Le envió allí por el clima. Como está acostumbrado a vivir en África, necesita mucho sol. ¿Tiene dinero?

—Sí.

—Se lo advierto, llevará cierto tiempo.

—Me quedará el tiempo que haga falta.

—Perfecto.

Flavières se sentó y notó la fragilidad de sus piernas. Ya no prestaba atención a las palabras del médico ni a sus propios gestos. Tan solo se repetía para sus adentros: «Quiero curarme... Quiero curarme...». Se arrepentía de haber amado a Madeleine, como si ese amor hubiera sido peligroso. ¡Ah! Revivir, volver a empezar. Posteriormente, acercarse a otras mujeres, ser parecido a los demás. ¡Santo Dios! El doctor multiplicaba las recomendaciones. Flavières lo aceptaba todo, todo lo prometía. Sí, se marcharía esa misma noche. Sí, dejaría de beber. Sí, descansaría todo lo posible... sí... sí...

—¿Quiere que le pida un taxi? —le preguntó la enfermera.

—Prefiero caminar un poco.

Se dirigió a una agencia de viajes. En la ventanilla de reservas, un cartel anunciaba que todos los trenes de la próxima semana estaban completos. Flavières sacó la cartera y obtuvo un billete para esa misma noche. Solo le faltaba llamar al Palais de Justice y a su banco. Por fin había arreglado la situación. Vagó por la ciudad en la que se había convertido en un extraño. El tren salía a las nueve de la noche. Cenaría en el hotel. Todavía faltaban cuatro horas. Entró en un cine. Poco le importaba el programa. Solo quería olvidar su visita a Ballard, las preguntas de Ballard. Nunca había creído seriamente que corriera el riesgo de enloquecer. Ahora tenía miedo, sentía humedad en la espalda, el deseo de beber le secaba la garganta. Otra vez volvía a odiarse y a sentir asco de sí mismo.

Se iluminó la pantalla y una música atronadora anunció las noticias. *La visita del general de Gaulle a Marsella*. Uniformes, banderas, bayonetas, la multitud contenida con dificultad en las

aceras. Primeros planos de rostros boquiabiertos que gritaban aclamaciones inaudibles. Un señor gordo blandía el sombrero. Una mujer se volvía lentamente hacia la cámara; tenía los ojos muy claros y sus facciones delicadas recordaban algún retrato de Lawrence. De pronto desapareció del plano, pero Flavières había podido reconocerla a tiempo. Medio levantado, avanzó hacia la pantalla con una cara aterrorizada.

—¡Siéntese! —gritó una voz—. ¡Siéntese!

Se estiró el cuello del abrigo, con la cabeza perdida y el pecho a punto de estallar por un grito que lo asfixiaba. Contemplaba sin comprender los quepis, los saludos, una fanfarria de clarines. Una mano brutal lo obligó a sentarse.

No, no era ella... Flavières se había quedado a la segunda sesión; se había obligado a mirar fríamente la pantalla; aguardó la aparición de la cara, concentrando toda su atención, dispuesto a captar y retener la imagen. La figura emergió durante un segundo, y toda una parte de su ser gimió, una vez más, mientras que la otra no se inmutaba. No había confusión posible: la mujer de la pantalla tendría unos treinta años; estaba bastante rellenita. ¿Qué más? La boca... el perfil de los labios no era el mismo... Sin embargo, la semejanza era innegable... Sobre todo, los ojos... Flavières se esforzó en comparar el recuerdo reciente con el antiguo, pero al final ya solo veía manchas coloreadas, como si los hubiera contemplado mucho tiempo bajo una luz demasiado intensa. Volvió de nuevo al final de la tarde. Daba igual, cogería el tren al día siguiente. Y entonces hizo un descubrimiento: era evidente que el hombre cuyo rostro precedía en primer plano al de la desconocida estaba con ella; sería el marido o un amante, que la acompañaba; la sujetaba por el brazo, indudablemente para no perderla entre la multitud. Otro detalle que antes le había pasado desapercibido era que el hombre iba bien vestido, con una perla grande en la corbata; la desconocida llevaba un abrigo de piel. Flavières había reparado en otra cosa, pero, ¿qué era? Salió justo después de las noticias. La iluminación de las calles era tenue; seguía lloviendo y Flavières se bajó el sombrero para protegerse del viento. Este gesto le trajo a la memoria la escena de Marsella: el hombre llevaba la cabeza descubierta, a pesar del abrigo, y detrás de él aparecía una fachada de hotel, algo desenfocada, con tres grandes letras dispuestas en vertical: RIA. Probablemente era el nombre del hotel, un letrero que se iluminaría por las noches. Algo como Astoria, por ejemplo. ¿Y después, qué más? Después, nada más... Flavières se entretenía en reconstruir la imagen de la película; hacía mucho tiempo que no daba rienda suelta a su manía de atar cabos. Le alegraba pensar que, con toda probabilidad, el hombre y la mujer acababan de salir del hotel para asistir al ceremonioso desfile. Y en cuanto a la similitud... Bueno, sí, la mujer se parecía un poco a Madeleine. ¿Y qué? ¡Ni que fuera un gran descubrimiento! ¿Acaso era un motivo para inquietarse? En Marsella había un hombre feliz junto a una mujer cuyos ojos, casualmente... Habría cada vez más gente feliz, ahora que había terminado la guerra. Tendría que ir acostumbándose a esta idea, aunque resultase un poco dolorosa. Flavières se detuvo en el bar del hotel. Sí, le había prometido al médico... pero necesitaba una copa o dos para mofarse de los turistas del Astoria.

—Póngame un whisky.

Se lo tomó en tres tragos. Poco importaba, pues ahora iba a cuidarse en serio, y además el



whisky era más eficaz que el coñac. Casi de inmediato disipó las penas, las sospechas, los rencores. Quedaba el sentimiento confuso de una enorme injusticia, algo que el alcohol no erradicaría jamás. Flavières se acostó. Había sido una tontería posponer el viaje.

Al día siguiente deslizó unos billetes en el bolsillo de un revisor y se acomodó en un compartimento de primera. El poder infinito del dinero le había llegado demasiado tarde. No le servía para curarse la fiebre, el hastío, la tristeza. Si hubiera sido rico antes de la guerra... Si hubiera podido ofrecerle a Madeleine... ¡Otra vez a vueltas con esa vieja historia! Daba igual que hubiera conservado el mechero. Quizá fuera por aquella película absurda. Además, nada le impedía bajar el cristal y arrojarlo a la vía. Hay objetos que emanan un poder oculto, que segregan una especie de veneno invisible y emponzoñan paulatinamente la vida. Los diamantes, por ejemplo. ¿Por qué no un mechero también? Pero de este no podría desprenderse jamás. Era la prueba de que había estado a punto de ser feliz. Exigiría que lo enterrasen con él. ¡Enterrarse con un mechero! ¡Qué idea tan ridícula! Dio rienda suelta a su imaginación al compás de las ruedas, con el rítmico traqueteo del tren. Acariciaba esta idea... ¿Por qué siempre le había atraído y obsesionado el misterio de las galerías subterráneas, el ruido de una gota de agua en el fondo de un sótano, el sople tenue de la noche a través de la red de pasadizos, galerías, túneles, ese mundo inmóvil, tortuoso y ramificado de los filones, las lagunas negras, las piedras preciosas aletargadas en la ganga. Cuando estaba en Saumur... Todo había empezado allí, tal vez a causa de su infancia solitaria. Lo que leía y releía por aquel entonces, con el escalofrío de la muerte, era una mitología antigua que le había valido a su abuelo un premio honorífico. Había una divisa en las guardas: *Labor omnia vincit improbus*, y al pasar las hojas salpicadas de manchas rojizas aparecían curiosos grabados: Sísifo y su roca, las Danaides... y Orfeo saliendo de la sepultura con Eurídice de la mano. Una joven cubierta de velos, a pesar de su perfil griego, que se parecía a la niña de Kipling... Flavières, cuya cabeza oscilaba sobre el antimacasar con el traqueteo del tren, veía por las ventanas las llamativas formas del mundo de los vivos. Se sentía mejor; disfrutaba de sí mismo, de su cansancio, de la libertad recuperada. En Niza quizá se compraría una casa con jardín en las afueras. Dormiría durante el día y, por la noche, a la hora en que se despliegan los murciélagos como banderas negras, caminaría por la costa, sin pensar en nada. ¡Ay! ¡Sin pensar en nada! Se adentraba en los abismos del sueño como un peregrino que acelera el paso al reconocer poco a poco su país.

Cuando el expreso paró en Marsella, Flavières bajó. No pretendía quedarse en la ciudad, por supuesto. Por si acaso, preguntó a un revisor.

—Su billete le da derecho a quedarse hasta ocho días.

Así pues, de nada le valían las argucias o las trampas. Tendría que marcharse enseguida. Una simple parada no le comprometía a nada. Dispondría de tiempo para verificar, nada más. Levantó el brazo para llamar a un taxi.

—Al Astoria.

—¿El Waldorf Astoria?

—Sí, claro —dijo Flavières con un dejo de humor.

En el vestíbulo del inmenso hotel, miró a su alrededor con cautela. Sabía muy bien que era un juego. En ese momento jugaba a asustarse. Le gustaba esa inquietud, la espera de no se sabe qué.

—¿La habitación es para varios días?

—Pues... sí... seguramente una semana.

—Solo tenemos una habitación muy grande en la primera planta, con un pequeño salón.

—Me da igual.

En realidad le encantaba. Necesitaba cierto lujo para creerse la comedia que interpretaba. Al subir en el ascensor, preguntó al mozo ascensorista:

—¿Qué día vino a Marsella el general de Gaulle?

—El domingo hizo ocho días.

Flavières calculó. Habían pasado doce días. Era mucho.

—¿No se fijó, por casualidad, en un hombre de cierta edad, muy elegante, que llevaba una perla en la corbata?

Mientras aguardaba la respuesta, notaba bajo las costillas el lento dolor de la ansiedad, aunque sabía perfectamente que todo aquello no le conduciría a nada.

—No, la verdad es que no me acuerdo —dijo el mozo—. ¡Pasa tanta gente por aquí!

¡Claro! ¡Esa era la evidencia! No tenía que darse por vencido. Cerró la puerta con llave. Una vieja costumbre. Siempre había tenido la manía de echar el cerrojo y la llave de seguridad, pero ahora era una obsesión que lo tiranizaba. Se afeitó y se vistió con refinamiento. Formaba parte del juego. Le temblaba el pulso y, en el espejo del baño, vio que le brillaban los ojos, como los de un actor. Bajó la gran escalinata con aire despreocupado y se dirigió al bar, con una mano en el bolsillo de la chaqueta cruzada, exactamente igual que si tuviera una cita con un amigo de otros tiempos. No perdía detalle de lo que sucedía a su alrededor y se detenía para observar a todas las mujeres que pasaban. Se sentó en un taburete de la barra.

—Póngame un whisky, por favor.

La gente charlaba en enormes sillones, a uno y otro lado de una estrecha pista de baile. Un grupo de hombres conversaba de pie, con el cigarrillo entre los dedos. Los banderines de las copas, los reflejos en cada botella, la música sincopada de ritmo lento, como una fiebre baja, conspiraban para asemejar la vida a un cuento. Flavières se bebió el whisky a grandes tragos. Le entró la fiebre. Se sentía preparado. ¿Preparado, para qué?

—Póngame otro.

Preparado para soportar la presencia de ellos sin estremecerse. Para verlos, una vez más, y después marcharse. No pedía más. ¿Tal vez... en el comedor? Se dirigió hacia la inmensa sala donde un camarero se apoderó de él y lo acompañó a una mesa.

—¿El señor está solo?

—Sí —respondió Flavières, con la atención en otra parte.

Algo deslumbrado por las luces, intimidado, se sentó torpemente, sin atreverse a mirar a los clientes de las otras mesas. Después de elegir los platos casi al azar, empezó a girar la cabeza despacio, con cierta incomodidad. Muchos oficiales, pocas mujeres; nadie le prestaba atención. Allí solo, en su rincón, no suscitaba el interés de nadie. De pronto comprendió que perdía el tiempo, que su planteamiento era inadecuado y que la pareja entrevista en el cine nunca había estado en ese hotel. Casualmente la cámara los había captado a los dos, parados al borde de una acera; habían podido salir de un coche o de un hotel cercano. ¿Y qué iba a hacer entonces? ¿Pensaba registrar toda la ciudad? ¿Para qué? Para encontrar a una mujer que se parecía vagamente a... Para revivir un amor calcinado... Se obligó a comer. Sí, estaba terriblemente solo; se había impuesto la travesía y el viaje a París para sumirse en la enorme ola de tumulto, alegría y odio que recorría Europa. ¿El peregrinaje? Solo era un pretexto. Y aquella noche se sentía como

un residuo abandonado en la costa por la marea; ya solo podía regresar a Dakar para dedicarse a sus monótonas ocupaciones. Allí también había clínicas, si es que se decidía a curarse definitivamente.

—¿Café? ¿Un licor?

—Sí. Un aguardiente de mirabel.

Pasaba el tiempo. Fumaba, se le nublaban la vista, sentía la humedad del sudor en la raíz del pelo. A su alrededor la gente se levantaba y salía del restaurante, en medio de un tintineo de cubiertos y platos. No era necesario que se quedara ocho días. Al día siguiente tendría que proseguir el viaje a Niza, descansar un poco antes de despedirse de Francia. Se levantó con un gran dolor de huesos, agotado por el viaje interminable. El comedor se había vaciado. Los espejos reflejaban hasta el infinito su delgada silueta, que flaqueaba entre las mesas. Subió despacio las escaleras, para aprovechar una última oportunidad, pero solo se cruzó con dos estadounidenses que bajaban los peldaños de dos en dos. Ya en su habitación, amontonó la ropa en un sillón y se acostó. Tardó mucho en dormirse y, cuando por fin concilió el sueño, seguía buscando algo que se le escapaba.

Por la mañana se despertó con un sabor sanguinoso en la boca y una sensación de agotamiento. Se levantó desalentado. Así había acabado por su culpa. Si hubiera olvidado a aquella mujer en 1940, si no se hubiera empeñado en seguir el duelo, si se hubiera cuidado más. Posiblemente ahora estaba condenado. ¡Ay, cómo la odiaba de repente! ¡Cuánto se arrepentía de abrigar sentimientos complejos, de cultivar una estética de turbias emociones! Se dio un masaje suave en los párpados, apoyó la mano en la frente, con un gesto que iba a ser cada vez más común. ¡Era un enfermo! A partir de entonces, la gente tendría que hablarle con delicadeza. Acabó de vestirse deprisa, deseoso de consultar un horario de trenes. Marsella le parecía una ciudad temible, con tanto humo y ajeteo, y esa vida intensa que fermentaba en las calles. También tenía ganas de que lo mimasen las mujeres vestidas de blanco, con ademanes maternos; quería disfrutar del silencio; estaba construyendo una nueva novela para mantener a raya la idea aterradora de que, pese a todo, de vez en cuando, estallaba dentro de él una vena cargada de sangre negra: «¡Estoy acabado!».

Cuando acabó de arreglarse, salió de la habitación y recorrió el pasillo de mullidas alfombras. Seguía doliéndole la cabeza. Respiró profundamente al bajar despacio las escaleras. Después se dirigió a la recepción. En un pequeño salón situado enfrente de la caja desayunaban los clientes, gente robusta que masticaba rítmicamente, de una manera repulsiva. Flavières vio a un hombre corpulento. ¿Estaba soñando? Un hombre con la corbata... ¡Dios mío! ¿Era él? Un hombre elegante, de unos cincuenta años, que cortaba en dos un panecillo, al tiempo que charlaba con una mujer joven que estaba de espaldas a Flavières. La mujer tenía el cabello castaño, muy largo, medio tapado por el abrigo de piel que se había echado sobre los hombros. Para descubrir su rostro, habría tenido que entrar en el salón. Enseguida entraría, sí. más tarde. Por el momento estaba demasiado turbado. Esas emociones tontas no le hacían ningún bien. De forma mecánica sacó un cigarrillo de la pitillera y volvió a guardarla enseguida. Nada de imprudencias. Además, ese hombre y esa mujer no le interesaban en absoluto. Apoyó los codos en el mostrador y preguntó al empleado en voz baja:

—Ese señor de allí... el hombre un poco calvo... ¿Lo ve? El que habla con la mujer joven del abrigo de piel... ¿Podría recordarme su apellido?

—Almaryan.

—¡Almaryan! ¿A qué se dedica?

El empleado le guiñó el ojo.

—Un poco de todo... En este momento se puede ganar mucho dinero... ¡y él lo consigue!

—¿Y ella es su mujer?

—No creo. No viene siempre con la misma, ¿sabe?

—¿Podría consultar un horario de trenes, por favor?

—Claro que sí, señor.

Flavières fue a sentarse al vestíbulo, aparentando que hojeaba el horario, y alzó la vista. Desde el sillón distinguía mejor a la mujer y una certeza se iluminó en su interior, como un sol sombrío. ¡Madeleine! Era ella. ¿Cómo había podido dudar? Había cambiado, estaba envejecida. Tenía el rostro abotargado. Era otra Madeleine, pero era la misma Madeleine... ¡La misma!

Se hundió suavemente en el sillón, apoyando la cabeza sobre el respaldo. Ya no tenía fuerzas para sacar del bolsillo el pañuelo y secarse el sudor que le humedecía la cara. Habría perdido el conocimiento si hubiera intentado amagar un gesto, formular un pensamiento. Ya no se movía, pero la imagen de Madeleine seguía allí, en su memoria, y lo traspasaba de lado a lado como una flecha encendida en su mente; le ardían los párpados cerrados. «Si es ella, me muero», pensó. El horario se le escurrió de entre los dedos y cayó al parqué.

Lentamente, con desconfianza, Flavières volvió en sí. ¡No iba a perder la cabeza por haber visto a la doble de Madeleine! Abrió los ojos. No. No era una doble. ¿De dónde surgiría la absoluta certeza propia de un acto de reconocimiento? Ahora sabía que Madeleine estaba allí, cerca del rollizo Almaryan, al igual que sabía que no estaba soñando, que era Flavières y que sufría de forma agónica. Sufría porque, con idéntica certeza, estaba seguro de que Madeleine había muerto...

Almaryan se levantó y le dio la mano a la mujer. Flavières recogió el horario y se quedó encorvado mientras la pareja entraba en el vestíbulo y pasaba cerca de él. Se fijó en la parte inferior del abrigo de piel, los zapatos elegantes... Al levantarse los vio a través de las rejillas del ascensor, que dibujaban en el rostro de Madeleine una fina red de sombras semejante a un velo, y experimentó de nuevo la amarga punzada del antiguo amor. Dio algunos pasos vacilantes y dejó el horario en recepción, mientras se preguntaba si ella habría reparado en su presencia, si lo habría reconocido.

—¿El señor va a quedarse en su habitación? —preguntó el empleado de recepción.

—¡Por supuesto! —masculló Flavières.

Esta frase sentenciaba su destino. Y él no lo ignoraba.

Durante toda la mañana paseó al sol por los alrededores del Puerto Viejo. Aquí se mezclaba el tráfico de la guerra y los negocios. Las viejas piedras temblaban al paso de los convoyes como la piel de un volcán. Flavières, timorato, se adentró en el ruido, en el fulgor de la multitud. Nunca habría gente suficiente capaz de protegerlo del miedo. Al fin y al cabo, había visto el cadáver... y Gévigne también lo había visto, y la anciana que se ocupó del último aseo de Madeleine... y la policía que se encargó de esta absurda investigación. Diez personas habían identificado el cadáver... Por lo tanto, no era Madeleine la mujer que acompañaba a Almaryan... Se tomó un anís en un bar de la Canebière. Solo uno. Pero ya le invadió un ligero aturdimiento. Encendió un cigarrillo con el mechero, el mechero que no mentía, que estaba ahí, en su mano, bruñido por el

contacto de sus dedos que lo habían encendido tantas veces, en una plegaria muda, como la cuenta de un rosario. Madeleine había muerto al pie del campanario... y, antes que ella, Pauline... Sin embargo... Volvió al whisky, porque la idea que acababa de venirle a la mente era tan extraña que necesitaba concentrar todas sus fuerzas para analizarla en todos los aspectos. No tuvo dificultades para recordar la conversación del Louvre. «Ya he paseado por aquí del brazo de un hombre — había dicho Madeleine—. Se parecía a usted, pero tenía patillas».

¡De pronto todo cobraba sentido! Por aquel entonces no lo había comprendido; estaba demasiado lleno de vida, demasiado cegado por los prejuicios; no se había iniciado aún en la desgracia, en la enfermedad... Ahora estaba dispuesto a aceptar la verdad, tan increíble como reconfortante. Al igual que Pauline había ocupado el cuerpo de Madeleine, esta había... Pero él también había podido contemplar en otro tiempo ese mar violeta, esas velas marrones, aunque lo hubiera olvidado. A lo mejor ya había muerto anteriormente... ¿Cuántas veces? ¡Dios! ¡Si pudiera estar seguro, verdaderamente seguro! ¡Pero Madeleine lo sabía! Entonces, ¿por qué tenía miedo? ¿Qué temía? ¿Despertar? ¿Dejar de creer en el milagro? ¿Desengañarse de una manera terrible? No. Solo tenía miedo de volver a verla, pues no podría evitar hablarle; quería hablar con ella. ¿Pero podría soportar la mirada de sus ojos, el sonido de su voz sin estremecerse?

Se levantó vacilante, volvió al Waldorf y se cambió para cenar. Se vistió de negro, convencido de que seguía de duelo. En cuanto traspasó la puerta del bar, la vio en el comedor. Parecía pensativa, con el mentón apoyado sobre las manos cruzadas, mientras Almaryan hablaba por lo bajo con el *maître*, probablemente intentando obtener alimentos prohibidos. Flavières se sentó, hizo señas con la mano y el camarero, que lo conocía bien, le sirvió de inmediato una copa llena de licor. Algunas parejas bailaban en la exigua pista y, a través de la puerta abierta del comedor, observaba a los comensales, a los carros empujados por los camareros vestidos de blanco. Madeleine parecía triste y esa tristeza fascinaba a Flavières. Ya en el pasado... Sin embargo, Gévigne la había colmado de todos los caprichos. Era curioso pensar que unos desconocidos hubieran heredado su fortuna y que ella ahora fuera pobre, y se viese obligada a vivir junto a Almaryan, que parecía un astuto califa. Llevaba pendientes de mal gusto. ¡Y las uñas pintadas! La otra Madeleine era mucho más refinada, desde luego. Flavières tenía la sensación de estar viendo una película mal doblada, donde una actriz de segunda fila representara un papel protagonista. La mujer apenas comía, mojaba de vez en cuando los labios en la copa. Pareció aliviada cuando Almaryan se levantó. Se acercaron al bar, buscando una mesa libre. Flavières giró sobre el taburete, pero oyó, a sus espaldas, que Almaryan pedía dos cafés. ¿Era el momento propicio? Jamás tendría el valor... Pagó al camarero y puso los pies en el suelo. Bastaba darse la vuelta y avanzar tres pasos. Por fin dejarían de pesar sobre él cuatro años de angustia; se reconciliarían pasado y presente; Madeleine estaría ahí, como si se hubieran despedido el día anterior, después de dar un paseo por Versalles. Tal vez incluso olvidara cómo se había escapado.

De pronto avanzó los tres pasos, se inclinó ceremoniosamente hacia la joven y la invitó a bailar. Durante unos segundos vio de cerca a Almaryan, con las mejillas un poco cetrinas y los ojos húmedos de un negro aterciopelado, y la cara levantada de Madeleine, su mirada clara que solo expresaba hastío. Aceptó con un gesto malhumorado. ¿Era posible que no lo hubiera reconocido todavía? Mientras se balanceaban juntos por la pista de baile, Flavières sentía un nudo en la garganta. Le parecía que estaba a punto de incumplir algún mandamiento, de desafiar una grave prohibición.

—Mi apellido es Flavières —murmuró—. ¿No le suena?

Ella aparentó que hacía memoria, educadamente.

—No, discúlpeme... La verdad es que no.

—¿Y usted cómo se llama?

—Renée Sourange.

Estuvo a punto de contradecirla, pero de pronto comprendió que había cambiado de estado civil y su inquietud fue en aumento. De soslayo la examinaba. La frente, el azul de los ojos, la línea de la nariz, el pómulo prominente, todos los detalles del rostro amado y cien veces contemplado en el secreto de la memoria eran tal como los había visto años atrás. Si hubiera cerrado los ojos, se habría imaginado una vez más en la sala del Louvre, donde, por primera y única vez, había tenido a Madeleine en sus brazos. Pero el peinado de la nueva Madeleine no era elegante. Además, la boca había perdido su frescor juvenil, a pesar de las cremas y el maquillaje. Y casi era mejor así. Ya no le intimidaba. Se atrevía a acercarse a ella, a sentirla viva, tan de carne y hueso como él. Antes temía abrazar una sombra. Observó que era una mujer y se arrepintió de desearla ya, como si hubiera profanado algo muy profundo y puro.

—Usted vivía en París antes de la ocupación, ¿verdad?

—No. Estaba en Londres.

—¿Ah, sí? ¿No era aficionada a la pintura?

—Qué va. Pinto un poco para pasar el rato, pero nada más.

—¿No ha estado nunca en Roma?

—No.

—¿Por qué intenta engañarme?

Ella lo miró con aquellos ojos claros, algo inexpresivos, inolvidables.

—No le engaño, se lo aseguro.

—Esta mañana me ha visto en el vestíbulo. Me ha reconocido. Y ahora intenta aparentar...

Ella intentó despegarse, pero Flavières la estrechó contra él, agradeciendo que la orquesta tocara de forma interrumpida.

—Discúlpeme —prosiguió.

Al fin y al cabo, Madeleine había ignorado durante años que era Pauline. No era de extrañar que Renée todavía no supiese que era Madeleine. «Estoy borracho como una cuba», pensó Flavières.

—¿Es celoso? —preguntó mientras señalaba a Almaryan con la barbilla.

—¿Qué va! —respondió ella con tristeza.

—Mercado negro, ¿verdad?

—Sí, claro. ¿Usted también?

—Yo no. Soy abogado. ¿Y está muy ocupado?

—Sí. Está fuera mucho tiempo.

—Y entonces, ¿puedo verla durante el día?

Ella no respondió. Deslizó un poco la mano hasta la cintura de Madeleine.

—Si me necesita —murmuró—, estoy en la habitación 17... ¿No lo olvidará?

—No... Ahora tengo que volver con él.

Almaryan estaba fumándose un puro. Leía *Le Dauphine libéré*.

—Creo que se entretiene muy bien sin usted —dijo Flavières—. ¡Hasta mañana!

La saludó con una reverencia y atravesó el vestíbulo, olvidando que no había cenado. En el ascensor, preguntó al mozo:

—¿En qué habitación se hospeda Almaryan?

—En el apartamento 11, señor.

—¿Y cómo se llama la señora que está con él?

—Renée Sourange.

—¿Es su verdadero nombre?

—¡Claro! Es el que figura en su carné de identidad.

Aunque no era partidario de dar propinas, esta vez fue generoso. Habría dado cualquier cosa por saber... ¡Por saber! Antes de acostarse se bebió varios vasos de agua, aunque no logró disipar la niebla en la que se había envuelto. Debía reconocer que tenía miedo una vez más. Aunque estuviera borracho, era consciente de que ella había tenido que reconocerlo. O, si no, era amnésica. O fingía. O no era Madeleine...

Cuando despertó, al día siguiente, volvió a plantearse el problema, y con una carcajada sarcástica concluyó que ya iba siendo hora de visitar al médico de Niza. Se sonrojó al pensar en sus elucubraciones del día anterior. Además, ya no tenía nada que hacer en Marsella. Lo importante era su salud. ¡Que se fuera al diablo la mujer que se parecía a Madeleine!

Sin embargo, esperó a que Almaryan se marchara y buscó enseguida la puerta número 11. Llamó a la puerta dando unos golpecitos tenues, como si fuera un familiar.

—¿Quién es?

—Flavières.

Le abrió. Tenía los ojos enrojecidos, los párpados inflamados, y no se había vestido.

—Vamos a ver, Renée, ¿qué significa esto? Ella se echó a llorar. Cerró la puerta y echó el cerrojo.

—Vamos, pequeña... Explíqueme...

—Es por él —balbuceó—. Quiere dejarme.

Flavières la observaba sin indulgencia. Era Madeleine, no cabía duda, una Madeleine que le había engañado con Almaryan, y quizá también con otros. Apretó los puños en el fondo de los bolsillos, y su sonrisa se crispó.

—¡Pues menudo drama! —comentó en tono irónico—. ¡Que se vaya con viento fresco! ¿Acaso no estoy yo aquí para acompañarla?

Renée lloraba desconsolada.

—¡No! —exclamó—. ¡No! ¡Usted, no!

—¿Y por qué? —preguntó él, inclinándose hacia ella.

Señor director:

Me complace comunicarle que se ha transferido a su cuenta de Marsella el importe indicado. Este reintegro no afecta gravemente a la tesorería. No obstante, es mi deber señalarle la irregularidad de esta operación, que podría tener consecuencias más graves si se repitiera. Espero que su salud haya dejado de causarle preocupaciones y que tengamos el placer de verle de nuevo pronto. Aquí todo va bien. El movimiento de los negocios es bastante satisfactorio.

Atentamente,

J. TRABOUL

Flavières rompió la carta furioso. Cualquier cosa lo sacaba de sus casillas. ¡Sobre todo ahora!

—¿Malas noticias? —preguntó Renée.

—No. Es el idiota de Traboul.

—¿Quién es Traboul?

—Mi subdirector... Si le hiciera caso, el fin del mundo sería siempre mañana. Y Ballard me recomendaba reposo. ¡Reposo!

—Ven —le dijo en tono brusco—. ¡Vamos a tomar el aire!

Añoraba el amplio apartamento del Waldorf. Las habitaciones del Hôtel de France eran pequeñas, desahucadas y, además, terriblemente caras. Pero aquí no corrían el riesgo de encontrarse con Almaryan. Sacó de la pitillera un cigarrillo y encendió una cerilla. Ya no se atrevía a utilizar el mechero desde que...

Ella se retocaba el maquillaje delante del armario y se arreglaba el pelo.

—No me gusta este peinado —le dijo Flavières—. ¿No podrías cambiártelo un poco?

—¿Cómo?

—No sé. Haciéndote un moño en la nuca.

Había hablado sin reflexionar y se arrepintió enseguida de haber hecho ese comentario. ¿De qué servía provocar la misma discusión de siempre, que duraba varios días, con esas escenas agotadoras y las engañosas reconciliaciones subsiguientes? Se daban la espalda como animales enjaulados que se enseñaran los dientes menos cuando dormían o soñaban con espacios libres.

—Te espero abajo.

Bajó directamente al bar y miró furioso al camarero que sonreía. Todos los hombres eran iguales al otro lado del mostrador, falsamente halagüeños, cómplices, susurrando sus ofertas como si quisieran engañar a algún testigo suspicaz. Flavières bebió. Ya no tenía motivos para no beber. ¡Ahora estaba seguro! Por mucho que ella lo negara, estaba seguro. Lo sabía con una certeza



absoluta, profunda, surgida de la carne y de la sangre. Como si fuera su hija y no su amante. Además, de amante tenía poco. Él podía prescindir fácilmente de esa faceta del amor. Hasta le escandalizaba un poco que Madeleine se entregara a los placeres carnales. Lo que amaba en ella —desde siempre— era... le costaba explicarlo... era su naturaleza no totalmente real. Y eso que ahora se esforzaba en parecerse a otras mujeres. Quería ser Renée a toda costa, se aferraba a ese personaje carente de gracia y misterio. Sin embargo... ¡Ojalá le revelase su secreto! ¡Qué maravilloso sería poder librarse así de su soledad! Pues, en última instancia, él era el muerto y ella la viva.

Renée bajó las escaleras. Él la vio llegar con un mohín en los labios. La ropa era de colores feos, pretenciosa y mal cortada. Los zapatos no tenían bastante tacón... Y además, era preciso remodelarle toda la cara. Había que hundirle un poco las mejillas para resaltar esos pómulos prominentes. Añadir un trazo firme a las cejas para tensarlas y devolverles el asombro de otros tiempos. Solo los ojos eran perfectos; por sí solos delataban a Madeleine. Flavières pagó y se reunió con ella. Habría querido abrirlle los brazos para abrazarla o asfixiarla.

—Me he dado prisa —dijo ella.

Él estuvo a punto de encogerse de hombros. Ella ya no sabía encontrar las palabras que él esperaba. Hasta le disgustaba la manera en que ella lo cogía del brazo. Era demasiado sumisa, demasiado timorata. Tenía miedo de él. No había nada más irritante. Caminaron juntos en silencio. «Si me hubieran prometido esto hace un mes —pensaba él—, me habría muerto de felicidad». Sin embargo, nunca había sido tan infeliz.

Renée ralentizaba el paso ante los escaparates, se colgaba demasiado del brazo de Flavières, y él se impacientaba, pues consideraba vulgar semejante frivolidad.

—Supongo que sufriste muchas carencias durante la guerra —comentó Flavières.

—De todo —murmuró ella.

Esa nota de pobreza lo conmovió.

—¿Era Almaryan quien te compraba la ropa?

Sabía de antemano que estas palabras le harían daño. Sin embargo, no pudo contenerse. Renée tensó los dedos en la manga de Flavières.

—Tuve suerte de conocerlo.

Ahora era él quien se sentía molesto. Así era el juego. Pero todavía no estaba resignado.

—Oye —empezó a decirle, enfadado...

¿Pero qué más daba? La llevó hacia el centro.

—No vayas tan rápido —suplicó ella—. Estamos dando un paseo.

Él no respondió. Era él, ahora, quien se fijaba en las tiendas. Acabó descubriendo lo que buscaba.

—¡Ven! Ya me harás después todas las preguntas que quieras. Un empleado los recibió con una reverencia juntando ambas manos.

—¿La sección de vestidos? —preguntó Flavières en tono cortante.

—Primera planta. El ascensor está al fondo.

Esta vez fue resolutivo. Tendría que pagar Traboul. Se estremecía con un placer amargo. ¡Iba a confesar! ¡No tendría otra salida! Un empleado les cerró la puerta y el ascensor subió.

—Querido —susurró Renée.

—Cállate.

Se acercó a una de las dependientas.

—Muéstrenos vestidos. Los más elegantes que tenga.

—Muy bien, señor.

Flavières se sentó. Se había quedado exánime, como si acabara de realizar un ejercicio violento. La vendedora desplegó sobre una mesa larga modelos de todos los estilos mientras observaba la cara de Renée, pero él intervino enseguida para señalar uno:

—Este.

—¿El negro? —preguntó extrañada la dependienta.

—Sí, el negro. —Y se volvió hacia Renée para decirle—: Por favor, pruébatelo... para complacerme.

Ella vaciló unos instantes, se sonrojó ante la mujer que los observaba y luego entró en el probador con la vendedora. Flavières se levantó y empezó a recorrer la tienda de un lado a otro. Era como en los viejos tiempos, sentía la misma ansiedad de la espera, el mismo sofoco. Recobraba la vida. En el fondo del bolsillo apretaba el mechero muy fuerte. Después, como el tiempo no pasaba suficientemente rápido y le sudaban las manos de nerviosismo, buscó un traje de chaqueta en una hilera de ropa colgada. Lo quería gris. Pero no encontraba el gris que buscaba. Ningún gris podría reproducir el tono exacto que recordaba. ¿Era posible que la memoria hubiera idealizado hasta los menores detalles? ¿Cómo podía asegurarse de que su recuerdo era fiel? La puerta del probador chirrió. Flavières se volvió rápidamente y sufrió el mismo *shock* que padeciera en el Waldorf, el mismo golpe en plena carne. Era Madeleine rediviva, una Madeleine que se paralizaba como si lo hubiera reconocido; una Madeleine que ahora avanzaba un poco pálida y con el mismo aspecto inquisitivo y nostálgico de aquellos tiempos. Él le tendió la mano delgada y, de pronto, la soltó. No. La imagen de Madeleine todavía no era perfecta. ¿Cómo no se había fijado antes en los pendientes que arruinaban sin remedio la línea del perfil?

—¡Quítate eso! —le ordenó en voz baja.

Y, como ella no lo entendía, fue él quien le quitó, con cierta brusquedad, esas joyas arrogantes. Flavières retrocedió un paso y sintió la impotencia del pintor que no logra el efecto exacto que busca.

—¡Bien! —dijo al fin a la dependienta—. La señora se lo llevará puesto... Y este traje es de la misma talla, ¿verdad? Envuélvalo. E indíquenos dónde está la sección de calzado.

Renée no opuso resistencia. Tal vez comprendía por qué Flavières examinaba meticulosamente cada par de zapatos, como si discutiese consigo mismo, criticando en silencio el perfil de un tacón o el diseño de una correa. Eligió unos zapatos finos de charol.

—Veamos cómo te quedan... ¡Camina!

De pronto, al moverse con los tacones altos, parecía más esbelta. Sus caderas, envueltas en el vestido negro, cobraban vida suavemente.

—¡Ya basta! —exclamó Flavières. Y como la vendedora levantó la cabeza sorprendida, él rebajó el tono para añadir—: Muy bien. Nos los llevamos... Guarde los otros en una caja. —Luego cogió a su amiga de la mano, la acompañó hasta un espejo y murmuró—: Mírate. Mírate, Madeleine.

—¡Por favor, te lo ruego! —suplicó ella.

—¡Vamos! Un esfuerzo más... Esa mujer de negro... ¿Ves que ya no es Renée? ¡Haz memoria!

Ella sufría de forma visible. El miedo le crispaba la cara, le tensaba la boca, y la otra cara

aparecía a su vez, de forma intermitente, como un reflejo fugaz. Flavières acompañó a Madeleine hacia el ascensor. Más adelante se ocuparía del pelo. Lo más acuciante era el perfume, ese fantasma del pasado. Ahora iba a llegar hasta el final, sin reparar en las consecuencias... Pero el perfume ya no existía. En vano se esforzó por encontrarlo.

—No, no lo conozco —dijo la vendedora.

—Seguro que lo tiene... ¿Cómo podría describirlo? Un perfume que huele a tierra removida, a flores marchitas...

—Podría ser Chanel número 3.

—A lo mejor.

—Ya no se fabrica, señor. En alguna tienda pequeña puede que lo encuentre. Pero aquí no.

La joven le tiró de la manga pero él se quedó allí, palpando pensativamente los frascos de formas rebuscadas. Sin ese perfume, la evocación no sería completa. Acabó cediendo, pero antes de marcharse le compró un sombrero de fieltro fruncido y sutil. Mientras pagaba, contempló de reojo la silueta insólita y familiar que tenía a su lado, y un destello de indulgencia iluminó su corazón. Fue él quien cogió del brazo a Madeleine.

—¿A qué vienen todas estas tonterías? —le preguntó ella.

—¿Que a qué vienen? Quiero que entronques con tu pasado. Quiero saber la verdad.

Ella estaba tensa. Flavières la notaba hostil, extraña, pero la sostenía bien firme a su lado. No volvería a escapársele. Acabaría dando su brazo a torcer.

—Quiero que seas la más guapa —continuó—. Almaryan se ha borrado del mapa. No ha existido nunca.

Caminaron abrazados durante unos minutos, pero la situación le superaba.

—No puedes ser Renée —le dijo—. Ya ves que no me enfado... Hablo con tranquilidad.

Ella suspiró y, de pronto, él estuvo a punto de perder los estribos.

—Sí, ya sé. Eres Renée; viviste en Londres con tu tío Charles, el hermano de tu padre. Naciste en Dambremont, en los Vosgos, un pueblecito minúsculo cerca de un río. Ya me has contado todo eso, pero no es posible. Te equivocas.

—No volvamos a empezar —le suplicó.

—No vuelvo a empezar nada. Solo pretendo decirte que en tus recuerdos hay algo que no encaja. A lo mejor estuviese enferma en algún momento, gravemente enferma.

—Te aseguro...

—Hay enfermedades que dejan lesiones extrañas.

—En cualquier caso me acordaría... Tuve escarlatina a los diez años. Eso es todo.

—No, eso no es todo.

—¡Estoy harta de todo esto!

Él intentaba ser paciente, como si Madeleine fuera una inválida, un ser frágil al que debía tratar con delicadeza, pero tanta obstinación le sublevaba.

—No me has contado casi nada de tu infancia —continuó—. Me gustaría mucho saber más cosas de aquella época. —Y, mientras pasaban por delante del museo Grobet-Labadie, añadió—: Vamos a entrar. Este es un buen sitio para charlar.

Desde el momento en que entraron en el vestíbulo, comprendió que su tormento iba a renacer más cruel que nunca. El ruido de sus pasos, el silencio de los objetos a su alrededor, los cuadros, los retratos, todo le recordaba el Louvre con dolorosa intensidad. Y, como ella bajaba la voz para

no perturbar el recogimiento de las salas vacías, recobró de pronto el acento de Madeleine, el contralto velado que confería tanto valor a sus confidencias. Flavières no escuchaba tanto sus palabras cuanto su extraña musicalidad. Ella le hablaba de su juventud. Y, en virtud de un encuentro inevitable, esta juventud era muy semejante a la de Madeleine. Hija única... huérfana... sus estudios primarios superiores hasta la reválida... Después, Inglaterra, sus trabajos como traductora... Flavières percibía la misma silueta inquietante que todavía ansiaba abrazar. Se detuvo delante de un lienzo que representaba el Puerto Viejo y preguntó con voz trémula:

—¿Te gusta este tipo de pintura?

—No... No sé... Soy muy ignorante, ¿sabes?

Él suspiró, la llevó más lejos, hacia una sala de reproducciones a escala de carabelas, galeras, tartanas, un barco de triple puente con todos sus cañones y la telaraña de sus minúsculas jarcias.

—Sigue hablándome.

—¿Qué quieres que te cuente?

—¡Todo! Lo que hacías. Lo que pensabas.

—¡Ah! Yo era una niña como las demás... quizás un poco menos feliz. Me gustaba mucho la lectura, las leyendas.

—¿A ti también?

—¡Como a todos los niños! Me gustaba pasear por las montañas de los alrededores de la casa. Me inventaba historias. Veía la vida como un cuento de hadas. ¡Qué equivocada estaba!

Entraron en una sala dedicada a las antigüedades romanas. Las estatuas y los bustos de ojos inexpresivos y cabello rizado soñaban a lo largo de las paredes, sobre los zócalos y las consolas. El malestar de Flavières iba en aumento. Las caras de algunos cónsules y pretores parecían multiplicar la máscara de Gévigne y, muy a su pesar, le vinieron a la mente algunas palabras de su amigo. «Quiero que vigiles a mi mujer... Me preocupa...». Estaban muertos, los dos, pero sus voces perduraban. Al igual que su apariencia física. Y Madeleine caminaba a su lado, como en los viejos tiempos.

—¿Nunca has vivido en París? —le preguntó.

—No. Pasé por París cuando me marché a Inglaterra. Fue la única vez que estuve allí.

—¿Y cuándo murió tu tío?

—El año pasado, en mayo... Me quedé sin trabajo. Por eso volví.

«La estoy interrogando como si hubiera hecho algo malo», pensó Flavières.

Ya no sabía muy bien adónde quería llegar.

Estaba triste y decepcionado. Escuchaba a Madeleine sin prestarle mucha atención. ¿Mentía? ¿Qué motivo podría tener para mentir? ¿Cómo podía inventar todos los datos que le aportaba ahora? Hasta el más escéptico habría asegurado que se trataba de Renée Sourange.

—No me estás escuchando —le reprochó ella—. ¿Qué te pasa?

—Nada. Estoy un poco cansado. Y el ambiente está cargado.

Atravesaron rápidamente varias salas. Flavières se alegró de volver a ver el sol, de oír el movimiento de la calle. Le apetecía estar solo, tomarse una copa.

—Te voy a dejar aquí —le dijo—. Todavía no he ido a buscar mis raciones adicionales. Tengo que pasar a comprarlas. Date un paseo. Cómprate lo que te apetezca. ¡Toma!

Sacó un fajo de billetes y lamentó enseguida este gesto de limosna. ¿Por qué la había convertido en su amante? Lo había echado todo a perder. Había creado una especie de monstruo

que no era ni Madeleine ni Renée.

—¡No tardes mucho! —le pidió ella.

Y cuando ella se había alejado veinte o treinta metros por la acera soleada, él estuvo a punto de volver corriendo a su lado. Sus andares, el movimiento de sus hombros, la elegancia de sus piernas ligeramente trabadas eran exactamente como los recordaba. Ella se acercaba a un cruce. ¡Dios mío! Iba a perderla, y era él quien había abierto las manos y la había dejado huir... Pero no, idiota, no huía... No había ningún peligro. No era tan tonta. Te esperará prudentemente en el hotel.

Entró en un café. Ya no podía más.

—Póngame un anís.

El licor fresco no le tranquilizó. Seguía dándole vueltas al problema que le obsesionaba. Renée era Madeleine y, sin embargo, Madeleine no tenía nada que ver con Renée. Y ningún doctor Ballard sería capaz de resolver este enigma. A no ser que él, Flavières, estuviera equivocado desde el principio y la memoria le hubiera jugado una mala pasada. Había conocido tan poco a la verdadera Madeleine, la de años atrás... Habían pasado tantas cosas... ¡Venga ya! ¿Acaso Madeleine no lo había atormentado durante días y noches? ¿Acaso su imagen no estaba perpetuamente adherida a él como un icono? Habría reconocido a Madeleine con los ojos cerrados al sentir su presencia. Madeleine era diferente de las demás mujeres, pertenecía a otra especie. Y al igual que parecía un poco perdida en el papel de Pauline, ahora ocurría lo mismo en el de Renée, como si su espíritu hubiera dudado al elegir entre tantas reencarnaciones. A lo mejor terminaba por convertirse definitivamente en Renée. ¡Jamás! ¡Él no estaba dispuesto a aceptarlo! Porque Renée era una mujer que envejecía, porque no tenía la elegancia ni el encanto de Madeleine, y porque rechazaba obstinadamente todas las pruebas que él le aportaba.

Pidió otra copa. ¿Pruebas? ¿Podían considerarse pruebas unas afirmaciones incontrolables? En un plano moral, estaba seguro de que se trataba de Madeleine. Pero poco más. Para confundirla, para forzarla a reconocer que se escondía bajo la identidad de Renée, necesitaba algún dato material indiscutible. Pero, ¿qué?

El alcohol empezaba a correr por sus venas y, por medio de una obstinada atención, intentaba transformar el fuego sordo en luz. Creyó ver una especie de prueba a su alcance, fácil de establecer. Varias veces había visto el carné de identidad de Renée en su bolso: *Sourange, Renée, Catherine, nacida el 24 de octubre de 1916 en Dambremont, Vosgos*. ¿Y entonces?

Pagó y siguió reflexionando. Su idea era absolutamente razonable. Salió, se subió a un tranvía que se dirigía hacia correos. Sentía en su interior un gran vacío a causa de su descubrimiento. Ya no quería pensar más. Contemplaba las caras mediocres de la gente hacinada en el andén y casi habría deseado ser uno de esos viajeros.

Tendría menos miedo.

En la oficina de correos hizo cola sin refunfuñar. Si se habían restablecido las líneas, si las llamadas no eran demasiado numerosas, enseguida iba a saber...

—¿Podría llamar a Dambremont?

—¿A qué departamento?

—Los Vosgos.

—¿Dambremont? —repitió el empleado—. Seguramente habrá que llamar a través de Gérardmer. En ese caso...

Llamó a un compañero.

—Oye, seguramente tú sabes... Dambremont, Vosgos... El señor quiere llamar allí.

El otro levantó la cabeza.

—¿Dambremont? Quedó arrasado por los alemanes... ¿Para qué es?

—Quería consultar una partida de nacimiento —explicó Flavières.

—Allí ya no hay Ayuntamiento. Ya no queda nada. Un pedregal.

—¿Y qué puedo hacer entonces?

El hombre se encogió de hombros y se puso a escribir. Flavières salió de la ventanilla. Se habían perdido los documentos. Ya no existía el Registro Civil. No quedaba nada, salvo un carné de identidad que databa de octubre o noviembre de 1944. ¿Qué valor tenía eso, un carné de identidad? La prueba, la única prueba de que Renée vivía ya en tiempos de Madeleine... Bajó las escaleras, abatido. Le faltaba esa prueba. Nunca nadie podría determinar que habían vivido a la vez, que eran dos. Y si no eran dos...

Flavières caminaba sin rumbo. No tenía que haber bebido. No tenía que haber ido a correos. ¡Estaba mucho más tranquilo antes! ¿Por qué no se conformaba con amar a esa mujer tal como era, sin envenenar con preguntas su vida en común? Poco importaba que esa prueba indirecta no tuviera ningún valor. Una coincidencia no era una prueba. ¿Y qué podía hacer entonces? ¿Debía ir a Dambremont a excavar los escombros? ¡Era cada vez más insoportable! ¿Y si ella lo abandonaba, cansada de sus sospechas, de sus reproches, de su colérica vigilancia? Si... si ella se marchaba un día de repente...

Este pensamiento le debilitó las piernas. Se detuvo un momento, en la esquina de la calle, con la mano en el costado como un enfermo que teme sufrir un infarto. Después siguió caminando despacio, con la espalda encorvada. ¡Pobre Madeleine! ¡Cómo le gustaba hacerla sufrir! Pero ella... ¿Por qué se negaba a hablar? Si hablara, si le dijera: «Sí, me morí... Vengo del otro mundo... Estos ojos tan claros y tan desesperados han visto y ya no pueden olvidar...», ¿acaso él no caería fulminado?

«Esta vez —pensó— estoy perdiendo por completo la cabeza». Y un poco más adelante volvió a pensar: «La lógica extrema es lo que llamamos locura». Al llegar a la puerta del hotel dudó unos instantes. Después divisó una floristería y fue a comprar claveles y mimosas. Eso animaría la habitación. Renée ya no se sentiría prisionera. Cogió el ascensor y el olor de la mimosa en la estrecha cabina le recordó un olor antiguo. La obsesión volvió de forma inesperada. Cuando Flavières empujó la puerta, desfallecía de hastío y desesperación. Renée estaba tumbada en la cama. Flavières arrojó el ramo en la mesa.

—¿Qué tal? —preguntó.

¿Cómo? Estaba llorando. ¡Oh, no! Se acercó a ella apretando los puños.

—¿Qué te pasa? ¡Responde! ¿Qué te ocurre? —Le cogió la cabeza y la giró hacia la luz—. ¡Mi pobre pequeña!

Nunca había visto llorar a Madeleine, pero no había olvidado su mejilla mojada, su cara descolorida a orillas del Sena. Cerró los ojos y volvió a levantarse.

—Por favor —murmuró—, deja de llorar de una vez... No te imaginas... —Y, movido por un brusco arrebató de cólera, dio un pisotón en el suelo—. ¡Basta ya! ¡Deja de llorar!

Ella se sentó y lo atrajo hacia sí. No se movieron. Parecía que los dos esperaran algo. Al fin Flavières pasó el brazo por los hombros de Renée.

—Perdóname... No controlo los nervios... Pero te quiero.

Anohecía lentamente. Se oyó el chirrido de un tranvía en la calle y el cable electrificado, a veces, lanzaba chispas verdes que se reflejaban en los escaparates. Las mimosas olían a tierra mojada. Flavières se tranquilizó con la proximidad del cuerpo de Renée. ¿Qué sentido tenía esa búsqueda incesante? Se sentía muy cerca de esa mujer. Habría preferido que fuera la antigua Madeleine, por supuesto, pero en el crepúsculo no le costaba mucho imaginarla con su vestido negro, lejos de las sombras en las que se había disuelto.

—Ya es hora de bajar a cenar —comentó ella en voz baja.

—No. No tengo hambre... Quedémonos aquí.

Era un descanso maravilloso. Sería suya durante toda la noche, mientras su rostro solo fuera una mancha pálida en el hombro de Flavières. ¡Madeleine! Él jamás había disfrutado de una quietud tan profunda. No, no eran dos. De nada servía explicarlo. Ya no tenía miedo.

—Ya no tengo miedo —murmuró.

Ella le acarició la frente. Él sintió su aliento en la mejilla. El olor de las mimosas se intensificaba, invadía la habitación. Él apartó suavemente ese cuerpo, cuyo calor penetraba en él, y buscó la mano que le había acariciado la cara.

—¡Ven!

La cama se hundió a su lado. No le había soltado la mano. La tocaba con precaución, como si quisiera contar los dedos. Ahora reconocía la muñeca huesuda, el pulgar corto, las uñas redondeadas. ¿Cómo había podido olvidar? ¡Dios! ¡Qué sueño tenía! Se sumió en las tinieblas donde los recuerdos llevan una vida extraña. Tenía ante sí un volante sobre el que se apoyaba una mano menuda y muy nerviosa, la misma que había abierto un paquete atado con una cinta azul y había sacado la carta: «Para Eurídice rediviva»... Abrió los ojos. A su lado se extendía una forma inmóvil. Por un instante la oyó respirar y después, apoyándose en un codo, se inclinó sobre el rostro invisible, rozó con sus labios los párpados con vida que temblaban de forma casi imperceptible.

—¿Por qué no me dices quién eres? —le susurró.

Las lágrimas le mojaron los párpados tibios y las saboreó pensativo. Luego buscó su pañuelo bajo la almohada, pero no lo encontró.

—Ahora vuelvo.

Sin hacer ruido entró en el cuarto de baño. El bolso de Renée estaba allí, en el tocador, entre los frascos. Lo abrió y hurgó en el interior, pero no encontró ningún pañuelo. Sin embargo, sus dedos encontraron algo que le intrigó: unos abalorios ovalados, un collar. Sí, era un collar. Se acercó a la ventana y levantó el collar a la pálida luz de acuario que se filtraba a través de los cristales esmerilados. Las cuentas de ámbar emitían un reflejo dorado. Le empezaron a temblar las manos. No había lugar a dudas. Era el collar de Pauline Lagerlac.

—Bebes demasiado —dijo Renée.

Echó un vistazo a la mesa contigua, temiendo haber alzado la voz en exceso. Era consciente de que Flavières llamaba la atención desde hacía unos días. Él se tomó la copa de un trago en un gesto de bravuconería. Tenía las mejillas pálidas y los pómulos inflamados.

—No es este falso borgoña lo que se me sube a la cabeza —comentó.

—Da igual. No te hace ningún bien.

—Es cierto, no me hace ningún bien... Me he pasado la vida sin hacerme ningún bien. En esta materia no puedes darme lecciones.

Adoptaba una actitud malévola, sin razón aparente. Ella consultó la carta, para no ver esa mirada dura y desesperada que la observaba sin tregua. El camarero se detuvo en su mesa.

—¿Qué desean de postre? —les preguntó.

—Una tartaleta —dijo Renée.

—Para mí también —dijo Flavières.

Se inclinó hacia ella en cuanto se alejó el camarero.

—No comes nada... Hace años tenías más apetito. —Sonreía con sarcasmo y le temblaban un poco los labios—. Podías comerte fácilmente tres o cuatro bollos.

—Pero si yo...

—Sí... Acuérdate... En las Galeries Lafayette.

—¿Otra vez a vueltas con esa historia!

—Sí. Es la historia de una época en que yo era feliz.

Flavières respiró, buscó en los bolsillos, luego hurgó en el bolso de Renée, buscando cigarrillos y cerillas. No la perdía de vista.

—No deberías fumar —titubeó ella.

—Ya lo sé. Tampoco debería fumar. Pero es que me gusta estar enfermo. Y si la palmo... — Encendió el cigarrillo y apagó la cerilla agitándola delante de los ojos de Renée—. Tampoco tiene importancia. Tú me lo dijiste un día: «La muerte no duele».

Ella se encogió de hombros, a punto de perder la paciencia.

—Pues sí... —continuó él—. Hasta puedo indicarte exactamente dónde fue. Era en Courbevoie, a orillas del Sena. Como ves, tengo memoria. Ya lo creo.

Tenía los codos apoyados en la mesa y reía con un ojo cerrado, a causa del humo. El camarero les trajo las tartaletas.



—¡Venga, come! —le ordenó Flavières—. Cómete las dos. Yo ya no tengo hambre.

—¡Nos están mirando! —exclamó Renée en tono suplicante.

—Y a mí, ¿qué? Tengo todo el derecho del mundo a afirmar que ya no tengo hambre. Si he saciado mi apetito, es un reclamo excelente para el establecimiento.

—No sé qué te pasa esta noche.

—No me pasa nada, querida, nada de nada. Estoy contento... ¿Por qué no coges la cucharilla? Hace años te las comías con cucharilla.

Ella empujó el plato, cogió el bolso y se levantó.

—Eres insoportable.

Él también se levantó. Era verdad. La gente no les quitaba el ojo de encima, pero a él no le daba ninguna vergüenza. Para él la gente había dejado de existir. Se sentía muy por encima de los comentarios. ¿Quién habría soportado vivir, tan solo una hora, lo que él llevaba sufriendo varios días? Se reunió con Renée cerca del ascensor. El mozo los miraba de soslayo. Ella se sonó, escondió la cara detrás del bolso y aparentó que se empolvaba la nariz. Se ponía muy guapa cuando estaba así, al borde de las lágrimas, y era justo que sufriera una parte del tormento. Caminaron en silencio por el largo pasillo. Ella entró en la habitación y arrojó el bolso en la cama.

—Esto no puede seguir así —declaró—. Estas continuas alusiones a no se sabe qué... la vida que me haces llevar... No, prefiero que nos separemos... Si no, me volveré loca.

Ya no lloraba, pero la humedad trémula de sus ojos le confería un brillo vidrioso, un tanto azorado, y Flavières sonrió con tristeza.

—¿Te acuerdas de la iglesia de Saint-Nicolas —empezó a decir—. Acababas de rezar... Estabas tan pálida como ahora.

Ella se sentó lentamente al borde de la cama, como si una mano invisible le presionara el hombro. Su boca apenas se movía.

—¿La iglesia de Saint-Nicolas?

—Sí... aquella iglesia perdida en el campo, cerca de Mantes... Estabas a punto de morir.

—¿Yo? ¿Que estaba a punto de morir? De pronto se tiró boca abajo en la cama y apoyó la cara en el brazo. Los hombros se convulsionaban con sus sollozos. Flavières se arrodilló a su lado. Quiso acariciarle la cabeza, pero ella se apartó al instante.

—¡No me toques! —exclamó.

—¿Te doy miedo? —preguntó Flavières.

—Sí.

—¿Crees que estoy borracho?

—No.

—¿Crees que estoy loco, entonces?

—Sí.

Flavières se levantó para mirarla un instante. Después se pasó la mano por la frente.

—Pues a lo mejor es verdad... Si no fuera por ese collar... No, déjame hablar, por favor. ¿Por qué no te lo pones?

—Porque no me gusta. Ya te lo he dicho.

—O porque te daba miedo que te reconociera. ¿No será eso?

Ella giró ligeramente la cabeza y, a través del pelo despeinado, él la observó.

—No —respondió.

—¿Me lo juras?

—Por supuesto.

Él reflexionó mientras dibujaba con el pie una intrincada figura en la lana de la alfombra.

—Entonces, según dices, te lo dio Almaryan.

Ella se incorporó apoyándose en el codo y dobló las piernas debajo del cuerpo, como para hacerse más pequeña. Él la observaba con angustia.

—Almaryan me dijo que lo había comprado en París, en un anticuario de la rue du Faubourg Saint-Honoré.

—¿Hace cuánto tiempo?

—Ya te lo he dicho también. Me obligas a repetir todo el rato las mismas cosas.

—Pues bien, repítelo. ¿Cuánto tiempo hace de todo eso?

—Seis meses.

Era posible, al fin y al cabo... Pero no, no era posible. ¡Demasiadas coincidencias!

—Estás mintiendo —le dijo.

—¿Por qué iba a mentirte?

—¿Por qué? ¡Venga! Confiésalo... Eres Madeleine Gévigne.

—¡No! No sigas atormentándome, por favor. Si sigues enamorado de esa mujer, déjame... Lo prefiero. Me marcharé. Ya estoy harta de esta vida.

—Esa mujer... está muerta. —Vaciló unos instantes. Tenía tanta sed que se vio obligado a toser para atenuar la quemazón que le devoraba la garganta. Corrigiendo sus palabras, continuó—: Quiero decir que llevaba cierto tiempo muerta. Pero, vamos a ver, ¿es posible permanecer muerto durante un tiempo?

—No —respondió ella entre gemidos—. ¡Cállate!

De nuevo le veló la cara una máscara pálida de espanto. Él retrocedió unos pasos.

—No tienes nada que temer. Mira, yo no quiero hacerte ningún daño. Digo cosas extrañas, pero no es culpa mía. ¿Has visto esto alguna vez?

Se metió la mano en el bolsillo y arrojó sobre la manta el mechero de oro. Renée lanzó un grito y se encogió hacia atrás, hasta la pared.

—¿Qué es eso? —balbuceó.

—Toma... Míralo. Es un mechero. Venga, ¡tócalo! ¡Enciéndelo! Te aseguro que solo es un mechero. No te va a estallar en la cara. Venga, dime: ¿no te recuerda nada?

—No.

—¿Ni siquiera el museo del Louvre?

—No.

—Lo recogí cerca de tu cuerpo... Es cierto que no puedes acordarte de ese gesto mío.

Se le escapó una risa sarcástica y Renée no pudo contener las lágrimas.

—Vete —le dijo—. ¡Vete!

—Guárdatelo —insistió Flavières—. Es tuyo.

El mechero brillaba entre los dos y su brillo establecía una especie de frontera. Lo que veía Flavières al otro lado era Renée, a la que hacía sufrir innecesariamente. ¿Innecesariamente? La sangre le latía en las sienas. Caminó renqueante hacia el lavabo y bebió un sorbo de agua, un agua tibia que sabía a desinfectante. Todavía tenía que hacerle muchas preguntas que se retorcían en su

mente como gusanos. Pero debía esperar... Había puesto a Madeleine en fuga por su prisa y su torpeza. Tenía que volver a atraerla, poco a poco, hacia el umbral de la vida. La reconstituiría a partir de la sustancia de Renée. Llegaría un momento en que lo recordaría todo. Cerró la puerta con llave.

—No me voy a quedar aquí —dijo Renée.

—¿Adónde vas a ir?

—No lo sé. Pero aquí no me quedo.

—No me voy a acercar más, te lo prometo... No volveré a hablarte del pasado.

Flavières oía la respiración rápida de la chica. Sentía que ella vigilaba todos sus movimientos mientras se desnudaba.

—Guárdate ese mechero —le suplicó ella.

No habría emitido una voz muy distinta si hubiera sido un reptil. Flavières recogió la joya y le dio vueltas en la mano.

—¿En serio? ¿No quieres quedártelo?

—No. Quiero que me dejes en paz. Ya sufrí bastante durante la guerra. Si tuviera que pasar ahora por...

Se limpió una lágrima junto a las pestañas y buscó su pañuelo. Flavières le lanzó el suyo. Ella fingió que no lo veía.

—¿Por qué estás enfadada? —le preguntó— No pretendía ser desagradable, te lo aseguro. Venga, hagamos las paces.

Recogió su pañuelo, se sentó en la cama y le secó la cara. Una brusca ternura entorpecía sus movimientos. Las lágrimas seguían rodando por las mejillas de Renée, como la sangre de una herida incurable.

—Vamos, no tienes motivos para llorar —le dijo Flavières en tono suplicante—. No tienes ningún motivo. —Apoyó la cabeza de Renée en su hombro y la acunó suavemente—. Sí —confesó Flavières—, hay momentos en que ya no me reconozco... Vivo torturado por los recuerdos... ¡Ay! Tú no puedes comprenderlo... Si hubiera muerto en su cama, apaciblemente... yo habría sufrido, claro, pero a la larga lo habría olvidado... Sin embargo, lo cierto es que... Creo que puedo contártelo... Se suicidó. Se lanzó al vacío... ¿para escapar de qué? Hace cinco años que me planteo a diario esa pregunta.

Un sollozo sordo surgió del pecho de la joven, a la que tenía cautiva contra su cuerpo.

—Allí acabó todo —murmuró—. Ya ves, te lo he contado todo. Te necesito, pequeña. No debes abandonarme, porque esta vez moriría... Sí, sigo queriéndola. A ti también te quiero... y es el mismo amor. Un amor que ningún hombre ha conocido jamás. Podría ser maravilloso, si quisieras hacer un esfuerzo... si estuvieras dispuesta a recordar lo que pasó... después del campanario.

La cabeza se agitó y él apretó el brazo con más fuerza.

—Déjame que siga... Voy a contarte una cosa... una cosa que descubrí hace tan solo unos días...

Buscó a tientas el interruptor de la luz. Le pesaba el cuerpo sobre el hombro, pero intentó no cambiar de posición. Apretados uno contra el otro, flotaban en la penumbra en la que nadaban formas confusas. ¿Ascendían juntos hacia alguna luz perdida?

—Siempre me ha dado miedo morir —continuó Flavières con una voz apenas más audible que

un susurro—. La muerte de los demás siempre me ha conmocionado porque me anunciaba la mía... Y la mía... No, soy incapaz de resignarme a esa idea. Casi llegué a creer en el Dios de los cristianos... por la promesa de la resurrección. El cadáver sepultado al fondo de una caverna, la gran piedra empujada hasta la puerta del sepulcro, bajo la vigilancia de los legionarios. Y luego, al tercer día... No sabes cuánto pensaba en ese tercer día de niño. Iba en secreto a la entrada de las canteras y lanzaba allí un gran grito que resonaba bajo tierra, pero no despertaba a nadie. Era demasiado temprano. Ahora me parece que lo han oído. ¡Cuánto me gustaría creerlo de veras! Si fuera cierto, si quisieras... ya no tendría miedo... Olvidaría lo que me dijeron los médicos. Tú me enseñarías a...

Bajó los ojos para mirar el rostro oscuro cuyas órbitas parecían vacías. Solo la frente, las mejillas y el mentón recibían una luz tenue. El corazón de Flavières estaba lleno de amor; la miraba, esperaba quizás alguna palabra; chirrió un tranvía en la curva y las chispas temblaron en las paredes y en el techo; las pupilas de Renée reflejaron un breve destello verde, y fue Flavières quien se sobresaltó.

—Cierra los ojos —murmuró—. No me mires así.

Se le había dormido el brazo. Esa parte de su ser estaba como muerta. Recordó el momento en que, cargando con el peso de Madeleine medio ahogada, tuvo que luchar por salvar la vida. Esta noche también sentía una fuerza que lo empujaba hacia abajo, pero ya no deseaba luchar. Estaba tentado a ceder, a renunciar a ser el guía y protector. Al fin y al cabo, era ella quien conocía el secreto... El sueño le nublabla el pensamiento. Intentó hablar otra vez, prometerle algo, pero ya solo era una sombra atormentada por sus imágenes, un sueño confuso... Vagamente percibió que ella se movía, tal vez para desnudarse. Tuvo la intención de decirle: «Madeleine... Quédate conmigo», y llegó a mover los labios. Dormía sin descansar de verdad. No recuperó la calma hasta la mañana siguiente, cuando supo que ella lo miraba atentamente a la luz del alba y se le humedecían los ojos.

Cuando despertó, estaba agotado y le dolía la cabeza. Se oía un ruido de grifos procedente del baño, que le tranquilizó por completo. Se levantó. ¡Demonios! ¡Qué sensación de debilidad!

—Solo tardo un minuto —gritó Renée.

Sin pensar en nada y sin ningún placer, Flavières contemplaba el cielo azul sobre los tejados. Sí, la vida continuaba, la misma vida estúpida. Se vistió despacio. Como cada mañana, se sentía desalentado. Como cada mañana, le obsesionaba el deseo de beber. El primer chupito le limpiaba el espíritu y así recuperaba las angustias intactas e insolubles, bien ordenadas en su cabeza como cuchillos relucientes. Apareció ella con una magnífica bata que había comprado el día anterior.

—Ya puedes pasar al baño —le dijo.

—No hay prisa. Buenos días. ¿Has dormido bien? Yo no me encuentro muy bien esta mañana. ¿Me has oído gritar por la noche?

—No.

—A veces grito en sueños. Tengo pesadillas. Es algo que me pasa desde la infancia. No es grave.

Bostezó, la miró. Tampoco tenía muy buen aspecto, pero lo que más le preocupaba era que había adelgazado. Ella empezó a peinarse y, una vez más, Flavières se dejó llevar por un impulso brutal.

—¡Déjame a mí! —Cogió el peine, acercó una silla—. Siéntate ahí, delante del espejo. Te voy

a enseñar... La melena sobre los hombros está pasada de moda... —Intentaba mostrarse jovial, pero le temblaban las manos de impaciencia—. En primer lugar, quiero que te des un toque de alheña... Tienes mechaz claraz y mechaz oscuraz... No es ni una cosa ni la otra.

El pelo crujía alrededor del peine y saltaban chispas a lo largo de la melena extendida. Flavières lo notaba caliente, con olor a pradera quemada. Sus húmedas emanaciones ascendían con una ligera embriaguez, como los efluvios de un vino nuevo. Flavières contenía la respiración. Renée, con los labios un poco retraídos sobre los dientes, se abandonaba también a la voluptuosa experiencia. El moño cobraba forma, reforzado y sostenido por excesivas horquillas, pero Flavières no pretendía lograr un peinado impecable. Solo deseaba reconstruir la noble y púdica mata de pelo que confería al retrato de Madeleine la gracia serena de un Da Vinci. Las orejas despejadas mostraban su delicada forma. La frente recuperaba su curva, su relieve. Flavières se inclinó para rematar la obra. Alisó el nudo del trenzado, le confirió una soltura y una untuosidad excesivamente sensuales, que corrigió enseguida. Había que modelar una cabeza de estatua, a la vez delicada y fría. Colocó la última horquilla y se incorporó, buscando ante sí, en el espejo, el nuevo rostro. ¡Ah!

¡Esa cara! Por fin la veía tal como Gévigne se la había descrito a menudo. En la superficie del espejo, tocada por el sesgo de un haz de luz brillante como una acuarela, ya solo había una figura pálida, misteriosa, absorta en sus pensamientos...

—¡Madeleine!

Acababa de pronunciar su nombre y ella no lo había oído. ¿Era el reflejo de una mujer lo que contemplaba en el espejo? ¿O era una visión interior, semejante a las imágenes que no se distinguen en una bola de cristal? Sin hacer ruido, giró la silla y supo que no se equivocaba. Los lentos movimientos del peine y el contacto ligero, casi etéreo, de los dedos sobre la piel habían sumido a la joven en una especie de sueño o meditación profunda. Después tuvo que sentirse observada, pues suspiró e hizo un esfuerzo por girar la cabeza y sonreír.

—Un poco más y me duermo —murmuró—. Todavía tengo sueño... —Eché un vistazo al peinado sin prestar mucha atención—. No está mal —comentó en tono de aprobación—. Sí, me queda mejor que antes. Lo que no sé es si se sujetará mucho tiempo.

Movió la cabeza y cayeron las horquillas. Después la agitó con más fuerza y el moño se derrumbó y la melena cayó sobre los hombros como una ola. Ella soltó una carcajada. Flavières también, aunque de miedo.

—¡Ay, querido!

Él seguía riendo, con las manos en las sienes, y sentía que no podía permanecer más tiempo en la habitación. Se ahogaba. Necesitaba sol, tranvías, estrépito, muchedumbre. Tenía que olvidar de inmediato lo que había visto. Era como un alquimista que había tocado el oro. Se aseó rápidamente, abriendo los grifos al máximo, golpeando a cada paso la repisa de cristal del lavabo.

—¿Bajo yo antes? —propuso ella.

—No. Espérame. ¡Espérame un momento, por favor!

Su voz estaba tan cambiada que ella se acercó a la puerta del baño.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada. ¿Por qué crees que me pasa algo?

Flavières observó que ella había vuelto a peinarse como antes y no fue capaz de decidir si

estaba molesto o contento. Se anudó la corbata de cualquier manera, se puso la chaqueta y cogió a Renée del brazo.

—¡No estoy perdida! —le dijo en broma.

Pero él no tenía ganas de reír. Salieron del hotel y pasearon sin rumbo, sumidos en el hastío. Flavières se sentía cansado. La migraña le latía bajo el cráneo. Tuvo que sentarse en un jardín público.

—Discúlpame —le dijo—. Creo que vamos a tener que volver... No me encuentro bien.

Ella apretó los labios y evitó mirarlo, pero de forma sumisa lo ayudó a regresar al hotel. Una vez allí, se puso a zurcir medias mientras él intentaba recuperarse. ¿Cuánto tiempo estaría dispuesta a permanecer con él, encerrada en esa habitación de mala muerte, surcada de ruidos vulgares y tan poco acogedora como una sala de espera? Él no tenía derecho a retenerla contra su voluntad. Y él sospechaba que no había logrado tranquilizarla del todo. A mediodía quiso levantarse, pero un vértigo breve lo tumbó de nuevo en la cama.

—¿Quieres que te ponga compresas en la frente? —le sugirió ella.

—No, no... Ya se me pasará... Baja a comer.

—¿En serio?

—Sí. Tranquila.

Sin embargo, cuando ella cerró la puerta, una angustia espantosa crispó el rostro de Flavières. Era una tontería, pues todas las cosas de Renée estaban ahí, ordenadas en el armario. No podía escaparse, desaparecer... «¡Puede morir!», pensó, y se llevó las manos a la cabeza para ahuyentar esa idea descabellada. Pasó el tiempo. Flavières oía su zumbido, como si fuera un reloj de arena. El servicio era lento abajo. Lo sabía. Pero de todos modos podría darse más prisa. Seguro que aprovechaba la ocasión para devorar todas las cosas que le gustaban y normalmente no elegía porque a él le desagradaban. ¡Cómo detestaba esa faceta animal! ¡Qué mal lo había pasado en el café de Courbevoie, cuando ella salió de la cocina vestida como una camarera...! Hacía una hora que se había marchado... ¡Pues sí que tenía hambre! Una hora y cuarto... La ira y la angustia agravaban la migraña de Flavières. Las lágrimas de impotencia le inundaban los párpados. Cuando ella volvió, él le lanzó una mirada funesta.

—¡Una hora y veinticinco minutos para tomarte un triste bistec!

Ella se rió, se sentó en la cama y le cogió la mano.

—Había caracoles —comentó—. Tienen un servicio muy lento... ¿Y tú?

—Pues yo...

—¡Venga! No te comportes como un niño.

Él se aferró a aquella mano fría y poco a poco recuperó la calma. Se adormeció, mirando los dedos apretados alrededor de la mano, como si tuviera un juguete maravilloso. Cuando se despertó por la tarde, pasadas las cuatro, se sintió mejor y le entraron ganas de salir.

—No vamos a ir lejos. Mañana iré al médico.

Bajaron. Ya en la acera, Flavières fingió que había olvidado algo.

—Espérame aquí, por favor. Tengo que hacer una llamada. —Volvió sobre sus pasos y entró en el bar—. Un whisky. ¡Rápido!

Temblaba de impaciencia, como un viajero que teme perder el tren. Durante ese tiempo, ella era capaz de alejarse, de doblar la esquina... de... Bebió a tragos largos y saboreó la lenta quemazón.

Sus ojos se detuvieron en el menú.

—¿Este es el menú de este mediodía?

—Sí, señor.

—No veo los caracoles.

—No había caracoles.

Flavières apuró la copa y se secó los labios con el pañuelo.

—Apúntemelo en la cuenta —le dijo.

Volvió corriendo a la calle. Fue amable; habló mucho; podía ser brillante cuando se esforzaba un poco. La llevó a cenar a un restaurante muy elegante, cerca del Puerto Viejo. ¿Ella intuía las intenciones que se ocultaban bajo sus alegres palabras? ¿Se fijaba en sus miradas atentas? ¡Todo era tan falso en su relación! ¡Y Flavières era un hombre tan extraño!

Volvieron tarde y durmieron hasta muy tarde. A mediodía Flavières se quejó de dolor de cabeza.

—Ya ves, esto nos pasa por trasnochar...

—Sobre todo lo siento por ti. Vas a tener que comer sola.

—Esta vez no tardaré mucho.

—Tranquila, tómate el tiempo que quieras.

Flavières escuchó sus pasos que se alejaban, abrió sigilosamente la puerta y cogió el ascensor. Echó un vistazo en el vestíbulo, en el comedor. No estaba. Salió, miró al fondo de la calle, apretó el paso. «Ya estamos —pensó—. Volvemos a las andadas». Ella llevaba el traje de chaqueta gris y a su alrededor bailaba la sombra de los tilos. Caminaba rápido, con la cabeza un poco gacha, sin ver nada. Al igual que antaño, había muchos oficiales en las aceras. En los periódicos había grandes titulares y Flavières percibía algunas palabras que revivían antiguas imágenes: *Bombardeos... Derrota inminente...* Ella giró en una bocacalle pequeña y Flavières se acercó. Era una calle estrecha, bordeada de tiendas, anticuarios, librerías... ¿Dónde había visto esa calle antes? Se parecía a la Rue des Saints-Pères. Renée cruzó y entró en un pequeño hotel. Flavières no se atrevió a seguirla. Una especie de miedo supersticioso lo retuvo delante del establecimiento. «Central Hôtel», anunciaba una placa de mármol. Junto a la puerta había un letrero que decía: «Completo». A pesar de que le flaqueaban las piernas, Flavières siguió adelante. Agarró el picaporte que acababa de tocar Renée. Vislumbró el pequeño vestíbulo y el tablero en el que ella acababa de recoger su llave, probablemente. En la caja había un hombre leyendo el periódico.

—¿Qué desea? —le preguntó.

—La señora —dijo Flavières—. La señora de gris. ¿Quién es?

—¿La que acaba de subir?

—Sí. ¿Cómo se llama?

—Pauline Lagerlac —respondió el hombre, con un terrible acento marsellés.

Cuando Renée volvió, Flavières estaba acostado.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Un poco mejor. Voy a levantarme.

—¿Por qué me miras así?

—¿Yo?

Intentó sonreír y apartó la manta.

—Estás raro —insistió ella.

—Que no. Tranquila.

Se peinó un poco y se cepilló la chaqueta. En aquella habitación angosta, se rozaban al menor movimiento. Flavières no se atrevía a hablar ni a callar. Habría preferido estar solo, con la cabeza entre las manos, los pulgares en las orejas, solo ante aquel misterio terrible.

—Tengo que hacer unas compras —dijo Renée—. He subido a ver cómo estabas.

—¿Compras? ¿Qué compras?

—Pues primero tengo que ir a la peluquería. Necesito un champú. Y luego me gustaría comprarme unas medias...

Un champú y unas medias eran algo muy real. Resultaba tranquilizador. Además, en ese momento ella tenía una mirada limpia, incapaz de mentir.

—¿Puedo? —preguntó Renée.

Él hizo un gesto de ternura, pero le flaqueaba la mano, como si fuera la mano de un ciego.

—No eres prisionera —le susurró—. Sabes muy bien que el cautivo... soy yo.

De nuevo se hizo un silencio. Ella se retocaba el maquillaje delante del espejo. Flavières la observaba a sus espaldas.

—Me exasperas, querido —le dijo.

La melena temblaba alrededor de las orejas y una vena minúscula latía en la sien. Una sangre bermeja hinchaba la venita azul; la vida estaba ahí, inmersa en ese cuerpo que emanaba un olor sutil; con ojos más penetrantes tal vez la habría visto como un aura o un fuego fatuo. Apoyó suavemente un dedo en el hombro de la joven. La carne era lisa, tibia, y él retiró la mano enseguida.

—Pero, ¿qué te pasa? —preguntó ella, mientras acercaba la cara al espejo para reavivar sus labios con un toque carmín.

Él suspiró. Renée... Madeleine... Pauline... ¿De qué servía seguir preguntando?



—Pues ve a hacer las compras —dijo—. Date prisa. —Le pasó los guantes y el bolso—. Te esperaré abajo. Vas a volver, ¿verdad?

Ella se dio la vuelta.

—¡Pero bueno! ¡Qué cosas se te pasan por la cabeza!

Él se esforzaba por sonreír. Era muy desgraciado. Tenía el aspecto de un hombre derrotado y sentía que ella se compadecía de él, dudaba en marcharse, como cuando alguien se avergüenza de abandonar a un enfermo desahuciado. Ella lo quería. En sus labios se leía algo muy cruel y muy tierno. Ella avanzó un paso, dos pasos, se elevó hacia él y le besó la boca. ¿Era un hasta luego? ¿Era un adiós? Él le acarició tímidamente la mejilla.

—Perdóname... pequeña Eurídice.

Daba la impresión de que ella palidecía bajo el maquillaje. Parpadeó muy rápido.

—Sé prudente, querido. Descansa... Deja de darle vueltas a la cabeza.

Abrió la puerta, miró una vez más a Flavières y le dijo adiós con la mano. Se cerró la puerta. El picaporte seguía inmóvil. Flavières, en medio de la habitación, seguía contemplando el botón de cobre. Volvería... Pero, ¿cuándo? Le entraron ganas de salir al pasillo y gritar con todas sus fuerzas: «¡Madeleine...!». Pero le había dicho la verdad unos minutos antes. El prisionero era él. ¿Qué pretendía? Retenerla a su lado en aquella habitación? ¿Vigilarla día y noche? Por mucho que la espicara, jamás tendría acceso a lo que escondía en los recovecos de su memoria. La verdadera Madeleine era libre; vivía en otro lugar. Esa réplica de su ser que ella le concedía era una limosna. Llegaría un momento en que la separación sería inevitable. Aquel amor era monstruoso. Estaba abocado a la muerte... ¡A la muerte!

Flavières dio una patada a la silla delante del tocador. ¡Venga ya! ¿Y el hotel donde había alquilado una habitación, y todas esas compras que hacía cada vez que podía escapar? ¿Acaso todo eso no indicaba una próxima huida? No había nada misterioso en todo ello. Después de Gévigne había venido Almaryan. Después de Flavières vendría otro... «Celoso... ¡Celoso de Madeleine!», pensó con sarcasmo. ¿Qué sentido tenía todo eso? Encendió un cigarrillo con el mechero de oro y bajó al bar. No tenía hambre. Ni siquiera le apetecía beber alcohol. Pidió un coñac para tener derecho a sentarse en un sillón. Una sola bombilla iluminaba las botellas multicolores. El camarero leía el periódico y Flavières, con el vaso en la mano y la cabeza apoyada en el respaldo, podía por fin cerrar los ojos. Reapareció en su mente la imagen de Gévigne. Había tratado a Gévigne de una manera deshonesta y ahora se encontraba en la misma situación que su amigo. En cierto sentido, se había convertido en Gévigne. Vivía también con una extraña que era su amante, igual que si fuera su mujer. Si hubieran tenido a alguien de confianza, tal vez le habría pedido consejo. Si hubiera tenido un amigo, le habría suplicado que vigilase a Renée. Ahí estaba... Veía a Gévigne en su despacho; lo oía hablar... «Está rara... Me preocupa...».

—Camarero... Póngame otro.

Por suerte Gévigne nunca había sospechado la verdad. ¿Qué habría hecho si lo hubiera descubierto? También se habría dado a la bebida. O se habría pegado un tiro en la sien. Pues hay verdades en las que uno no puede recrearse sin experimentar enseguida un vértigo del alma, cien veces más horrible que el vértigo del cuerpo. Y él, Flavières, había sido elegido entre todos los hombres para soportar la carga de ese secreto. Un secreto que no daba ninguna alegría, que intensificaba la angustia vital. Recuperó la calma y se sintió extraordinariamente lúcido. Hasta era capaz de regresar al pasado, una vez más, sin estremecerse. Había visto el cadáver, al pie del

campanario, la sangre en la piedra, las extremidades retorcidas, rotas. Posteriormente, Gévigne había llorado ante el cadáver de su mujer. La anciana le había ayudado a adecentar aquel despojo lamentable. Los inspectores de policía habían examinado meticulosamente el cuerpo de Madeleine. Por ese lado estaba tranquilo. Tan tranquilo como los legionarios que jugaban a los dados al pie de la cruz. El vértigo empezaba cuando pensaba en que Pauline Lagerlac se había suicidado, cuando recordaba, con un escalofrío febril, las primeras palabras de Madeleine: «No duele», y sobre todo cuando evocaba la escena de la iglesia, la apacible resolución de Madeleine... La vida se había vuelto muy difícil para ella... y por ello decidía desaparecer. ¿Pero era más fácil la existencia de Renée? ¡No! ¿Y entonces? La cabeza le daba vueltas y se apoderó de él una especie de abatimiento, un vacío insoportable, semejante al que provoca la meditación sobre el infinito, sobre lo que dura eternamente, sin tregua, sin límite.

—¡Camarero!

Esta vez, Flavières tenía sed. Contemplaba con desesperación las colgaduras sombrías que lo rodeaban y, al otro lado de la barra, las hileras de botellas. ¿Todavía se contaba entre los vivos? Sí. Tenía la frente húmeda y le ardían las manos en los brazos del sillón. Sí, estaba vivo y su mente poseía, en ese momento, una perspicacia aterradora. Comprendía, con dolorosa intensidad, la imposibilidad y el absurdo de la situación. No solo ya no sería capaz de abrazar a Renée, sino que ni siquiera podría dirigirle la palabra. Era demasiado *diferente*. Se había erigido una barrera entre ambos desde el descubrimiento del pequeño hotel, que destruía su amistad. Caería inevitablemente en brazos de otro hombre que la amaría sin saber nada de su pasado. Gévigne había estado a punto de descubrirlo, y ella se había quitado la vida. Ahora...

Flavières soltó el vaso medio vacío y el alcohol se le derramó en la rodilla. Se limpió con el pañuelo. Luego recogió con vergüenza el vaso pegajoso y miró de soslayo al camarero, que seguía leyendo. Se enfureció consigo mismo por no haberlo descubierto antes. Ahora ella iba a escapar, era evidente. Seguramente habría trasladado ya algunas cosas al pequeño hotel, para hacer allí las maletas. En ese momento tal vez estaba comprando un billete para África, o para América... Y sería peor que la muerte.

Se levantó, sufrió un mareo, se agarró al sillón.

—¿Se siente indispuesto el señor?

Lo cogió del brazo y lo acompañó lentamente hasta la barra.

—No, ¡déjeme!

Se agarró a la barra niquelada y miró con gesto estúpido la chaqueta blanca y la pechera del hombre que tenía a su lado.

—Eso está mejor, gracias.

—¿Un estimulante? —le propuso el mozo.

—Sí, sí, un whisky.

Se acercó el vaso a la boca con ansiedad. Detestaba ser tan débil, pero el licor amarillo le ayudaría a recuperar las energías. Encontraría algún medio para impedir que Madeleine se fuera. Él era el responsable de todo, con sus insinuaciones, sus continuas alusiones. A lo mejor ella había olvidado sus metamorfosis cuando él la conoció. Poco a poco había recreado a Madeleine, sin pensar que se preparaba también para perderla. ¿Cómo podía volver atrás? ¿Cómo convencerla de que la vida podía seguir como antes? Era demasiado tarde.

Miró la hora en el reloj de pared eléctrico. Las cuatro y media.

—Apúntemelo en la cuenta.

Soltó la barra metálica. Dio unos pasos vacilantes y poco a poco se reafirmaron las piernas. Atravesó el vestíbulo y llamó al botones.

—¿Sabe si hay por aquí cerca alguna peluquería de señoras? Una peluquería elegante, quiero decir.

—Chez Maryse —respondió el botones—. Es la más cercana.

—¿Está lejos?

—No. Como mucho a diez minutos. Siga por el Boulevard hasta la tercera bocacalle a la izquierda. La peluquería está entre una floristería y un café. No tiene pérdida.

—Gracias.

Flavières salió y el aire lo aturdió. Había sido un error no comer. El reflejo del sol en los raíles del tranvía era casi insoportable. La vida corría por las calles como una riada y Flavières se pegaba a las fachadas para no ser arrollado por la multitud. Intentaba mantenerse al margen del tumulto. De vez en cuando se apoyaba en la piedra cálida de las casas. Encontró sin dificultad la peluquería y se acercó al escaparate como un pobre que acude a pedir limosna. La vio, con la cabeza cubierta por un casco intrincado. ¡Estaba allí! Era ella. Se les había concedido una tregua. ¡Gracias! ¡Gracias! Pasó de largo y entró en el café.

—Un sándwich y una caña, por favor.

A partir de entonces evitaría las imprudencias. Tenía que cuidarse para recuperar fuerzas. Tenía que ser muy fuerte para impedir que ella se fuera. Y sobre todo, ¿cómo podía devolverle la confianza? ¿Absteniéndose de hacer alusiones? ¿Renunciando al intento de obligarla a confesar que...?

Suspiró y decidió no acabarse el sándwich. La cerveza le daba asco. Tenía la boca pastosa de tanto tabaco. Buscó en el taburete una posición cómoda. Desde aquel lugar, divisaba la acera a la altura de la peluquería. Así no se le escaparía. Probablemente regresaría al hotel. ¿Cómo soportar la larga noche que vendría después? ¿Debía pedirle perdón? ¿Suplicarle que olvidara las discusiones? Flavières miraba fijamente el cuadrado de asfalto, al otro lado del cristal, y tuvo la impresión de que se sometía a un examen muy difícil y se quedaba en blanco delante de la pizarra... Se conocía bien: jamás renunciaría a saber. Lo que le gustaba de ella no era que fuese Madeleine, sino que estuviera viva. Su vitalidad desbordante era lo que ella no quería compartir. Era demasiado rica y demasiado pobre. Él nunca aceptaría estar al margen del secreto. ¿Y pues?

El tiempo transcurría lentamente. Desde cierta distancia, el dueño del bar observaba a este curioso cliente que hablaba solo y no apartaba la vista de la calle. Flavières meditaba con tristeza. No había salida. Madeleine se iría irremediamente. Era imposible encerrarla... Cuando se presentara la primera ocasión, todo acabaría. Ya no podía permitirse sufrir una migraña, quedarse en la cama... Tal vez era ya demasiado tarde. A lo mejor, en lugar de volver al hotel, se dirigía a la estación o a algún paquebote que estaba a punto de zarpar. A él no le quedaba otra salida que la muerte.

De pronto, Madeleine salió. Surgió de repente en la acera como una aparición. Tenía la cabeza desnuda, el cabello atado a la nuca y delicadamente teñido de alheña.

Flavières salió corriendo. Ella caminaba delante de él, sin prisa, con el bolso negro bajo el brazo. Llevaba el conjunto gris que él le había comprado. Era igual que como la evocaba en sueños. Se acercó a ella, igual que antaño, en el muelle del Sena, y sintió su perfume, un perfume

de tierra otoñal, de hojas pisadas y flores moribundas. Flavières iba con una mano en el pecho y la boca entreabierta, como un sonámbulo. Esta vez no podía más. Desfallecía. Tropezaba con la gente que se volvía para mirarlo con inquietud. ¿Iba a caerse de un momento a otro? ¿O a llorar desconsolado? Ella bajaba tranquilamente hacia las ruinas del casco antiguo. ¡Menos mal que había decidido espiarla! Ella no tenía la intención de regresar al hotel. Caminaba ajena al mundo por delante de las tiendas y el sol de poniente proyectaba su sombra mucho más atrás, hasta los pies de Flavières. ¿Paseaba? ¿Tenía una cita? ¿Solo quería disfrutar de su libertad antes de volver a los tormentos de una relación imposible? ¿O bien ya estaba en otra parte, como una extraña en una ciudad desconocida? Se oía el rugido de los *bulldozers* tras las fachadas mutiladas, de las que pendían carteles ennegrecidos. Los niños jugaban entre los escombros. Madeleine llegó al Quai des Belges con un ligero contoneo. Se detuvo un instante para contemplar las ruinas del puente transbordador. El agua grisácea reflejaba los cascos gemelos de los veleros amarrados en hilera. Un muchacho conducía una barca con un remo a horcajadas en la popa. Alguna que otra gabarra auxiliar en desuso se pudría en un montón de piedras. Era Marsella y era al mismo tiempo Courbevoie. El pasado a floraba de una manera fascinante bajo un presente incomprensible. Flavières se sentía fuera del tiempo. Tal vez no existían las pequeñas olas que balanceaban las tablas de madera, ni las frutas podridas, ni siquiera la silueta de Madeleine. Sin embargo, perduraba el perfume acre que los olores del puerto no lograban disipar. Madeleine continuó por el muelle hacia las dárseas. ¿Pretendía embarcar? ¿O acababa de contemplar los paquebotes e imaginaba los países a los que podía huir? Un pueblo de raza desconocida, vestido con cazadoras y pantalones llenos de bolsillos, deambulaba entre las barracas y los hangares. Daba la sensación de que Madeleine no veía a nadie. Contemplaba el agua salpicada de fuel y, tras las intrincadas arboladuras, la muralla negra del fuerte de Saint-Jean. De vez en cuando, los centinelas vigilaban los parques con el fusil al hombro. Flavières estaba cansado pero ni se le ocurría pararse. Esperaba lo inevitable. Y lo inevitable se produjo en el Quai de la Joliette. Madeleine se sentó en la única mesa que había delante de un café-cantina. Flavière buscó un rincón donde esconderse. Al igual que en otros tiempos, tenía cerca unos barriles enormes con inscripciones en pintura blanca. *Salgues, Argel*. Un cliente, *Salgues*. ¿Pero en qué vida anterior? Allí Madeleine empezó a escribir, mientras se encendían las primeras luces de los alrededores, en los barcos y en la estación marítima. El viento levantaba una esquina del papel. El bolígrafo se movía rápido. Esta vez se dirigía a él. Le hablaba en voz baja como había hecho anteriormente con Gévigne. Él estaba enfermo de miedo y de pena. Después dobló la carta, humedeció la solapa del sobre y dejó una moneda en la mesa.

Flavières rodeó los barriles. Acababa de presentir una horrible sospecha. ¿Acaso tenía la intención de...? Caminaba entre unos raíles, todavía bastante lejos de la orilla. Había demasiados barcos. Buscaba un lugar más desierto. Uno tras otro, iban pasando por delante de enormes estraves cuyos escobenes oscuros los miraban fijamente como si fueran ojos. A veces desde lo alto del buque un marinero tiraba por la borda las cenizas de un cigarrillo. Enormes cabos se cruzaban en todas direcciones, como montañas de noche y silencio, amarrando al muelle los barcos inmóviles. Las farolas proyectaban una luz amarillenta en cuyo halo danzaban los insectos. Madeleine apretó el paso. Con una mano sujetaba la falda que le levantaba el viento. Se agachó para pasar por debajo de un cabo y, con precaución, se acercó al borde. Flavières la observaba a la sombra de una grúa. No se veía a nadie alrededor. Al fondo de las piedras, dos botes chirriaban

al chocar entre sí. Flavières avanzó de puntillas, como un ladrón que maquina un atraco. Rodeó los hombros de Madeleine y la retiró hacia atrás. Ella gritó y se resistió.

—Soy yo —le dijo—. Dame esa carta.

Forcejearon y de pronto se abrió el bolso. La carta cayó al suelo y la arrastró el viento como una hoja. Flavières intentó sujetarla con el pie, pero no fue capaz. Una ráfaga más fuerte levantó el sobre más allá del borde del muelle y lo sumergió en la sombra. Reapareció en un lugar inaccesible, entre las olas. Flavières seguía apretando a Madeleine contra su cuerpo.

—¡Mira lo que has hecho!

—Déjame.

Se guardó el bolso en el bolsillo y arrastró a la mujer.

—Te he seguido desde Chez Maryse. ¿Por qué has venido hasta aquí? ¡Respóndeme! ¿Qué me decías en esa carta? ¿Era una despedida?

—Sí.

Él la zarandó.

—¿Y después? ¿Qué pensabas hacer?

—Marcharme... Mañana, quizá... ¡O hacer cualquier cosa! Ya no aguanto más.

—Y yo, ¿qué? —Se sentía vacío y como acartonado. Una fatiga espantosa le aplastaba los hombros—. ¡Ven! ¡Vámonos!

Se adentraron en las calles estrechas por las que circulaban sombras sospechosas, pero a Flavières no le daban miedo los merodeadores. Ni siquiera pensaba en ellos. Sujetaba con firmeza el codo de su compañera. Esta vez tenía la impresión de que regresaba con ella de un lugar muy lejano, tal vez incluso del país de la muerte.

—Ahora —continuó— tengo derecho a saber... ¡Eres Madeleine! ¡Vamos, dílo!

—No.

—Entonces, ¿quién eres?

—Renée Sourange.

—No es verdad. —Levantó la cabeza para contemplar la pequeña franja celeste entre los altos edificios ciegos. Tenía ganas de darle una paliza hasta matarla—. Eres Madeleine —repitió con rabia—. La prueba es que dijiste que te llamabas Pauline Lagerlac al dueño del pequeño hotel.

—Era para despistarte si intentabas buscarme.

—¿Para despistarme?

—Sí, porque estás empeñado en que yo sea también esa tal Pauline... Suponía que acabarías investigando y que la pista te llevaría allí, inevitablemente... Quería que conservaras solo el recuerdo... de la otra y que olvidaras a Renée Sourange.

—Entonces... ¿a qué viene ese peinado con reflejos de alheña?

—Acabo de decírtelo: para borrar del mapa a Renée Sourange... Para que solo pudieras quedarte con el recuerdo de Madeleine.

—¡No! Es contigo con quien quiero quedarme.

La estrechó entre sus brazos con desesperación. En la oscuridad la reconocía por completo: sus andares, su perfume, los mil signos que el amor interpreta de forma infalible. De los muros salía una vaga música de acordeón y mandolina. De vez en cuando titilaba una farola. A lo lejos rugía una sirena como un animal nocturno.

—¿Por qué querías escapar? —preguntó Flavières—. ¿No eres feliz conmigo?

—No.

—¿Por las preguntas que te hago?

—Por eso... y por todo lo demás.

—¿Y si te prometo no hacerte más preguntas... nunca más?

—Querido... No puedes evitarlo.

—Escúchame... Lo que te pregunto es muy sencillo. Confiesa que eres Madeleine y no volveremos a hablar del tema. Nos marcharemos de Marsella. Viajaremos. Verás qué agradable es la vida.

—No soy Madeleine.

¡Otra vez! ¡Qué obstinación!

—Eres Madeleine hasta tal punto que hasta has adoptado su forma de contemplar el vacío, de evadirte en un mundo invisible.

—Yo también tengo mis preocupaciones y no puedo endilgárselas a nadie.

Flavières oyó que lloraba. Caminaron abrazados hacia un bulevar iluminado. Iban a regresar al mundo de los vivos. Flavières sacó su pañuelo.

—A ver, déjame que te limpie la cara. —Le secó las mejillas con gran ternura. Luego le besó los ojos y la cogió de la mano—. ¡Ven! ¡No tengas miedo!

Entraron en el bulevar y se mezclaron con la multitud. Las orquestas amenizaban la velada en los cafés. Pasaban *jeeps* a toda velocidad, tripulados por hombres de casco blanco. Había vendedores ambulantes, puestos de cacahuetes, vagabundos que pedían fuego y ofrecían paquetes de Camel o Lucky Strike. Madeleine apartaba la cara cuando Flavières la miraba. Seguía inflexible, con un mohín de resentimiento en los labios. Pero Flavières era demasiado infeliz para compadecerse de ella.

—Suéltame —le suplicó—. Tengo que comprar aspirinas. Me duele mucho la cabeza.

—¡Antes confiesa que eres Madeleine!

Ella se encogió de hombros y continuaron su camino, abrazados como dos enamorados, pero él le sujetaba el brazo como un policía que teme soltar a su presa.

Volvieron al hotel y entraron directamente en el comedor. Flavières ya no lograba aportar sus ojos de Madeleine. Bajo la luz brillante, con el moño en la nuca, parecía igual que cuando la vio por primera vez en el teatro Marigny. Estiró la mano a través de la mesa y le apretó los dedos.

—¿No quieres decir nada? —le preguntó.

Ella bajó la cabeza. Estaba tan pálida como una moribunda. El *maître* les tomó nota.

—¿Qué van a beber?

—*Moulin-à-vent*.

Flavières se sentía fuera de su ser, como si la presencia de Madeleine le hubiera privado de toda realidad, sustancia, verdad y existencia. Uno de los dos estaba de más. Al mirarla pensaba: «¡No puede ser!», y acto seguido se decía: «Estoy soñando». Ella apenas comía. En varias ocasiones se sumió en las ensoñaciones que tan bien conocía Flavières. Él vació la botella con tranquilidad, de forma casi metódica. Percibía la hostilidad de Madeleine como una pared fría que los separaba.

—Vamos — le dijo—. Veo que estás a punto de estallar. Habla, Madeleine.

Ella se levantó de repente.

—Enseguida estoy contigo —dijo Flavières.

Mientras ella pedía la llave de la habitación, él se tomó un whisky en la barra y luego corrió hacia el ascensor. El ascensorista abrió delante de ellos la reja corrediza. Empezaron a subir. Flavières abrazó los hombros de Madeleine. Se inclinó hacia el oído, como para darle un beso.

—Confiesa, querida.

Ella se apoyó lentamente en la pared de caoba.

—Sí —dijo al fin—. Soy Madeleine.

## 6

En forma casi mecánica, Flavières giró la llave en la cerradura. Se desplazaba en una especie de neblina, abatido por la confesión que esperaba desde hacía tantos días. ¿Era una confesión? ¡Lo había dicho con tal lasitud! A lo mejor solo quería complacerle para obtener una tregua. Se apoyó en la puerta.

—¿Cómo quieres que te crea? Es demasiado simplón.

—¿Necesitas pruebas? —dijo ella.

—No, pero...

Ya no sabía qué pensar. Dios, ¡qué cansado estaba!

—Enciende la luz —suplicó ella.

El reflejo de la calle perfiló las persianas, proyectando en el techo sus sombras, que semejaban barrotes. La jaula estaba cerrada. Flavières se sentó al borde de la cama.

—¿Por qué no me contaste la verdad desde el principio? ¿De qué tenías miedo? —Ya no veía a Madeleine, pero la oía moverse en el cuarto de baño—. Respóndeme. ¿De qué tenías miedo? — Ella guardaba silencio y él continuó—: ¿Me reconociste inmediatamente en el Waldorf?

—Sí, el primer día.

—Pero entonces habrías tenido que confiar en mí desde ese momento. Esto no tiene sentido. Vamos a ver, ¿por qué te has comportado de manera tan estúpida?

Dio un puñetazo tan fuerte en la manta que los muelles del somier resonaron con un ligero tañido de guitarra.

—¡Menuda farsa! ¿Te parece digno de nosotros? Y esa carta... En lugar de contarme con sinceridad lo que te había pasado...

Ella se sentó cerca de él y le buscó la mano en la oscuridad.

—Precisamente —murmuró—, me propuse que no lo supieras nunca... Prefería que nunca tuvieras la certeza...

—Pero siempre lo he sabido...

—Escúchame... Déjame que me explique... ¡Es tan difícil!

Tenía la mano ardiente. Flavières ya no se movía; estaba contraído, lleno de angustia. Iba a conocer el secreto.

—La mujer que conociste en París, llamada Madeleine, la que viste en el teatro, en compañía de tu amigo Gévigne, la mujer a la que perseguiste, la que sacaste del agua, nunca murió. Yo nunca he muerto, ¿entiendes?



Flavières sonrió.

—Sí, nunca has muerto —replicó—. Te convertiste en Renée, lo entiendo perfectamente.

—No, querido, no. Eso sería demasiado bonito. No me convertí en Renée. Siempre he sido Renée. Mi nombre verdadero es Renée Sourange. Y soy yo, Renée Sourange, la mujer a la que has amado todo este tiempo.

—¿Cómo?

—Nunca conociste a Madeleine Gévigne. Yo me hice pasar por ella. Era la cómplice de Gévigne. Perdóname. Si supieras lo que he sufrido...

Flavières había agarrado la muñeca de Renée.

—Me hiciste creer que el cuerpo tendido al pie del campanario...

—Sí, era el de la señora Gévigne, a la que su marido acababa de matar. Madeleine Gévigne murió y yo seguí con vida. Ya ves. Esta es la verdad.

—No puedo creerlo —dijo Flavières—. Al fin y al cabo, Gévigne ya no está aquí para desmentirlo. ¡Pobre Gévigne! Entonces tú eras su amante, ¿es eso lo que insinúas? Y entre los dos urdisteis este plan para eliminar a la mujer legítima... Pero, ¿por qué? ¿Qué motivo teníais?

—Ella era la dueña de la fortuna. Íbamos a marcharnos al extranjero.

—¡Magnífico! ¿Y por qué me pidió Gévigne que vigilara a su mujer?

—Tranquilízate, querido.

—Estoy tranquilo, te juro que nunca he estado tan tranquilo como ahora. Venga, ¡responde!

—Para no levantar sospechas. Su mujer no tenía motivos para suicidarse. Gévigne necesitaba un testigo que pudiese afirmar que su esposa abrigaba ideas extraordinarias, que estaba convencida de haber vivido ya y de que la muerte carecía de importancia, pues era casi un juego... Un testigo de cuya palabra nadie dudase cuando declarase que había presenciado el suicidio. Tú eras abogado... y además él te conocía bien... desde la infancia... Sabía que te tragarías la historia desde el primer momento.

—En resumen, me tomó por un imbécil, un tipo medio loco, ¿verdad? ¡Un plan muy bien pensado! Entonces eras tú la del teatro Marigny, la del cementerio de Passy, la de la foto que había en el despacho de Gévigne cuando yo lo visitaba...

—Sí.

—Y claro, según tú, Pauline Lagerlac no ha existido nunca.

—Sí que existió.

—¡Ah! ¡Menos mal! No te atrevas a negarlo todo.

—Por favor, intenta comprender —suplicó Renée.

—Ya comprendo —replicó él con furia—, lo comprendo todo. Sobre todo comprendo que te resulte molesta Pauline Lagerlac. No es fácil encajarla en tu novela.

—Ojalá fuera una novela —susurró Renée—. Pauline Lagerlac era la abuela de Madeleine Gévigne. Fue este elemento el que inspiró a tu amigo la idea de la trama: la obsesión con esta abuela un tanto extraña, el peregrinaje a la tumba, a la casa de la Rue des Saints-Pères donde había vivido Pauline..., el falso suicidio de Courbevoie, puesto que Pauline se había ahogado.

—¿El falso suicidio?

—Sí, para preparar... el otro. Si tú no te hubieras tirado al agua, habría salido yo sola. Sé nadar.

Flavières se metió las manos en los bolsillos para no darle una paliza brutal.

—Era un tipo muy inteligente, Gévigne, por lo que se ve —dijo con sarcasmo—. Vamos, estaba todo previsto. Y cuando me propuso que fuera a su casa el primer día, sabía que yo me negaría.

—Exacto. De hecho, te negaste. Y yo te prohibí que llamases a la Avenue Kléber.

—Calla un momento. Supongamos que todo eso es cierto... ¿Y el campanario? ¿Cómo podía saber él que íbamos a ir allí? Sí, me dirás que conducías tú..., que lo habíais preparado todo con mucha antelación, localizasteis ese pueblo abandonado y quedasteis allí a la hora exacta. Y que él solo tuvo que proponer a su mujer una pequeña excursión, y sabía qué traje se iba a poner. Pues no, lo siento, no te creo, ¿me oyes? No me creo todas estas patrañas. Gévigne no era un criminal.

—Sí —replicó Renée—. Bueno, había circunstancias atenuantes. No era un matrimonio feliz. Madeleine estaba un poco enferma. Había ido a varios médicos, pero no le encontraron nada.

—Ya lo creo. Si uno se empeña, siempre puede encontrar explicaciones. ¿El campanario? Muy fácil... Géviene está allí. Te espera, después de haber matado y desfigurado a su mujer. Sabe que yo no podré seguirte por el vértigo. Tú te reúnes con él. Lanzas un grito muy largo... y él arroja el cuerpo. Y me observáis desde arriba, los dos, mientras yo contemplo a la mujer tendida boca abajo. La mujer lleva moño y tiene reflejos de alheña en el pelo. ¡Yo también soy capaz de inventar explicaciones! Y cuando me alejé, salisteis por una de las dos puertas.

Flavières jadeaba. Este fue el relato que salió por su boca, cuando se ordenaron en su mente los mil detalles que componían un puzle alucinante. Hablaba en voz baja.

—Habría tenido que llamar a la policía. Gévigne daba por hecho que yo prestaría declaración. Ya varios días antes, en Courbevoie... Pero lo malo es que no avisé a la policía. No tuve el valor de reconocer una vez más mi debilidad. Y eso fue algo que no había previsto Gévigne. Lo había previsto todo menos mi silencio. El silencio del tipo que ya había dejado morir a un compañero.

Sin embargo, Flavières estaba en lo cierto. Recordaba su visita al piso de la Avenue Kléber, el terror de Gévigne, que también estaba condenado al silencio... y su llamada al día siguiente, su intento desesperado por convencerle: «La han encontrado... La policía ha abierto una investigación...». Y su mentira: «No, casi no está desfigurada». ¡Claro! Como él no se había atrevido a mirar el rostro aplastado, como esa horrible precaución había sido superflua, mejor no decir nada al respecto. Y luego, a falta de testigos, la policía prosiguió la investigación y metió la nariz en los asuntos matrimoniales de Gévigne. Y apareció el móvil: los intereses... Gévigne no podía tener coartada, porque estaba allí, en el pueblo. Unos vecinos ya habían declarado que habían visto a una pareja en un coche: sin duda el Talbot. Y al final Gévigne murió.

Renée lloraba en silencio, con la cabeza en la almohada, y Flavières comprendió de repente que aquello era el final, que acababa de vivir, con los ojos abiertos, una pesadilla. Así que esa mujer que tenía a su lado era Renée. Seguramente vivía en el mismo edificio que Gévigne. Tal vez se conocieron allí. Ella había accedido a participar en la trama por debilidad. Y, años después, por hastío y fatalismo, había iniciado una aventura con el patético abogado reaparecido... No... No... Se había inventado todo eso para alejarlo de ella, porque no lo quería..., porque nunca lo había querido, ni antes ni...

—¡Madeleine! —murmuró.

Ella se secó los ojos y se apartó el pelo de la cara.

—No soy Madeleine —dijo.

Entonces, apretando los dientes, la agarró por el cuello con las dos manos, la tumbó de

espaldas y la inmovilizó.

—Mientes —le dijo en tono quejumbroso—. Nunca has dejado de mentir... Pero, ¿no ves que te quiero, que siempre te he querido? ¡Desde el principio! Por Pauline, por el cementerio, por tu apariencia soñadora... Un amor que semejaba un tapiz maravilloso. Por un lado narraba una leyenda extraordinaria. Por el reverso... no lo sé... no lo quiero saber... Pero cuando te tuve entre mis brazos, cuando sentí que serías la única mujer de mi vida... Madeleine... Todo aquello, aquel lugar... Y nuestros paseos... ¿Te acuerdas? El campo florido..., el Louvre..., una región remota... ¡Madeleine! Por favor... dime la verdad.

Ella ya no se movía. Flavières, con una pena infinita, apartó los dedos del cuello. Después buscó el interruptor y encendió la luz con la mano trémula. Y entonces lanzó un grito terrible que hizo salir al pasillo a la gente espantada.

Flavières ya no lloraba. Miraba la cama. Aunque no hubiera ido esposado, habría mantenido las manos juntas. El inspector acababa de leer la carta del profesor Ballard a su colega de Niza.

—Lléveselo — dijo.

La habitación estaba llena de gente, pero nadie hacía ruido.

—¿Puedo besarla? —preguntó Flavières.

El inspector se encogió de hombros. Flavières se acercó. La muerta parecía muy delgada allí tendida, y su rostro transmitía una gran paz. Flavières se inclinó y le besó la frente pálida.

—Te esperaré —murmuró.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN  
[www.serienegra](http://www.serienegra)